

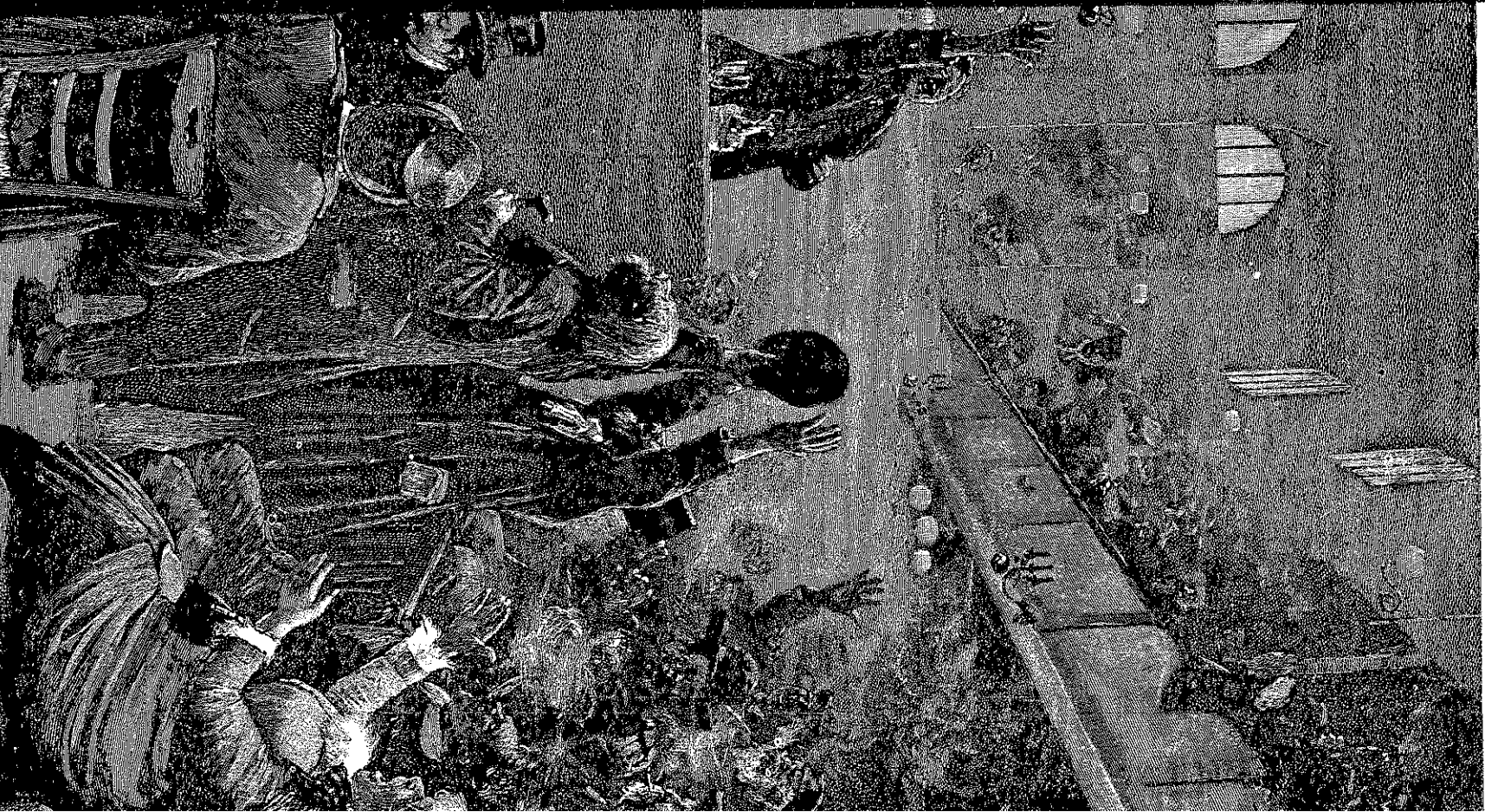
SPECTOS OCIALES DE LA UMANIDAD



EL AMARQUISMO

Sus orígenes-Sus doctrinas-Sus objetivos

según Andrés Girard - Enrique Malatesta
Eliseo Reclús - Carlos Malato - Sebastián Faure
Pedro Gori - Doctor Converiti y Pedro Kropotkin



NOTA EDITORIAL

De pocas cosas se habla más, actualmente, en todo el ámbito de nuestro país, que de las doctrinas sociales: anarquismo, sindicalismo, socialismo y comunismo. En público y en privado se comentan hechos y movimientos promovidos por organizaciones que tienden a implantar una u otra de aquellas doctrinas. Raro es el español que no toma parte en esos comentarios. Raro es también el que lo hace con conocimiento de causa. Tanto entre los que se colocan decididamente en favor de cualquiera de esas teorías de transformación social, como entre los que se apresuran a declararse adversarios de ellas, abundan los que carecen de un concepto claro de lo que defienden o combaten. Un observador atento no tarda en advertirlo. Si se preguntara a la mayoría de los que elogian o critican el anarquismo, el sindicalismo, el socialismo y el comunismo cuál es la esencia de estas teorías y qué es lo que se proponen instaurar en sustitución de la sociedad actual, no serían muchos los que contestaran satisfactoriamente.

¿Por qué esta falta de información? Numerosas son las causas que contribuyen a ello. La primera de todas, de índole económica: el español, salvo algunas excepciones que confirman la regla, apenas puede adquirir libros. Si se tiene en cuenta, por otra parte, la gran cantidad de libros que son precisos para enterarse adecuadamente de cualquier cuestión, se explicará perfectamente, sin más aclaraciones, aquella falta de información.

Hay una minoría, desde luego, que sabe lo que significan y se proponen el anarquismo, el sindicalismo, el socialismo y el comunismo. Pero la gran masa, una masa en que se confunden altos y bajos, alaba o censura esas doctrinas sin saber exactamente lo que dice.

¿Habría manera de ofrecer a esa masa de españoles el medio de poder juzgar con fundamento las teorías anarquistas, sindicalistas, socialistas y comunistas, que tan radicalmente tratan de transformar la sociedad?

Yal es la pregunta que nos hemos formulado. Dos modos de contestarla se nos han ocurrido.

El primero, encargar a cuatro escritores ponderados de las cuatro escuelas un estudio objetivo de las bases, métodos y fines de sus respectivos ideales. El segundo, elegir de la abundante bibliografía anarquista, sindicalista, socialista y comunista lo que más concreta y claramente exponga el fundamento, la táctica y el propósito de cada una de esas ideologías.

El primer modo nos habría dado ocasión de ofrecer al público una obra de gran interés, pero no, indudablemente, tan completa como la que nos es posible ofrecerle del segundo modo. Por eso hemos optado por éste. No es así un autor más o menos capacitado el que habla, sino los teóricos, ya famosos, que delinearon con rasgos firmes las bases y objetivos de las cuatro doctrinas que se proponen fundar la sociedad en principios totalmente distintos de los que ahora rigen.

Fruto de nuestra decisión es el presente volumen. Seguirán los otros tres, en breve plazo. Nos impulsó a lanzarlos, inútil decirlo, ningún fin de propaganda. Sólo un fin cultural: poner al alcance de todos una fuente de información de que ahora se carece.

Los textos, cuidadosamente escogidos, presentan el anarquismo, el sindicalismo, el socialismo y el comunismo, sencillamente tal como lo han concebido sus fundadores y sus expositores más eminentes. Con ellos a la vista, no es posible ya error

alguno al juzgar hechos, movimientos e ideas de los que tanto se habla, y de los que tanto se ha de hablar en lo sucesivo, por la importancia que ha adquirido el socialismo en nuestro país desde la implantación de la República, por lo que el comunismo representa como eco de la revolución rusa, por la constante actitud rebelde del sindicalismo y del anarquismo.

Leyendo este volumen, se sabe cómo y cuándo nació el anarquismo, cuál ha sido su evolución y su desenvolvimiento, qué actitud adopta ante el Estado, la propiedad y otras instituciones del pasado y del presente, con el fin de derrocarlas, y qué clase de sociedad se propone instaurar sobre las ruinas de la actual.

Leyendo los tres que han de seguirle, se conocerán los mismos aspectos en lo que concierne al sindicalismo, al socialismo y al comunismo.

Imposible entonces errar en el juicio sobre los hechos que se suceden de algún tiempo a esta parte en nuestro país, cualesquiera que sean las características que tengan. Se sabe cuáles son las causas de que surjan y cuál es el objeto a que se encaminan. Y se aplaudan o se condenen, se hace sabiendo por qué.

Otro valor tiene el presente volumen, y los que han de seguirle, además del que dejamos señalado, y no menos alto que éste. Valor cultural también. Y no ya para los partidarios de las doctrinas que en ellos se exponen, sino especialmente para los que no tengan simpatías por esas doctrinas. Nada estimula más el pensamiento que aquello que lo contradice. Pesando los argumentos que los fundadores de las teorías de transformación social esgrimen, los adversarios de esas teorías aguzarán su ingenio para combatir las. Por donde la propaganda que estos libros puedan hacer, sin que esa sea nuestra intención, quedará sobradamente neutralizada.

De todos modos, el mundo parece marchar hacia el socialismo, aun a través de las dictaduras que en muchas naciones se están implantando. Y como las cuatro doctrinas cuya exposición detallada ofrecen nuestros cuatro volúmenes se proponen instaurar el socialismo, unas en forma autoritaria, otras prescindiendo de la autoridad, nada más indicado que conocerlas.

Facilitando la posibilidad de este conocimiento al público de lengua castellana, creemos prestarle un gran servicio. Ningún otro propósito nos guía. No engañarnos sería nuestra mayor satisfacción.

Anarquía y anarquismo

por Andrés Girard

La anarquía Según su etimología, la palabra *anarquía* significa estado de un pueblo entendido, consistente en creer que un estado así debe forzosamente engendrar la revuelta y la confusión en las relaciones sociales, ha hecho que comúnmente se adoptara la palabra *anarquía* como sinónimo de desorden. Así, por ejemplo, se habla de la anarquía feudal, sin tener en cuenta que jamás hubo sociedad alguna tan lejos de la anarquía como aquel régimen despótico y arbitrario llamado feudalismo. Este sentido de desorden y confusión no es, por consiguiente, sino un sentido derivado de la verdadera significación de la palabra *anarquía*. La anarquía, en la filosofía positiva, es la concepción de un estado social en el que el individuo, dueño y soberano de su persona, se desarrollará libremente, y en el que las relaciones sociales se establecerán entre los miembros de la sociedad según sus simpatías, sus afecciones y sus necesidades, sin constitución de autoridad política. En una palabra: la anarquía es la negación del Estado, bajo cualquier forma que se presente; éste es reemplazado por la iniciativa privada, ejerciéndose libre y armónicamente.

El anarquismo La doctrina que preconiza la anarquía es el *anarquismo*. Esta doctrina no es en modo alguno una concepción imaginaria nacida repentinamente en el cerebro de los soñadores y pensadores de gabinete. Es, al contrario, la conclusión social de la filosofía y de toda esa parte de la ciencia moderna que tiene por objeto el estudio del hombre y de la sociedad. Las bases del anarquismo son a la vez filosóficas, morales, políticas y económicas. El hombre, considerado como ser viviente, tiene necesidades, y el objetivo de su vida es la satisfacción de estas necesidades. De aquí resulta, pues, para él, un derecho a ejercer todas sus facultades, puesto que el ejercicio de estas facultades no tiene otro objeto que la satisfacción de sus necesidades, y, por consiguiente, el desenvolvimiento normal e integral del individuo. Por otra parte, el estado de sociedad, anterior al hombre,

puesto que ya existía entre los animales que le precedieron en la cadena evolutiva de los seres, ha hecho nacer en él necesidades para cuya satisfacción le es indispensable el concurso de sus semejantes. Se encuentra en relación casi constante con ellos. De estas relaciones resulta un cambio de influencias diversas, influencias que constituyen y modifican el fondo moral de la humanidad. En estas relaciones, además, cada individuo tiene un derecho igual a su desarrollo integral y normal. De este equilibrio entre los derechos de todos depende la armonía social. La autoridad rompe este equilibrio, pues es la usurpación, por parte de uno o varios miembros de la sociedad, de los derechos de los demás en el funcionamiento integral de su individualidad. La autoridad es, por consiguiente, una violación del derecho imprescindible de cada uno; engendra forzosamente, por los obstáculos que pone al desarrollo del individuo, una amhioración de su individualidad, perjudicándole y perjudicando al mismo tiempo a la sociedad, al disminuir el número o el valor de los servicios que el individuo es susceptible de prestarle. El anarquismo estima que el orden, la armonía de la sociedad, así como la felicidad del individuo, están en contradicción con el ejercicio de una autoridad, sea cual fuere. Se ha objetado a esta conclusión que la autoridad es necesaria para reprimir los instintos antisociales de algunos hombres y prevenir los eventuales atentados contra los derechos de cada uno. Esta convicción de la necesidad de una autoridad represiva procede de una investigación insuficiente o errónea de las causas de los instintos antisociales y de las violaciones del derecho que se trata de prevenir. Al llegar aquí tocamos a las bases morales del anarquismo.

La moral anarquista

El hombre, tanto desde el punto de vista físico, es el producto del medio en que vive. Así como sus formas físicas actuales y el conjunto de su organización fisiológica presente son el resultado de innumerables influencias de toda clase, ejercidas en la evolución de los seres que le prece-

dieron sobre la tierra y en la evolución de su propia especie, así también la mentalidad, las nociones intelectuales y morales obtenidas son el fruto de todas las influencias naturales, sociales e individuales que se han producido en todo tiempo y dado a la evolución moral la dirección que ha seguido.

El ser, considerado individualmente, tiene al nacer disposiciones psíquicas cuyo conjunto no es sino la resultante de influencias atávicas y hereditarias que se ejercieron antes de su existencia. Del medio en que crezca dependerá la naturaleza y el carácter de sus actos. La educación, el temperamento, la herencia, las influencias naturales y las influencias sociales los determinarán. Respecto a los actos antisociales que se pretende no poder evitar sin la institución de un sistema de autoridad represivo, el anarquismo demuestra que son el resultado de la organización social basada en la desigualdad de condiciones. El robo, el asesinato que tiene por móvil el robo o la explotación, los atentados contra las personas y contra sus bienes, no tienen otra causa que la viciosa organización social, que pone a un gran número de individuos en la imposibilidad de satisfacer todas sus necesidades. Cuando el impulso del temperamento es demasiado fuerte, cuando la necesidad es demasiado imperiosa, sucede que el individuo infringe las leyes artificiales que han sido hechas para consagrar las injusticias de la organización social. Entonces es cuando comete uno de esos actos calificadas de antisociales, y cuya verdadera causa reside en la situación opresiva que le crea la sociedad. En una sociedad en que cada individuo tuviera la facultad de desarrollarse libre e integralmente, se concibe que estos actos no podrían cometerse, dada la ausencia de los móviles que hoy los determinan. Por lo demás, todos los medios represivos son absolutamente insuficientes para impedirlos. Los juriconsultos modernos intentan excusar el espíritu de venganza que, más o menos disfrizado, constituye el fondo de la legislación penal, derivada de la ley del Talión, pretendiendo que contiene a los malhechores por el temor al castigo. El temor al castigo no entra absolutamente para nada en la abstención del hombre honrado, que no comete actos antisociales, y de ningún modo detiene al criminal impulsado al crimen por su temperamento o su interés. Es necesario insistir en esta verdad: la moralidad del hombre depende exclusivamente de las condiciones del medio, de la herencia y de la educación, en las cuales se encuentra o estuvo colocado. El hombre que infringe las leyes penales cree siempre, si piensa en ello, que podrá escapar a las consecuencias legales de su acto. Comete el acto antisocial porque su voluntad es insuficiente para reprimir el móvil que le impulsa a cometerlo, y la insuficiencia misma de

su voluntad es debida a la educación recibida, al medio frecuentado, y a menudo a un vicio orgánico hereditario. Las leyes más draconianas no han prevenido jamás los crímenes y los delitos. Su impotencia es la mejor condenación de todas las leyes.

Así, pues, si la autoridad, a la que se cree excusar, juzgándola necesaria, la usurpación que constituye del derecho de gentes, es impotente para cumplir su supuesta misión, ¿qué otro argumento se puede presentar en apoyo de su existencia? Por consiguiente, la concepción anarquista de un estado social en que el orden resultaría de las relaciones libres de los individuos, ¿no será la más lógica, la única razonable? Por esto la moral anarquista tiene por base el desarrollo de la voluntad individual, ya que sólo por la voluntad el hombre llega a dirigirse y a libertarse por sí mismo de la necesidad de una dirección exterior.

El anarquismo y la economía

Respecto al punto de vista económico, todos los anarquistas están acordes en la supresión del Estado, al cual consideran como una organización inútil y gravosa, al propio tiempo que opresiva y anuladora de la iniciativa individual. Las mismas funciones que desempeña el Estado puede desempeñarlas la iniciativa privada. De este modo se lograría una gran economía de fuerzas, devolviendo a la producción una multitud de seres hoy improductivos, y desembarazando a la sociedad del diezmo que se extrae para subvenir a los gastos de la percepción de impuestos. Además, siendo la libertad de cada uno resultante de la supresión del Estado, favorecería grandemente el desarrollo de la iniciativa individual y, por consiguiente, el perfeccionamiento de los métodos productivos.

Orígenes del anarquismo

Las teorías anarquistas tienen en el pasado raíces muy profundas. Fueron formuladas fragmentariamente en diversas épocas, pero de un modo muy vago y sin ninguna cohesión. Los anabaptistas del siglo XVI, ciertos puritanos ingleses del XVII, los husistas, etc., formularon reivindicaciones que tenían alguna relación con ciertos aspectos del anarquismo. En el siglo XVIII, el cura Meslier hizo una crítica de la sociedad que muchos anarquistas modernos no dejarían de aprobar. J. J. Rousseau preconizó el estado natural, que ninguna relación tiene con el anarquismo, pero en su *Emilio* presenta el plan de un sistema de educación en el que sin duda se inspirará la futura sociedad anárquica. Es necesario citar, durante la Revolución, como precursores de los anarquistas, a los hebertistas y babouvistas. Más tarde, Proudhon, primero, y luego Bellegarigue y Dejasques, formularon la teoría y dieron a la palabra *anarquía* su verdadera acepción, sacada de su etimología, probando que, en lugar

de ser una causa de desorden y confusión, la anarquía es el fundamento del orden social. Después vino Bakunin, que imprimió al anarquismo un carácter revolucionario que no tenía antes. En 1872

se separó del socialista Carlos Marx y fundó la *Federación del Jura*. A partir de 1878 es cuando se hizo más aguda la lucha entre los anarquistas y la autoridad.

II

La anarquía

por Enrique Malatesta

Anarquía La palabra *anarquía* viene del griego *y desorden* y significa propiamente *sin gobierno*, estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin núcleo gobernante.

Antes de que tal organización principiase a ser considerada como posible y aceptable por toda una muchedumbre de pensadores, y tomada por bandera de un partido que es actualmente uno de los factores más importantes en la moderna lucha social, la palabra de que hablamos era empleada en el sentido de desorden y confusión, y aun en nuestros días es usada en el mismo sentido por la masa ignorante y por los adversarios que tienen interés en desfigurar la verdad.

No entraremos aquí en disquisiciones filológicas, porque la cuestión no pertenece a la filología, sino a la historia. El sentido vulgar de la palabra no tiene ninguna relación con su sentido verdadero y etimológico, aunque, indudablemente, es un derivado hijo del prejuicio de que el gobierno es un órgano necesario de la vida social y que, por tanto, una sociedad sin gobierno sería constantemente presa del desorden y oscilaría entre la prepotencia desenfrenada de unos y la venganza ciega de otros.

La existencia de tal prejuicio y su influencia en el sentido que la mayoría de los hombres han dado a la palabra anarquía, se explica fácilmente.

El hombre, como todos los seres vivos, se adapta o acostumbra a las condiciones en que vive, y transmite por herencia los hábitos adquiridos.

Así, pues, como nace y crece en la servidumbre y es el heredero de una larguísima progenie de esclavos, cuando empieza a pensar cree que la esclavitud es condición esencial de la vida, en tanto que le parece imposible la libertad.

De igual manera casi, el obrero, obligado durante siglos y siglos, y hasta habituado a esperar el trabajo, es decir, el pan, de la buena voluntad del patrono, y a ver su vida siempre a merced de

los poseedores de la tierra y del capital, ha concluido por creer que el patrono es quien le da de comer, y se pregunta, naturalmente, cómo podría vivir sin el patrono.

Esto es lo mismo que si, a pesar de haber nacido con las piernas atadas, encontrásemos un medio cualquiera de andar y achacásemos la facultad de movernos precisamente a aquellas ligaduras, que no hacían otra cosa que disminuir y paralizar la energía muscular de nuestras piernas.

Ahora bien, si a los efectos naturales de la costumbre se agrega la educación del patrono, del sacerdote, del maestro, etc., interesados en predicar que el gobierno y el patrono son necesarios; si se agrega la presión del juez y del policía, esforzándose siempre en reducir al silencio a los que piensan de otra manera y tratan de propagar su distinta manera de pensar, se comprenderá fácilmente cómo ha podido hacer presa en el cerebro poco cultivado de la masa laboriosa el prejuicio de la utilidad y la necesidad del gobierno y del patrono.

Imaginémonos que, en el supuesto caso de tener ligadas las piernas, un médico nos expone toda una teoría y mil ejemplos hábilmente inventados para convencernos de que con las piernas en libertad no podríamos andar ni vivir: defenderíamos con rabia nuestras ligaduras y tendríamos por enemigo al que tratase de cortarlas.

Por esto, como se cree que el gobierno es necesario y que sin gobierno sólo habría desorden y confusión, es natural, es lógico que la anarquía, que quiere decir ausencia de gobierno, suene a ausencia de orden.

El hecho tiene, por otra parte, su explicación histórica. En el tiempo y en los países en que el pueblo creyó necesario el gobierno de uno solo (*monarquía*), la palabra *república* (gobierno de varios) fué siempre empleada en el sentido de desorden y confusión, hasta el extremo de que este

sentido aún se conserva vivo en el lenguaje popular de casi todas las naciones.

Modifíquense las opiniones, convénzase a las gentes de que el gobierno no sólo no es necesario, sino que hasta resulta dañoso, y entonces la palabra anarquía, por lo mismo que equivale a ausencia de gobierno, significará para todos orden natural, armonía de los intereses y las necesidades de todos los seres, libertad absoluta en la absoluta solidaridad humana.

Personas hay, sin embargo, que dicen que los anarquistas hemos escogido mal nuestro nombre, toda vez que éste es comprendido de un modo erróneo por la masa y se presta mucho a una interpretación equivocada. El error no depende de la palabra misma, depende de su significación, y las dificultades con que tropiezan los anarquistas en la propaganda no dependen del nombre que se han dado, sino del hecho de que lo que ese nombre significa va contra todos los prejuicios que tiene el pueblo respecto a las funciones gubernamentales, o como se dice generalmente, del Estado.

El Estado - Antes de seguir adelante será conveniente que nos expliquemos acerca de esta palabra, la cual, en nuestro concepto, es causa verdadera de muchas confusiones.

Los anarquistas, y entre ellos nosotros, se han servido generalmente de la palabra Estado entendiendo por ella el conjunto de todas las instituciones políticas, legislativas, jurídicas, militares, financieras, etc., por medio de las cuales se arbitra al pueblo la gerencia de sus propios asuntos, la dirección de su propia seguridad, confiándolas a algunos que, por usurpación o por delegación, halláuse investidos del derecho de legislar sobre todo y para todos y de forzar al pueblo a respetarlos, valiéndose del apoyo que les presta el poder de todos.

Según esta interpretación, la palabra Estado quiere decir gobierno o bien la expresión impersonal, abstracta, de aquel estado de cosas que el gobierno personifica. En este caso, las expresiones *abolición del Estado*, *sociedad sin Estado*, etc., responden exactamente al concepto que los anarquistas quieren significar de destrucción de todo orden político basado en la autoridad y de constitución de una sociedad de hombres libres e iguales, basada en la armonía de los intereses y en el concurso voluntario de todos al cumplimiento de los deberes y cuidados sociales.

Pero la palabra Estado tiene otros muchos significados, entre los cuales algunos se prestan al equívoco, mucho más cuando se trata con hombres cuya triste posición social no les ha dejado acostumbrarse a las delicadas distinciones del lenguaje científico, o, peor aún, cuando se trata con ad-

versarios de mala fe, que tienen interés en confundirlo todo y en no querer entender nada.

La palabra Estado se usa, por ejemplo, con frecuencia, para indicar una determinada sociedad, cierta colectividad humana reunida en un determinado territorio, formando lo que suele denominarse un cuerpo moral, independientemente de la manera de agruparse y entenderse de sus miembros.

Se usa también, sencillamente, como sinónimo de Sociedad, a causa de cuyo significado creen nuestros adversarios, o, mejor dicho, fingen creer, que los anarquistas queremos abolir toda relación social, todo trabajo colectivo, y reducir al hombre al aislamiento, o sea a una condición peor que la del salvaje.

Asimismo se entiende por Estado la administración suprema de un país, el poder central diferente del poder provincial o municipal, y por este otro sentido se supone que los anarquistas queremos una simple descentralización territorial, dejando en tal estado el principio de gobierno, y se confunde así la anarquía con el comunismo o con el cantonalismo.

Estado significa, en fin, condición, manera de ser, régimen de vida social, etc., y por esto decimos, por ejemplo, que *es preciso cambiar el estado económico de la clase obrera*, o que *el estado anárquico es el único estado social fundado sobre la base de la solidaridad*, y otras frases por el estilo que, en nuestros labios, ya que por otra parte decimos que aspiramos a la abolición del Estado, pueden, a primera vista, parecer paradójicas y contradictorias.

Por estas razones opinamos que es conveniente emplear lo menos posible la expresión *abolición del Estado*, y reemplazarla por esta otra, más clara y más concreta: *abolición del gobierno*.

Esto es lo que haremos en el curso del presente trabajo.

El gobierno Se ha dicho que anarquía significa sociedad sin gobierno.

Mas, ¿es posible, es deseable, es conveniente la supresión del gobierno?

Véamoslo.

La tendencia metafísica (una enfermedad por la cual el hombre, luego de haber separado, por lógico proceso de su sér, sus cualidades, experimenta una alucinación especial que le hace tomar la abstracción resultante por un sér real), la tendencia metafísica, digo, que, a pesar de los golpes de la ciencia positiva, sigue haciendo presa en el cerebro de la mayoría de nuestros contemporáneos, es lo que determina en muchos la concepción del gobierno como un ente moral con ciertos atributos de razón, de justicia, de equidad, que son independientes de las personas encargadas de la función gubernamental. Para estas gentes, el go-

bierno, o, de un modo más abstracto, el Estado, es el poder social abstracto; es el representante, abstracto también, de los intereses generales; es la expresión del derecho de todos, considerado como límite del derecho de cada uno.

Esta manera de comprender el gobierno, cualquiera que sea su forma, y salvo siempre el principio de autoridad, es defendida por aquellos a quienes interesa, y sobrevive a los errores de todos los partidos que se suceden en el ejercicio del poder.

Para nosotros, el gobierno es el conjunto de los gobernantes; y gobernantes—rey, presidente, ministros, diputados, etc.—son todos los que poseen la facultad de hacer leyes para regular las relaciones de los hombres entre sí y hacer que se cumplan; de decretar y distribuir los impuestos; de obligarnos al servicio militar; de juzgar y castigar a los contraventores de las leyes; de someter a reglas, registrar y sancionar los contratos privados; de monopolizar ciertas ramas de la producción y ciertos servicios públicos, o, si lo desean, todos los servicios y toda la producción; de declarar la guerra o ultimar la paz con los gobiernos de otras naciones; de otorgar o negar franquicias y otra multitud de cosas por el estilo. Gobernantes son, en resumen, todos aquellos que tienen la facultad, en mayor o menor grado, de valerse de la fuerza social, es decir, de la fuerza física, intelectual y económica de todos para obligar a los demás a hacer lo que a ellos les plazca. Y esta facultad constituye, en concepto nuestro, el principio gubernamental, el principio de autoridad.

Mas, ¿cuál es la razón de ser del gobierno? ¿Por qué depositar en varios individuos la libertad y la iniciativa propias? ¿Por qué proporcionarles esa facultad de valerse de la voluntad de cada uno, para que de ella dispongan según les acomode? ¿Están tan excepcionalmente dotados que puedan, con alguna apariencia de razón, reemplazar a la masa y atender todos los intereses de los hombres mejor que pudieran atenderlos ellos mismos? ¿Son infalibles e incorruptibles hasta el extremo de poderles fiar, con alguna prudencia, la suerte de cada uno y la de todos, confiando en su ciencia y en su bondad?

Y aun cuando existiesen hombres de una bondad y un saber infinitos, y aunque, por una hipótesis que no se ha realizado nunca en la historia, y que a nosotros nos parece de imposible realización, el poder gubernativo fuese encomendado a los más capaces y mejores entre los buenos, ¿añadiría la posesión del gobierno alguna cosa a su potencia benéfica? ¿No la paralizaría y destruiría, más bien, por la necesidad en que están todos los hombres en las esferas del poder de ocuparse de innumerables cosas que no entienden, y sobre todo de emplear la mejor parte de su energía en mantener-

se en el poder, contentar a los amigos, tener a raya a los descontentos y someter a los rebeldes?

Y no es esto todo: buenos o malos, sabios o ignorantes, ¿qué son los que gobiernan? ¿Qué es lo que los indica para función tan elevada? ¿Se imponen por sí mismos en virtud del derecho de guerra, de conquista o de revolución? En tal caso, ¿quién garantizará al pueblo que se inspirarán en la utilidad general? Pero, si todo es asunto de usurpación, no resta a los vencidos y a los descontentos otra cosa que la apelación a la fuerza para cambiar la marcha del juego. ¿Son los elegidos entre una cierta clase o partido? En este caso, triunfarán sin duda alguna los intereses y las ideas de aquella clase o de aquel partido, y la voluntad y los intereses de los demás serán sacrificados. ¿Son, en fin, elegidos por sufragio universal? El único criterio, entonces, es el número, el cual no es prueba ni de razón, ni de justicia, ni de capacidad. Los elegidos serán siempre los que mejor sepan engañar a la masa, y la minoría, que puede hallarse constituida por la mitad menos uno, quedará, lo mismo que antes, destinada al sacrificio. Y esto sin contar que la experiencia ha demostrado la imposibilidad de hallar un mecanismo electoral por el que los elegidos sean por lo menos representantes verdaderos de la mayoría.

Misión del gobierno

Muchas y muy diferentes son las teorías merced a las cuales se ha tratado de explicar y justificar la existencia del gobierno. Pero todas se basan en el prejuicio, fundado o no, de que los hombres tenemos intereses contrarios y que, por consiguiente, se necesita una fuerza externa, superior, para obligar a todos a respetar los intereses de todos, dictando e imponiendo aquellas reglas de conducta que mejor armonicen los intereses en lucha y permitan a cada uno hallar el *máximum* de satisfacción con el menor sacrificio posible.

Si los intereses, dicen los teólogos del autoritarismo, las tendencias y los deseos de un individuo se hallan en oposición con los de otro individuo o con los de toda la sociedad, ¿quién tendrá derecho y suficiente poder para obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir al simple ciudadano que viole la voluntad general? La libertad de cada cual, dicen, tiene por límite la voluntad de los demás; pero, ¿quién establecerá este límite y lo hará respetar? Los naturales antagonismos de intereses y pasiones, hicieron nacer la necesidad del gobierno y justificaron la autoridad como fuerza moderadora en la lucha social y determinante de los derechos y deberes de cada uno.

Esa es la teoría; pero la teoría, para ser justa, debe fundarse en hechos y explicarlos, y no como la economía política, que con demasiada frecuen-

cia ha inventado las teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerlo aceptar tranquilamente por todas sus víctimas.

Atengámonos, pues, a los hechos.

En todo el curso de la historia, lo mismo que en nuestra época, el gobierno o es la dominación brutal, violenta, arbitraria, de unos pocos sobre la masa, o bien es un instrumento pronto para asegurar el dominio y el privilegio de los que, por la fuerza, por astucia o por violencia, se han apoderado de todos los medios de vida, principalmente del suelo, con el fin de mantener de tal modo al pueblo en la servidumbre y obligarle a trabajar para ellos.

Los hombres son oprimidos de diversas maneras: o directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física, o de un modo indirecto, despojándoles de los propios medios de subsistencia y obligándoles así a rendirse a discreción. La primera opresión dió origen al poder, o sea al privilegio político; la segunda hizo nacer el poder o privilegio económico.

También se oprime a los hombres de otro modo: influyendo sobre su inteligencia y su sentimiento, lo que constituye el poder religioso o *intelectual*. Mas como el espíritu no existe sino como resultado de las fuerzas materiales, así la mentira y las corporaciones constituidas para propagarla no tienen razón de ser sino como consecuencia del privilegio político y económico, y son un medio de defenderlo y consolidarlo.

En las sociedades primitivas, poco numerosas y de relaciones poco complicadas, cuando una circunstancia cualquiera impidió que se estableciesen costumbres de solidaridad, o destruyó las que existían, estableciendo el dominio del hombre sobre el hombre, los dos poderes, el político y el económico, halláronse reunidos en unas mismas manos, que podrían ser las de un solo hombre. Los que venían por la fuerza, disponían de las personas y de las cosas de los vencidos y les obligaban a servirles, a trabajar para ellos y hacer en todo lo que tenían por conveniente. Eran los vencedores a la vez propietarios, legisladores, jueces y verdugos.

Pero al ensancharse la sociedad, aumentan las necesidades, se complican las relaciones sociales, llega a hacerse imposible la existencia prolongada de un despotismo semejante. Los dominadores, o por seguridad, o por encontrarlo más cómodo, o por imposibilidad de proceder de otra manera, se ven en la necesidad de apoyarse, por una parte, en una clase privilegiada, en cierto número de individuos interesados en su dominio, y de dejar, por otra parte, que cada cual provea como le sea posible a su propia existencia, reservándose para sí el supremo dominio, que es el derecho de disfrutar lo más posible y la manera de saciar la vanidad del mando.

Así, al abrigo del poder, por su protección y complicidad, y con frecuencia por su ignorancia y por causas que escapan a sus dominios, se desarrolla la riqueza privada, es decir, la clase de propietarios, la cual, concentrando poco a poco en sus manos todos los medios de producción, la verdadera fuente de la agricultura, industria, comercio, etc., acaba por constituir un poder que, por la superioridad de sus medios y la gran masa de inteligencia que abarca, concluye siempre por someter más o menos abiertamente al poder político, es decir, al gobierno, y convertirlo en su propio guardián.

Este fenómeno se ha repetido en la historia con frecuencia. Una vez que por invasión, u otra cualquiera empresa militar, la violencia física, brutal, ha hecho presa en una sociedad, los vencedores han tendido siempre a concentrar en sus manos el gobierno y la propiedad. Mas siempre también la necesidad experimentada por el gobierno de conseguir la complicidad de una clase potente, las exigencias de la producción, la imposibilidad de ordenarlo y dirigirlo todo, establecieron la propiedad privada, la división de los dos poderes y con ella la dependencia efectiva entre los que tenían en sus manos la fuerza: el gobierno, y los que disponían del origen mismo de la fuerza: la propiedad. El gobierno acaba siempre, fatalmente, por constituirse en guardián del propietario.

Pero este fenómeno nunca se acentúa tanto como en la época moderna. El desarrollo de la producción, la inmensa difusión del comercio, la desmesurada potencia que ha conquistado el dinero y todos los hechos económicos provocados por el descubrimiento de América, la invención de las máquinas, etc., aseguraron tal supremacía a la clase capitalista, que no satisfecha ésta con disponer del apoyo del gobierno, ha querido que éste llegue a salir de su propio seno.

Un gobierno que se derivaba del derecho de conquista—*derecho divino*, según los reyes y sus secuaces—, por cuanto se sobreponía a la clase capitalista, conservaba siempre un continente altanero y despreciativo ante sus antiguos esclavos, luego de enriquecidos, y hacia alarde de sus inclinaciones a la independencia y a la dominación; sembraban de los propietarios, pero era de aquellos defensores y guardianes que se dan importancia y se hacen los arrogantes con los que deben escoltar y defender, cuando no los desvalijan y atormentan. La clase capitalista, naturalmente, conspiró para remplazar tal guardián y defensor, con medios más o menos violentos, por otro salido de sus mismos medios, compuesto por miembros de su clase, siempre bajo su vigilancia y organizado especialmente para defender la clase contra las posibles reivindicaciones de los desheredados.

De aquí el origen del sistema parlamentario moderno.

En la actualidad, el gobierno, compuesto de propietarios y de gentes de su devoción, se halla a merced en todo de los propietarios mismos; hasta tal punto es así, que los más ricos desdennan con frecuencia formar parte de él. Rothschild no tiene ninguna necesidad de ser diputado ni ministro; le basta tener bajo su dependencia a ministros y diputados.

En muchos países, el proletariado tiene nominalmente una participación mayor o menor en la designación del gobierno. Es una concesión que la burguesía ha hecho, ya para valerse del concurso popular en la lucha contra la realza y la aristocracia, ya para distraer al pueblo en sus deseos de emancipación, dándole una apariencia de soberanía. Mas, lo prevyese o no, la burguesía, cuando por primera vez concedió al pueblo el derecho al voto, la verdad es que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía, dando a la parte más enérgica del proletariado la ilusoria esperanza de ocupar el poder.

Hasta con el sufragio universal, y se puede decir que especialmente por el sufragio universal, el gobierno continúa siendo el siervo y el guardián de la burguesía.

Si otra cosa ocurriera, si el gobierno llegase a serle hostil, si la democracia pudiese ser otra cosa que un fuego fatuo para engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se apresuraría a rebelarse y concentraría toda la fuerza y toda la influencia que se derivaría de la posesión de la riqueza para reducir al gobierno a las funciones de un simple siervo suyo.

En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función esencial es siempre oprimir y explotar a la masa y defender a los opresores y explotadores; y sus órganos principales, característicos, indispensables, son el policía y el recaudador de impuestos, el soldado y el carcelero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de mentiras, sacerdote o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo gubernamental.

Indudablemente, a aquellas funciones primitivas y a estos órganos esenciales, se han agregado en el curso de la historia otras funciones y otros órganos, pero de igual índole.

Admitamos, sin embargo, que no haya habido jamás en un país algo civilizado un gobierno que desempeñase las funciones opresoras y explotadoras sin aplicarse al propio tiempo a las verdaderamente útiles e indispensables a la vida social. Esto no destruye el hecho de que el gobierno es por

naturaleza opresor y explotador, y que por su origen y su posición, se ve inclinado fatalmente a defender y consolidar la clase dominante; por el contrario, lo afirma y lo agrava.

En realidad, el gobierno toma a su cargo, en más o en menos proporción, la protección de la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales; reconoce y legaliza cierto número de derechos y deberes primordiales, y usos y costumbres, sin los cuales es imposible vivir en sociedad; organiza y dirige ciertos servicios públicos, como las comunicaciones, la higiene, el reparto de aguas, la bonificación y protección forestal, etc.; funda casas de huérfanos y hospitales, y se complace con frecuencia en mostrarse sólo en apariencia, desde luego, protector del pobre y del débil. Pero basta observar cómo y por qué causa cumple el gobierno esta misión y aumenta sus funciones, para dar en seguida con la prueba experimental, práctica, de que todo lo que hace se inspira siempre en el espíritu de dominación y tiende a defender, ensanchar y perpetuar sus propios privilegios, así como los de la clase que representa y defiende.

Un gobierno no puede durrar mucho tiempo sin ocultar su naturaleza bajo un pretexto de general utilidad; no puede hacer respetar la vida de los privilegiados sin aparentar que hace respetar la de todo el mundo; no puede hacer aceptables los privilegios de algunos sin fingirse guardador de los derechos de todos.

«La ley—dice Kropotkin—y todos los que hicieron la ley—el gobierno—utilizaron los sentimientos sociales del hombre para hacer pasar como preceptos morales, que los hombres aceptaban, lo que era útil a la minoría explotadora, contra lo cual se habría aquél rebelado ciertamente en caso contrario.»

No puede el gobierno desear que la sociedad se desorganice, porque a él y a la clase dominadora les faltaría entonces el material de explotación; no puede consentir que por sí misma se rija, que se gobierne sin intervención oficial, porque en ese caso el pueblo no tardaría en percatarse de que el gobierno sólo sirve para defender a los propietarios, y se apresuraría a desembarazarse del gobierno y de los propietarios.

En la actualidad, frente a las insistentes y amenazadoras reclamaciones del proletariado, los gobiernos tienden a intervenir en las relaciones de obreros y patronos, con lo que procuran desviar el movimiento obrero e impedir, con algunas engañosas reformas, que los pobres se tomen por sí mismos lo que es suyo, esto es, una parte de bien-estar igual a la que todos disfrutan.

Es preciso, además, tener en cuenta, por una parte, que los burgueses y propietarios se hallan siempre en guerra unos con otros y tratan de devorarse mutuamente, y por otra parte, que el go-

bierno, hijo de la burguesía y siervo protector suyo, tiende, como todo protector y todo siervo, a emanciparse y a dominar a su protegido. De aquí que el juego de prestidigitación, el tira y afloja, el acto de echar al pueblo contra los conservadores y a los conservadores contra el pueblo, que es toda la ciencia de los gobiernos, sea lo que engañe a las gentes sencillas y perzozas que esperan que la salvación les venga de lo alto.

Con todo esto, la naturaleza del gobierno no cambia. Si se muestra regulador y garantía de los deberes y derechos de cada cual, pervierte el sentimiento de justicia, toda vez que califica de delito y castiga todo lo que ofende o amenaza los privilegios de los gobernantes y de los propietarios, y declara justa, legal, la más feroz explotación de los miserables, el lento y constante asesinato material y moral cometido por los que todo lo poseen en las personas de los que no poseen nada.

Si se convierte en administrador de los servicios públicos, se cuida señaladamente de los intereses de su clase; de los de la clase trabajadora, nada más que lo necesario para que dicha clase consienta en pagar.

Si se mete a enseñar, prohíbe la propaganda de la verdad, y tiende a preparar el cerebro y el corazón de los niños para que lleguen a ser tiranos implacables o dóciles esclavos, según la clase a que pertenezcan. En manos del gobierno, todo se convierte en medio de explotación, todo se traduce en instituciones de policía, útiles únicamente para tener dominado al pueblo.

Y es natural que así sea. Si la vida de los hombres consiste en la lucha entre ellos mismos, habrá, naturalmente, vencidos y vencedores, y el gobierno es el premio de la contienda o un medio para asegurarse los vencedores el resultado de la victoria y perpetuarla, ya se libere el combate en el terreno de la fuerza física e intelectual, ya en el terreno económico. Los que interviniere en la lucha para vencer y asegurarse mejores rendimientos que los otros y conquistar privilegios y dominios, juntamente con el poder, una vez alcanzada la victoria no harán uso de ella para defender los derechos de los vencidos y fijar límites a sus propias facultades arbitrarias y a las de sus partidarios y amigos.

El gobierno, o, como suele decirse, el Estado justiciero, moderador de la lucha social, administrador desinteresado de los bienes del público, es una mentira, una ilusión, una utopía nunca realizada y jamás realizable.

Si en realidad los intereses de los hombres debieran ser contrarios; si en realidad la lucha entre los hombres fuese ley necesaria de la sociedad humana y la libertad de cada uno tuviese su límite en la libertad de los demás, entonces cada uno trataría de hacer triunfar sus propios intereses sobre

los intereses de los demás, cada uno procuraría hacer mayor la libertad propia a expensas de la voluntad de los otros, y existiría el gobierno, no ya porque fuese más o menos útil a la totalidad de los miembros sociales, sino porque los vencedores habrían de asegurarse los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos, y librarse de la incomodidad de ocuparse constantemente de la defensa, confiando esta labor a los hombres especialmente adiestrados en el arte de gobernar.

Veríase así la humanidad destinada a perecer o a agitarse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Afortunadamente, el porvenir de la humanidad es más risueño, porque es más dulce la ley que la gobierna.

Esta ley es la *solidaridad*.

La solitariedad Tiene el hombre por propiedad fundamental, necesaria, el *instinto de la propia conservación*, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el *instinto de la conservación de la especie*, sin el cual ninguna especie se hubiera podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender la existencia y el bienestar de sí mismo y de su progenie contra todo y contra todos.

Dos maneras hay en la naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerla cada vez más agradable: es la primera la *lucha individual* contra los elementos y contra los individuos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el *apoyo mutuo*, la *cooperación*, que puede llamarse también la *asociación para la lucha* contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No trataremos de indagar aquí, ni es necesario para nuestro objeto, ahora, qué parte tienen respectivamente en la evolución del reino orgánico los dos principios: el de la lucha y el de la cooperación. Baste hacer constar que en la humanidad la cooperación—forzosa o voluntaria—ha sido el único medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la lucha—resto atávico—ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado, en cambio, el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre que, uniéndose a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, el cual ha transformado completamente las condiciones de su existencia. Gracias a esto mismo ha podido el

hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse por encima de los otros animales, tanto, que los filósofos espiritualistas han considerado necesario inventar para él un alma inmortal e inmortal.

Muchas causas han concurrido y contribuido a la formación de este instinto social que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de intensidad y extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque descendiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias carnívoras, pero con un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos especialmente adecuadas para dar forma a capricho a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo pudo abandonar la animalidad al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos áspera, menos continua, menos necesaria la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar el medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del individuo, fuera del cual no puede vivir, y que si vive es a costa de caer nuevamente en el estado de animalidad primitiva.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millares de siglos, esta necesidad de la vida social, de cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha transformado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales debidas a la asociación, tanto que, para satisfacerla, se afrontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandiosas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de

inferioridad física, por completo desproporcionado a su superioridad intelectual, en que se halla frente a los animales dañinos; la posibilidad para él de asociarse a un número cada vez mayor de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general que tiene efecto entre los demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad—y las investigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día—que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico una parte importantísima que no sospechaban los que se proponían justificar el reino de la burguesía por medio de la teoría de Darwin, bastante inútilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combaten individualmente, y con más frecuencia en pequeños grupos fijos y transitorios, contra la naturaleza, e incluso contra los demás individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en un mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de su misma especie. La batalla humana, en cambio, tiende siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, a desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los demás, a vencer y a dominar la naturaleza externa con la humanidad y para la humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres y en su perjuicio, contradice la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La *solidaridad*, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada uno en el bien de todos, y el de todos en provecho de cada uno, es el único estado en que el hombre puede manifestar su naturaleza y obtener el máximo de desarrollo en el máximo de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la evolución humana, el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos, de otro modo insolubles, y hace que la libertad de cada uno no halle un límite, sino un complemento, y las condiciones necesarias de existencia, en la libertad de los demás.

Dejó dicho Bakunin:

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiente realizarla, sino

reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en ideas, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y el derecho de todos mis iguales.

»Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca o me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los demás hombres entre sí. Si son ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, su miseria y su esclavitud. Si yo soy ilustrado e inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso e independiente, su esclavitud me esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privilegiado, tiemblo ante su justicia. Quiero ser libre y no puedo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y no queriéndolo, se convierten para mí en instrumentos de opresión.»

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y de bienestar; y por eso mismo el egoísmo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés, empuja al hombre a la solidaridad; mejor dicho: egoísmo y altruismo, *consideración de los intereses de los demás*, se confunden en un solo sentimiento, como se confunden en uno el interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía, de un salto, pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que ofrece la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvió y la desvió aún de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto, por las necesidades materiales y primitivas, que eran las únicas que sentía entonces, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los demás hombres en lugar de asociarles; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la animalidad originaria, obligó a los más débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de la ayuda de su semejante.

Así, pues, el descubrimiento de la utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la so-

lidad en todas las relaciones humanas, nos ha conducido, por el contrario, a la propiedad privada y al gobierno, esto es, a la explotación del trabajo de todos en provecho de unos cuantos privilegiados.

La asociación fué siempre la cooperación, fuera de la cual no hay vida humana posible; pero un sistema de cooperación impuesto y reglamentado por unos pocos en provecho de sus intereses particulares.

De este hecho se deriva la gran contradicción —que ocupa toda la historia del género humano— entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre para la satisfacción de sus sentimientos de afecto, y la tendencia a dividirse en tantas unidades separadas y hostiles cuantas son las agrupaciones determinadas por las condiciones geográficas y etnográficas; cuantas son las posiciones sociales y económicas; cuantos son los hombres que aciertan a conquistar una ventaja y quieren asegurarla y aumentarla; cuantos son los que esperan la posesión del privilegio; cuantos son los que sufren una injusticia y se revelan y tratan de redimirse.

El principio *cada uno para sí*, que es la guerra de todos contra todos, ha venido en el curso de la historia a complicar, a desviar, a paralizar la guerra de todos contra la naturaleza en pro del mayor bienestar de la especie humana, que sólo puede tener éxito basándose en el principio: *todos para uno, uno para todos*.

Muchos y muy grandes son los males que ha sufrido la humanidad por la intrusión de la tendencia dominadora y explotadora en la asociación humana. Mas a pesar de la atroz opresión, a pesar de la miseria, a pesar de los vicios, de los delitos, de la degradación que la miseria y la esclavitud han producido en esclavos y amos, a pesar de los odios acumulados, a pesar de la guerra exterminadora, a pesar del antagonismo de los intereses, artificialmente creados, el instinto social ha sobrevivido y se ha desarrollado.

Siendo siempre la cooperación condición precisa para que el hombre pudiese luchar con éxito contra el mundo exterior, fué asimismo la causa permanente de la aproximación de los sentimientos de simpatía entre todos los hombres. La misma opresión de las masas ha hecho que los oprimidos fraternicen entre sí; y sólo merced a la solidaridad, más o menos consciente, más o menos intensa, que siempre ha existido entre los oprimidos, han podido éstos soportar la opresión, y la humanidad resistir a las causas de muerte que en ella se habían introducido.

En la actualidad, el desarrollo que ha adquirido la producción, el acrecentamiento de aquellas necesidades que no se pueden satisfacer sino median-

te el concurso de gran número de hombres de todos los países, los medios de comunicación, la costumbre de viajar, la ciencia, la literatura, el comercio, hasta la guerra, han estrechado y estrechan más cada vez a la especie humana en un solo cuerpo, cuyas partes, solidarias entre sí, sólo pueden hallar su plenitud y libertad de desarrollo en la salud de las otras partes y del todo.

Los habitantes de Nápoles están tan interesados en la limpieza de su población como en el mejoramiento de las condiciones higiénicas de la ciudad del Ganges, de donde el cólera procede. El bien-estar, la libertad, el porvenir de un montañés extraviado entre las gargantas de los Apenninos, no sólo dependen del estado de bienestar o de miseria en que se hallen los habitantes de su lugar; no sólo dependen de las condiciones generales del pueblo italiano, sino que dependen también del estado de los trabajadores en América o en Australia, de los descubrimientos que pueda hacer un hombre de ciencia de Sidney, de las condiciones morales y materiales del pueblo chino, de la guerra o de la paz en África, de toda la suma de circunstancias, grandes o pequeñas, que en cualquier lugar del universo se dan en un determinado ser humano.

En las presentes condiciones de la sociedad, la vasta solidaridad que une a todos los hombres es en gran parte inconsciente, porque surge de un modo espontáneo de la rutina de los intereses particulares, mientras los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Y esta es la prueba más clara de que la solidaridad es la ley natural de la humanidad, ley que se manifiesta y se impone a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los antagonismos hijos de la actual constitución social.

Por otra parte, la masa oprimida, que ya no se resigna completamente a la opresión y a la miseria, y que hoy más que nunca se muestra ansiosa de justicia, de libertad, de bienestar, empieza a comprender que no podrá emanciparse sino por medio de la unión, de la solidaridad entre los oprimidos, entre los explotados de todo el mundo. Y comprende también que es condición imprescindible de su emancipación la posesión de los medios de producción, del suelo y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente la abolición de la propiedad individual. Además, la ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que tal abolición sería de grandísima utilidad para los mismos privilegiados con que quisieran tan sólo renunciar a su propósito de dominación y concurrir con todos al trabajo por el bienestar común.

Ahora bien, si un día la masa oprimida se negara a trabajar para los demás, arrancase a los propietarios la tierra y los instrumentos de trabajo, y quisiera utilizar estos instrumentos por su cuenta

y en provecho propio, es decir, en beneficio de todos; si no quisiera sufrir por más tiempo la dominación ni de la fuerza brutal ni del privilegio económico; si la fraternidad popular, el sentimiento de solidaridad humana, reforzada por la mancomunidad de los intereses, pusiese fin a la guerra y a la conquista, ¿qué razón de ser tendría el gobierno?

Abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desaparecer. Si, por el contrario, sobreviviese, tendería constantemente a reconstituir, bajo una forma cualquiera, una clase privilegiada y opresora.

La abolición del gobierno no significa, no puede significar el rompimiento de los lazos sociales. Muy al contrario: la cooperación, que actualmente sólo es ventajosa para unos cuantos, sería, abolido el gobierno, libre, ventajosa y voluntaria para todos, y por eso se haría mucho más intensa y eficaz. El instinto social, el sentimiento de solidaridad se desarrollaría en su más alto grado, y cada hombre haría cuanto pudiese por el bien de los otros hombres, tanto por satisfacer sus sentimientos de afecto cuanto por bien entendido interés propio.

Del libre concurso de todos, mediante la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendería por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reuniría a toda la humanidad en fraternal lazo y se modificaría y mejoraría conforme se modificasen las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la *anarquía*.

Peligro de cualquier gobierno Hasta aquí se ha considerado el gobierno tal como es, tal como ha de ser necesariamente en una sociedad fundada en el privilegio, en la explotación y en el despotismo del hombre por el hombre, en el antagonismo de intereses, en la lucha intersocial; en una palabra, en la propiedad individual.

Se ha visto que el estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contrario a sus intereses, a los individuos y a la especie humana; se ha visto, asimismo, que la cooperación es la ley del progreso humano; y hemos deducido de todo ello que, aboliendo la propiedad individual y todo predominio del hombre sobre el hombre, el gobierno pierde toda su razón de ser y debe abolirse.

«Pero—se nos podría decir—cambiando el principio en que hoy se basa la organización social, substituída la lucha por la solidaridad, la propie-

dad individual por la propiedad común, el gobierno cambiaría a su vez de naturaleza, y en lugar de ser protector y representante de los intereses de una clase, sería, porque ya no habría clases, el representante de todos los intereses de toda la sociedad. Tendría la misión de asegurar y regular, en interés de todos, la cooperación social, desempear los servicios públicos de general importancia, defender a la sociedad de las posibles tentativas de restablecimiento del privilegio y reprimir los atentados que cualquiera cometiese contra la vida, el bienestar o la libertad de cada uno y de todos.

»En la sociedad hay funciones demasiado necesarias, que requieren mucha constancia y gran regularidad, y no pueden ser abandonadas a la voluntad libre de los individuos sin peligro de que cada cosa tire por su lado.

»¿Quién organizaría y quién aseguraría, de no ser un gobierno, los servicios de alimentación, de distribución, de higiene, de comunicaciones postales y telefónicas, de transportes, etc., etc.?

»¿Quién cuidaría de la instrucción popular?

»¿Quién emprendería los grandes trabajos de exploración, de bonificación, de aspecto científico, que transforman la faz de la tierra y multiplican las fuerzas humanas?

»¿Quién atendería a la conservación y aumento del capital social para transmitirlo, mejorado, a la futura humanidad?

»¿Quién impediría la devastación de los montes, la explotación irracional, y por consiguiente el empobrecimiento del suelo?

»¿Quién tendría la facultad de prevenir y reprimir los delitos, los actos antisociales?

»¿Y qué se haría con los que, faltando a la ley de la solidaridad, no quisiesen trabajar? ¿Y con los que espárciesen la infección en un país, negándose a someterse a las reglas higiénicas prescritas por los hombres de ciencia? ¿Y con los que, locos o cuerdos, intentasen prender fuego a las mieses, violar a las niñas o abusar de los más débiles por su fuerza física superior?

»Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes, sin reconstituir luego un gobierno que organizase la vida colectiva y asegurase la solidaridad social, no sería abolir los privilegios y dar al mundo la paz y el bienestar; sería romper todo lazo social, volver a la humanidad a la barbarie, al reino del *cada uno para sí*, que es el trunfo de la fuerza brutal primero y del privilegio económico después.»

He ahí las objeciones que nos hacen los autoritarios, aun cuando sean socialistas, es decir, aunque quieran la abolición de la propiedad individual y del gobierno de clase que de ella se deriva. Responderemos a esas objeciones.

No es cierto, en primer lugar, que cambiando las condiciones sociales el gobierno cambie de na-

turaleza y de funciones. Órgano y función son términos inseparables. Quítese a un órgano su función, y o el órgano muere o la función se reconstituye. Métase a un ejército en un país en el cual no haya motivos ni asomos de guerra, interna o exterior, y ese solo hecho provocará la guerra, si dicho ejército no se disuelve. Una policía donde no haya delitos que descubrir ni delincuentes que aprehender, provocará, inventará delitos y delincuentes, o bien dejará de existir.

Hay hace siglos en Francia una institución, acualmente agregada a la administración forestal —la *lobelería*—, cuyos empleados tienen a su cargo la destrucción de los lobos y demás animales dañinos. Nadie se sorprenderá al saber que precisamente a causa de esta institución hay en Francia lobos que en las estaciones rígorosas hacen mil estragos. El público se ocupa poco o nada de tales fieras, porque los empleados de la administración son los que tienen a su cargo el ocuparse de ellas; y los tales empleados, organizan la caza de los lobos; pero la organizan, naturalmente, *con inteligencia*, respetando sus madrigueras y dando tiempo a la reproducción, para no exponerse a destruir una especie tan interesante.

Bien es verdad que los campesinos franceses tienen ya muy poca confianza en estos cazadores de lobos, y los consideran más bien como conservadores de tales animales. Y se comprende que así ocurra: ¿qué harían los jefes de la institución si no hubiera lobos en el territorio de la república?

Un gobierno, o lo que es lo mismo, un cierto número de personas encargadas de dictar las leyes y de valerse de la fuerza de todos para hacerlas respetar de cada uno, constituye ya una clase privilegiada y separada del pueblo. Tratará instintivamente, como todo cuerpo constituido, de aumentar sus atribuciones, de substraerse a la dirección del pueblo, de imponer sus tendencias y de hacer predominar sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra ya en antagonismo con la masa de cuya fuerza dispone.

Por lo demás, un gobierno cualquiera, hasta queriéndolo, no podría contentar a todos los gobernados y habría de limitarse a contentar sólo a unos cuantos. Tendría, pues, que defenderse de los descontentos y coartarse, por consiguiente, a una parte del pueblo para que le prestase su ayuda. Y así comenzaría nuevamente la vieja historia de una clase privilegiada, formándose con la complicitad del gobierno y que, si de una vez no se hacía dueño del suelo, acapararía ciertas posiciones de favoritismo, creadas con tal intención, clase que no sería menos opresora ni menos explotadora que la clase capitalista de hoy.

Los gobernantes, acostumbrados al mando, no querían volver a confundirse con la masa, y si no

podían conservar el poder en sus manos, se asegurarían por lo menos la posesión del privilegio para cuando tuviesen que depositar aquél en otros individuos. Recurrirían a los medios que da el poder para que los sucesores fuesen elegidos entre sus amigos, a fin de que éstos les apoyasen y protegiesen a su vez. De este modo el gobierno pasaría de unas manos a otras, siempre las mismas en realidad, y la *democracia*, que es el supuesto gobierno de todos, acabaría siempre en *oligarquía*, es decir, en el gobierno de unos pocos, de una clase.

¡Y qué oligarquía omnipotente, opresora y absorbente sería la que tuviese a su cargo, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la confección de alparagatas, desde las universidades hasta el teatro de ópera!

Superfluidad del gobierno Supongamos, no obstante, que el gobierno no constituyese en sí una clase privilegiada y pudiese vivir sin

crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, permaneciendo, como se pretende, en su naturaleza de representante, de siervo, si se quiere, de toda la sociedad.

¿Para qué serviría? ¿En qué y de qué manera aumentaría la fuerza, la inteligencia, el espíritu de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos y de la humanidad venidera, que en un momento dado existiesen en una sociedad determinada?

Siempre la antigua historia del hombre con las pieñas ligadas, condenado a vivir a pesar de las ligaduras y creyendo, no obstante, vivir en virtud de ellas.

Estamos acostumbrados a vivir bajo la dirección de un gobierno que acapara toda la fuerza, toda la inteligencia, toda la voluntad que puede dirigir en su provecho, y que difícil, paraliza y suprime las que le son inútiles u hostiles, y nos figuramos que todo lo que se hace en la sociedad se hace por que así lo quiere el gobierno, y que, por consiguiente, sin gobierno no habría en el cuerpo social ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Del mismo modo, como ya hemos dicho, el propietario se posesiona de la tierra, la hace cultivar en su provecho particular, dejando al trabajador lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, y éste piensa que no podría vivir sin el patrono, como si éste crease la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

¿Qué, por sí, agrega el gobierno a las fuerzas morales y materiales que existen en una sociedad? ¿Será acaso el dios de la Biblia que crea el mundo de la nada?

Así como nada se crea en el mundo que suele llamarse material, nada es creado tampoco en esta más complicada forma del mundo material que es el mundo social.

Por eso los gobernantes no pueden disponer más que de las fuerzas existentes en la sociedad, menos las que la acción gubernativa paraliza y destruye, las fuerzas rebeldes y todas las que se pierden entre las ruinas forzosamente grandísimas de un mecanismo tan artificioso. Si de su parte ponen algo, pueden hacerlo como hombres, no como gobernantes. Más todavía. De aquellas fuerzas morales y materiales que quedan a disposición del gobierno, sólo una parte pequeña recibe un destino verdaderamente útil a la sociedad. Las otras se consumen en actividades represivas, para tener a raya a las fuerzas rebeldes, o son substraídas al interés general, para acumularlas en beneficio de unos pocos y en perjuicio de la mayoría de los hombres.

Mucho se ha discutido acerca de la parte que tiene, en la vida y en el progreso de la sociedad humana respectivamente, la iniciativa social, pero se ha embrollado tanto la cuestión, con el auxilio del artificio del lenguaje metafísico, que son muy pocos los hombres que se han atrevido a tener la osadía de afirmar que todo se rige y marcha en el mundo humano a impulsos de la iniciativa individual.

En realidad, es ésta una verdad de sentido común, que aparece evidente en cuanto se trata de averiguar lo que las palabras significan. El ser real es el hombre, el individuo; la sociedad o colectividad—y el Estado o gobierno que pretende representarla—, si no son abstracciones huérfanas, no pueden ser más que agregaciones de individuos. Y justamente en el organismo de cada individuo tienen su origen todos los pensamientos y todos los actos humanos, los cuales de individuales se transforman en colectivos cuando son o se hacen comunes a muchos individuos. Por consiguiente, la acción social no es ni la negación ni el complemento de la iniciativa individual, sino pura y sencillamente el resultado de la iniciativa, de los pensamientos y de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad, resultado que, comparado con otro de naturaleza de la misma índole, es más o menos grande, según que las fuerzas simples concurren al mismo fin, o que sean divergentes y opuestas. Y si, como hacen los autoritarios, en vez de esto se entiende por acción social la acción gubernativa, entonces aquélla no es más que el resultado de las fuerzas de los individuos que componen el gobierno, o que por su posición pueden influir sobre la conducta del gobierno.

De aquí que la contienda secular entre la libertad y la autoridad, o, en otros términos, entre el socialismo y el Estado de clase, no sea en verdad por si se ha de aumentar la independencia individual a expensas de la limitación de la ingerencia social, o ésta a expensas de aquélla.

Se trata más bien de impedir que algunos individuos puedan tiranizar a otros, de dar a todos

los individuos los mismos derechos y los mismos medios de acción y de substituir con la iniciativa de todos la iniciativa de unos pocos, que produce forzosamente la opresión de los demás. Se trata, en suma, por siempre y para siempre, de destruir la tiranía y la explotación del hombre por el hombre, de manera que todos se interesen por el bien común, y de que las fuerzas individuales, en lugar de anularse por la lucha, hallen la posibilidad de un desarrollo completo y se asocien para el mayor provecho de todos.

De lo dicho resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuese, siguiendo nuestra hipótesis, el gobierno ideal del socialismo autoritario, lejos de ocasionar un aumento de las fuerzas productoras, organizadoras y protectoras de la sociedad, las disminuiría incesantemente, limitando a unos cuantos la iniciativa y dándoles el derecho de hacerlo todo sin poderles dar, naturalmente, la facultad de saberlo todo.

En realidad, si se separa de la legislación y de la obra entera de un gobierno todo lo que tiende a defender a los privilegiados y que representa la voluntad de los privilegiados mismos, ¿qué resta que no sea el resultado de la actividad de todos?

«El Estado—escribe Sismondi—es siempre un poder conservador que pone de manifiesto, regula y organiza las conquistas del progreso—y la historia agrega que las dirige en provecho propio y de la clase privilegiada—, pero no las inicia. Siempre tienen su origen abajo, nacen en el fondo de la sociedad, del pensamiento individual, que cuando se divulga se convierte en opinión, en fuerza de la mayoría; pero ha de encontrar a su paso, y combatirlos en los poderes constituidos, la tradición, la costumbre, el privilegio y el error.»

Para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta observar un poco a fondo la misma sociedad presente, y se verá que, en realidad, la mayor parte, la más esencial de la vida colectiva, se cumple fuera de la intervención gubernamental; que el gobierno sólo interviene para explotar a la masa, para defender a los privilegiados, y que en lo demás viene a sancionar, bien inútilmente, todo lo que se ha hecho prescindiendo de él, y frecuentemente en su contra y a su pesar.

Los hombres trabajan, cambian y estudian, viajan, siguen como las entienenden las reglas de la moral y de la higiene, se aprovechan de los progresos de la ciencia y del arte, tienen infinitas relaciones entre sí, sin experimentar la necesidad de que nadie les imponga un modo de conducirse.

Por eso todas las cosas en que no interviene el gobierno son las que marchan mejor, las que dan lugar a menos diferencias y se acomodan, por la voluntad de todos, de tal manera que todos las encuentran útiles y agradables.

No es el gobierno más necesario para las gran-

des empresas y para los servicios públicos, que reclaman el concurso regular de mucha gente de países y condiciones distintas. Mil empresas de índole tal son actualmente obra de asociaciones privadas, libremente constituidas, que en opinión de todo el mundo son también las que dan mejor resultado. No hablamos de las sociedades de capitalistas organizadas para la explotación, aunque también demuestran la posibilidad y el poder de la asociación libre; y, como ésta, pueden extenderse hasta abrazar gentes de todos los países e intereses inmensos y distintos. Hablamos ante todo de aquellas asociaciones que, inspiradas en el amor a los semejantes o en la pasión de la ciencia, y aun sencillamente en el deseo de divertirse y hacerse aplaudir, representan mejor el sistema de agrupaciones tal cual serán en una sociedad en la que, abolida la propiedad individual y la lucha intestina entre los hombres, cada uno tendrá su interés confundido con el interés de todos y su más agradable satisfacción en hacer el bien y complacer a los demás. Las sociedades y congresos científicos, las asociaciones internacionales de salvamento, la sociedad de la Cruz Roja, las asociaciones geográficas, las agrupaciones obreras, los cuerpos de voluntarios que prestan sus socorros en todas las grandes calamidades públicas, son ejemplos de ese poder del espíritu de asociación, que se manifiesta siempre que se trata de una necesidad o de una pasión verdaderamente sentida y no faltan los medios apropiados. Si la asociación voluntaria no llena el mundo y no abraza todas las ramas de la actividad material y moral, ello es debido a los obstáculos que le opone el gobierno, al antagonismo creado por la propiedad individual y a la impotencia y el envilecimiento a que el acaparamiento de la riqueza por unos pocos reduce a la inmensa mayoría de los seres humanos.

El gobierno toma a su cargo, por ejemplo, el servicio de correos, ferrocarriles, etc. Pero, ¿en qué ayuda verdaderamente a estos servicios? Cuando el pueblo, puesto en el caso de poderlos disfrutar, experimenta la necesidad de estos servicios, trata de organizarlos, y los técnicos no esperan para nada una orden gubernativa, sino que ponen sin tardanza manos a la obra. Y cuanto más general y urgente es la necesidad, más abundan los que de buen grado se disponen a satisfacerla. Si el pueblo tuviese la facultad de pensar en la producción y en la alimentación, ¡oh!, no habría que temer que se dejase morir de hambre esperando que un gobierno redactase leyes a este respecto. Más aún: si hubiese de existir un gobierno, se vería obligado a esperar a que el pueblo lo hiciese todo primero y todo lo organizará para venir después a sancionar con las leyes y a explotar aquello mismo que ya estaba hecho y organizado.

Demostrado está que el interés privado es el gran

estímulo de la actividad. Ahora bien; cuando el interés de todos se halle identificado con el de cada uno—y lo estará necesariamente si no existe la propiedad individual—, entonces todos trabajarán; y si las cosas se hacen cuando interesan a unos pocos, más y mejor se harán cuando interesen a todos.

Cuesta trabajo comprender que haya gentes que crean que la ejecución y la marcha regular de los servicios públicos, indispensables a la vida social, están mejor asegurados si se hacen por orden de un gobierno que cuando los trabajadores los toman directamente a su cargo, bien por acuerdo de los demás o bien por propia elección, y lo ejecutan bajo la inmediata vigilancia de todos los interesados.

No hay duda de que en todo trabajo colectivo es necesaria la división del trabajo, la dirección técnica, la de la administración, etc. Pero en mal hora los autoritarios hacen frases para deducir de eso la razón de ser del gobierno. No se confunda, pues, la función gubernamental con la función administrativa, que son esencialmente distintas, y que si hoy se ven extremadamente confundidas es sólo debido al privilegio económico y político.

Pasemos ahora a las funciones por las cuales el gobierno es considerado, por todos los que no son anarquistas, realmente indispensable: la defensa exterior e interna de una sociedad, es decir, la guerra, la policía y la justicia.

Abolido el gobierno y puesta la riqueza social a disposición de todos, pronto no habría antagonismos entre los pueblos, y la guerra ya no tendría razón de ser. Se puede decir también que, en el estado actual del mundo, si la revolución se hiciese en un país y no hallase el eco debido en los otros, inspiraría sin duda tantas simpatías que ningún gobierno se atrevería a mandar sus ejércitos contra el país emancipado, temeroso de que surgiese la revolución en su propia casa.

¿Y la policía? ¿Y la justicia? Muchos se figuran que si no fuese por los policías y los jueces, cada uno sería libre de matar o perjudicar a los demás a su antojo, y que los anarquistas, en nombre de sus principios, respetarían aquella extraña libertad que destruye la libertad y la vida de todos. Se figuran, asimismo, que después de haber destruído el gobierno y la propiedad individual, dejaríamos que se reconstituyese el uno y la otra por respeto a la libertad de los que experimentasen la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera de comprender nuestras ideas!

La libertad que, para nosotros y para los demás, queremos los anarquistas, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en opresión del débil, sino la libertad real, la libertad posible, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. Nosotros proclamamos la máxima: «Haz lo

que quieras», en la cual casi resumimos nuestro programa; porque, fácil es comprenderlo, entendemos que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, todos *harán lo que deban*.

Mas si, ya a causa de la educación recibida en la presente sociedad, ya por enfermedad física o por cualquier otro motivo, alguno quisiese hacernos daño o hacerlo a los demás, nos apresuraríamos, si otros no lo hacían, a impedirlo por todos los medios que estuviesen a nuestro alcance.

Pero como sabemos de una manera cierta que el hombre es la consecuencia de su propio organismo y del ambiente cósmico y social en que vive; como no confundimos el derecho sagrado de la defensa con el supuesto y absurdo derecho de castigar; como no vemos en el culpable, en el que ejecuta actos antisociales, el esclavo rebelde, como ocurre a los jefes de nuestros tiempos, sino el hermano enfermo, necesitado de curación, no alimentaremos el odio en la represión, y procuraremos no traspasar los límites de la necesidad en la defensa, ni pensamos en vengarnos, sino en curar y redimir al infeliz culpable por todos los medios que la ciencia nos enseñe.

De cualquier manera que entiendan el asunto los anarquistas—a quienes puede ocurrir lo mismo que a todos los teóricos, es decir, que pierdan de vista la realidad para correr en pos de una apariencia lógica—, la verdad es que el pueblo no entendería que hubieran de dejarse impunes los atentados contra su libertad y su bienestar, y si se presentase la ocasión, trataría de defenderse contra los actos antisociales de algunos. Mas, para hacerlo, ¿de qué sirven esas gentes cuyo oficio es hacer leyes, y esas otras que viven inventando contraventores de las leyes? Cuando el pueblo reprueba realmente una cosa y la juzga mala, procura impedir la siempre mejor que todos los legisladores, todos los jueces y todos los esbirros de profesión. Cuando, en las insurrecciones, el pueblo quiso, bien a pesar de muchos, hacer respetar la propiedad privada, la hizo respetar como no lo hubiese logrado, de ningún modo, un ejército de polizontes.

Las costumbres siguen siempre los sentimientos y las necesidades de la mayoría, y son tanto más respetadas cuanto menos sujetas están a la sanción de la ley, porque todos ven y comprenden su utilidad y porque los interesados, no amparándose en la protección del gobierno, las hacen respetar por sí mismos.

¿Se debe a la policía que el número de asesinatos no sea mayor? La mayoría de los municipios de Italia no ven, como los de España, a los guardias más que de tiempo en tiempo; millones de hombres andan por los montes y por los campos, lejos del ojo tutelar de la autoridad, de manera que podrían ser maltratados sin el menor peligro

de penalidad; sin embargo, no están menos seguros que los que viven en los centros más vigilados. La estadística demuestra que el número de los delinquentes apenas cambia por efecto de las medidas represivas, mientras que varía rápidamente al variar las condiciones económicas y el estado de la opinión pública.

Las leyes penales, por otra parte, no comprenden más que los hechos extraordinarios, excepcionales. La vida cotidiana se desenvuelve fuera de la acción del código y se regula casi inconscientemente, por hábito y voluntario consentimiento de todos, en virtud de una cierta cantidad de usos y costumbres mucho más importantes para la vida social que los artículos del código, y mejor respetados, aunque completamente ajenos a toda sanción que no sea la natural del menosprecio en que incurrir los violadores y del daño que de ese menosprecio se deriva.

Y cuando surtiesen diferencias entre los hombres, el arbitraje, libremente aceptado, o la operación de la opinión pública, ¿no serían más aptos para dar la razón a quien la tuviese que una magistratura irresponsable que tiene el derecho de juzgarlo todo y a todos y que es necesariamente incompatible y aun injusta?

Así como el gobierno sólo sirve para proteger a la clase privilegiada, así la policía y la magistratura no sirven nada más que para reprimir los delitos que el pueblo no considera como tales, o sea aquellos que lastiman los privilegios de los gobernantes y de los propietarios. Para la verdadera defensa social, para la defensa de la libertad y del bienestar de todos, no hay nada tan pernicioso como la formación de una clase que vive con el pretexto de defender a todos, la cual se acostumbra a considerar a cada hombre como una fiera que es necesario enjaular y nos maltrata sin saber por qué, por orden de un jefe, como sicarios inconscientes y asalariados.

El método del anarquismo «Muy bien—dicen algunos—. Admitamos que la Anarquía puede ser una forma perfecta de convivencia social. Pero no queremos dar un salto en las tinieblas. Explicadnos, con detalles, cómo se organizaría vuestra sociedad.»

Y aquí sigue toda una serie de preguntas, que son interesantísimas si se trata de estudiar los problemas cuya solución se impondrá a la sociedad emancipada, pero que son inútiles, o absurdas, o ridículas, si de nosotros se pretende una solución definitiva.

«¿Con arreglo a qué método se educará a los niños? ¿Cómo se organizará la producción y el reparto? ¿Seguirán formándose grandes ciudades, o se distribuirá la población proporcionalmente en toda la superficie de la Tierra? ¿Y si todos los

habitantes de Siberia quisieran pasar el invierno en Niza? ¿Y si todos quisieran comer jamón y beber buen vino de Jerez? ¿Y quién será minero y marinero? Y los enfermos, ¿serán asistidos a domicilio, o en los hospitales? ¿Y quién fijará la marcha de los trenes? ¿Y qué se hará si un maquinista cae enfermo mientras el tren avanza?»

Y así sucesivamente, hasta pretender que nosotros poseyésemos toda la ciencia y toda la experiencia de la edad futura y que, en nombre de la Anarquía, prescribiésemos a los hombres del porvenir a qué hora debieran acostarse y qué día de la semana tendrían que cortarse las uñas.

En verdad, si nuestros lectores esperan de nosotros respuesta a esas preguntas, o, por lo menos, a aquellas que son serias e importantes, y esperan una contestación que sea algo más que nuestra opinión personal o del momento, esto querrá decir que no hemos cumplido bien, en cuanto llevamos dicho, nuestro propósito de explicar lo que es la Anarquía.

No somos nosotros más profetas que el resto de los hombres, y si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presentarán en la vida de la sociedad futura, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido realmente extraño. Y resultaría entonces que nosotros mismos nos constituiríamos en gobierno y prescribiríamos, como los legisladores religiosos, un código universal para el presente y para el porvenir. Como, afortunadamente, no tenemos hogueras ni calabozos para imponer nuestra Biblia, la humanidad podría reírse impunemente de nosotros y de nuestra pretensión.

Nos preocupan mucho todos los problemas de la vida social, y en interés de la ciencia contamos ver implantada la Anarquía y concurrir como podamos a la organización de la nueva sociedad. Tenemos, por tanto, nuestras soluciones, que, según los casos, las daríamos por definitivas o transitorias. Mas el hecho de que nosotros, hoy, con los datos que poseemos, pensemos de un modo dado acerca de una determinada cuestión, no quiere decir que ésta se resolviera en el porvenir tal como nos lo imaginamos. ¿Quién puede prever la actividad que se desarrollará en la humanidad cuando se halle emancipada de la miseria y de la opresión, cuando todos tengan medios de instruirse y desenvolverse, cuando no haya ni amos ni esclavos, y la lucha contra los demás hombres y los odios y rencores que de ella se derivan no sean ya una necesidad de la vida? ¿Quién puede prever los progresos de la ciencia, los nuevos medios de producción, de comunicaciones, etc., etc.?

Lo esencial es que se constituya una sociedad en que la explotación sea cosa imposible, así como la dominación del hombre por el hombre; una sociedad en la que todos tengan a su disposición

los medios de existencia, de trabajo y de progreso y puedan concurrir, según quieran y sepan, a la organización de la vida social. En semejante sociedad, todo será hecho, naturalmente, de la manera que mejor satisfaga las necesidades generales, dadas las condiciones y las posibilidades del momento, y todo se hará mejor a medida que aumenten los conocimientos y los medios.

En el fondo, un programa que afecta a las bases de la constitución social, no puede hacer más que indicar un método. El método es, justamente, lo que ante todo diferencia los partidos y determina su importancia en la historia. Dejando aparte el método, todos dicen que quieren el bien de los hombres, y muchos lo desean francamente; los partidos desaparecen y con ellos toda la acción organizada y dirigida a un fin determinado. Es necesario, pues, ante todo, considerar la Anarquía como un método.

Los métodos de que los diversos partidos no anarquistas esperan, o dicen que esperan, el mayor bien de cada uno y de todos, se pueden reducir a dos: el autoritario y el llamado liberal. El primero confía a unos cuantos la dirección de la vida social y fomenta la explotación y opresión de la masa por parte de algunos privilegiados. El segundo se ampara en la libre iniciativa individual y proclama, si no la abolición, la reducción del gobierno al minimum de atribuciones posibles; mas como respeta la propiedad y todo lo funda en el principio: «Cada uno para sí», y por consiguiente en la competencia entre los hombres, su libertad es sólo la libertad de los fuertes, de los poderosos, de los propietarios, para oprimir y explotar a los débiles, a los que no tienen nada; y lejos de producir la armonía, tiende a aumentar constantemente la distancia entre los ricos y los pobres y da origen a la explotación y a la tiranía, es decir, a la autoridad. Este segundo método, o sea el liberalismo, es teóricamente una especie de Anarquía sin socialismo, y por eso no es más que una mentira, pues la libertad no es posible sin la igualdad, y la verdadera Anarquía no puede existir fuera de la solidaridad, fuera del socialismo. La crítica que los amigos de la libertad hacen del gobierno, se limita a pretender arrebatarle cierto número de atribuciones e invitar a los capitalistas a defenderse, mas no puede atacar las funciones represivas que constituyen su esencia, porque sin el soldado y el policía no podrían existir los propietarios, y así las fuerzas represivas del gobierno han de aumentar a medida que aumentan, por obra de la libre competencia, la inarmonía y la desigualdad.

Los anarquistas presentamos un método nuevo: la libre iniciativa de todos y el pacto libre después de que, abolida revolucionariamente la propiedad privada, todos estén en posesión de igualdad de condiciones para disponer de la riqueza social. Este

método, no dejando lugar a la reconstrucción de la propiedad privada, debe conducir, por medio de la libre asociación, al triunfo del principio de solidaridad.

Consideradas así las cosas, se ve que todos los problemas que se plantean con el fin de combatir la Anarquía son más bien un argumento en su favor, porque únicamente la Anarquía indica la manera de encontrar experimentalmente las soluciones que mejor correspondan al dictamen de la ciencia y a los sentimientos y necesidades de todos.

«¿Cómo se educará a los niños?» No lo sabemos. Los padres y los maestros y todos los que se interesen por la suerte de las nuevas generaciones se reunirán, discutirán y se pondrán de acuerdo o se dividirán, y por último pondrán en práctica los medios que tengan por más eficaces. Y con la práctica, el método que realmente sea mejor acabará por triunfar.

De igual modo se resolverán todos los problemas que se presenten.

Anarquía De cuanto se ha dicho resulta que **la es sinónimo** Anarquía, tal como la entiende el **de socialista-** partido anarquista, y tal como únicamente puede ser entendida, se basa en el socialismo. Así, si no fuese

por las escuelas socialistas que rompen artificialmente la unidad natural de la cuestión social y por los equívocos con que se trata de estorbar el paso a la revolución, podríamos decir que Anarquía es sinónimo de socialismo, porque una y otra significan la abolición de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre, ya se ejerzan mediante la fuerza de las bayonetas, ya mediante el acaparramiento de los medios de vida.

La Anarquía, lo mismo que el socialismo, tiene por base, por punto de partida, por ambiente necesario, *la igualdad de condiciones*; tiene por fin *la solidaridad*; tiene por método *la libertad*.

No es esto la perfección, el ideal absoluto que, como el horizonte, se aleja siempre a medida que se avanza; pero es el camino abierto a todos los progresos, a todos los perfeccionamientos, que se realizarán en beneficio de todos.

Cómo se registrá Una vez demostrado que la Anarquía **una sociedad** guía es el único modo de convivencia social que deja camino al **anarquista** mayor bien posible de los hombres, porque sólo la Anarquía destruye toda clase

interesada en tener en la miseria y en la esclavitud a la masa; una vez demostrado que la Anarquía es posible porque realmente no hace más que desbarazar a la sociedad de un obstáculo: el gobierno, contra el cual hubo siempre de luchar para avanzar en su penoso sendero, los autoritarios se

ocultan tras la última trinchera, con el refuerzo de muchos que, siendo fervientes amantes de la libertad y de la justicia, tienen miedo a la libertad y no pueden imaginarse una sociedad que viva y camine sin tutores, y que, convencidos de la verdad, piden piadosamente que se deje la cosa para más tarde, para lo más tarde posible.

He ahí, en substancia, lo único que se nos opone en este punto de la discusión.

Aun a costa de repetirnos, vamos a responder a tal objeción.

Nos encontramos siempre frente al prejuicio de que el gobierno es una fuerza nueva, salida no se sabe de dónde, que por sí sola agrega algo a la suma de la fuerza y de la capacidad de los que lo componen y los que le obedecen. La verdad es todo lo contrario, esto es, que todo lo que se hace en la humanidad lo hacen los hombres, y el gobierno, como tal, no pone por su parte más que la tendencia a convertirlo todo en un monopolio a beneficio de un determinado partido o clase y la resistencia a toda iniciativa que surja fuera de sus consejos.

Abolir la autoridad, abolir el gobierno, no significa destruir las fuerzas y las capacidades individuales y colectivas de la especie humana, ni la influencia que los hombres ejercen a porfía unos sobre otros; esto equivaldría a reducir a la humanidad al estado de una masa de átomos inmóviles e inertes, cosa imposible y que sería la destrucción de todo organismo social, la muerte de la humanidad. Abolir la autoridad significa abolir el monopolio de la fuerza y de la influencia; significa abolir aquel estado de cosas en virtud del cual la fuerza social, o sea la fuerza de todos, se convierte en instrumento del pensamiento, de la voluntad, de los intereses de un reducido número de individuos, quienes mediante la fuerza de todos suprimen en beneficio propio y de sus ideas la libertad de cada uno y de todos los demás; significa destruir un sistema de organización social con el que el porvenir es acaparado, entre una revolución y otra, en provecho de los que vencieron por el momento.

Es cierto que, en el estado actual de la humanidad, en que la mayoría de los hombres, presa de la miseria y embrutecida por las supersticiones, yace en la abyección, los destinos humanos dependen de la acción de un número relativamente escaso de individuos; es cierto que no se podrá conseguir que de un momento a otro todos los hombres se eleven lo suficiente para sentir el deber y hasta el placer de regidar las propias acciones, de modo que redunden en el mayor bien posible de los demás. Pero si actualmente las fuerzas pensantes y directoras de la humanidad son escasas, no es esta una razón para paralizar una parte de ellas y para someter muchas a unas cuantas particula-

res. No es una razón para constituir la sociedad de manera que, gracias a la inercia que produce una posición segura, gracias a la herencia, al proteccionismo, al espíritu de cuerpo y a todo cuanto constituye el mecanismo gubernativo, las fuerzas más vivas y las capacidades más reales acaben por encontrarse fuera del gobierno y casi privadas de su influencia sobre la vida social; y las que gozan del gobierno, encontrándose fuera de su ambiente y sobre todo interesadas en mantenerse en el poder, pierden toda potencia de acción y sólo sirven de obstáculo a la acción de los demás.

Abolido este poder negativo, que es precisamente el gobierno, la sociedad será lo que pueda ser, dadas las fuerzas y la capacidad del momento. Si fuésemos hombres instruidos y deseáramos extender la instrucción, organizaríamos escuelas y nos esforzaríamos en hacer entender a todos la utilidad y el placer de instruirse. Y si fuésemos pocos y no hubiésemos quien se interesase por la instrucción, no podría un gobierno crear hombres de tales condiciones; tan sólo podría, como hace hoy, disponer de los pocos que hubiese, substraerlos del trabajo fecundo, dedicarlos a redactar reglamentos que ha de imponer con la policía, y de maestros inteligentes y apasionados hacer *políticos*, parásitos, hombres inútiles, preocupados con la imposición de sus ficciones y con su mantenimiento en el poder.

Si fuésemos médicos o higienistas, organizaríamos el servicio de sanidad. Y, como en el caso anterior, si no hubiese tales hombres, el gobierno no podría crearlos; solamente podría, por la sospecha demasiado justificada que el pueblo tiene de todo lo que le es impuesto, arrebatár su crédito a los médicos existentes y hacerlos sacrificar como envenenadores cuando van a curar el cólera.

Si fuésemos ingenieros, maquinistas, etc., organizaríamos los ferrocarriles. Y si no hubiese quien lo hiciera, el gobierno, una vez más, no podría crear los hombres aptos para ello.

Aboliendo el gobierno y la propiedad individual, no creará la Anarquía fuerzas que no haya; pero dejará libre el campo a las manifestaciones de todas las fuerzas, de todas las capacidades existentes; destruirá toda clase interesada en mantener a la masa en el embrutecimiento y hará porque todos puedan influir y obrar en proporción a su capacidad y conforme a sus pasiones y a sus intereses.

Tal es el único medio que hay para que la masa popular pueda elevarse, porque sólo con la libertad se aprende a ser libre, como sólo trabajando se aprende a trabajar. Aunque no tuviese otros inconvenientes, el gobierno tendría siempre el de acosumbrar a los gobernados a la sujeción y el de tender a hacerse cada vez más opresivo y necesario.

Por otra parte, si se quiere un gobierno que eduque al pueblo y le prepare para la Anarquía, es ne-

cesario indicar cuál sería el origen, el sistema de formación de ese gobierno.

¿Sería la dictadura de los mejores? Faltaría averiguar quiénes son los mejores. ¿Quién lo averiguaría? La mayoría está comunmente tocada de viejos prejuicios y tiene ideas e instintos ya abandonados por una minoría más favorecida; mas entre todas las minorías que se figuran tener razón, y todas pueden tenerla en cierta parte, ¿a quién y con qué criterio se escogería para poner a su disposición la fuerza social, cuando sólo el porvenir puede decidir el litigio?

Si se trata de cien partidarios de la dictadura, se descubre en seguida que cada uno de ellos se figura que él debería ser, si no precisamente el dictador, uno de los dictadores, o por lo menos uno de sus más próximos consejeros. Así, pues, dictadores serían todos los que de un modo o de otro tratasen de imponerse.

¿Sería, en su lugar, un gobierno elegido por sufragio universal, y por consiguiente la emancipación más o menos sincera de la voluntad de la mayoría? Mas si considerarás a los electores incapaces de proveer por sí solos a sus intereses, ¿cómo sabrán escoger los pastores que han de guiarlos? ¿Y cómo podrán resolver el problema de alguna social que es la elección de un genio por el voto de una masa de imbeciles? ¿Y qué será de la minoría, que es por lo regular la parte más inteligente, más activa, más avanzada de una sociedad?

El anarquismo y la revolución
Para resolver los problemas sociales en beneficio de todos, sólo hay un medio: acabar revolucionariamente con los detentadores de la riqueza so-

cial, ponerlo todo a disposición de todos y dejar que todas las fuerzas, todas las capacidades y toda la buena voluntad existente entre los hombres contribuyan a proveer a las necesidades de todos.

Luchamos por la Anarquía y por el socialismo, porque opinamos que la Anarquía y el socialismo deben establecerse en seguida, es decir, que en el momento mismo de la revolución se debe destruir el gobierno, abolir la propiedad y confiar los ser-vicios públicos, que en este caso abrazarán toda la vida social, a la acción espontánea, libre, no oficial, no autorizada, de todos los interesados y de todos los voluntarios.

No sabemos si en la próxima revolución triunfarán la Anarquía y el socialismo; mas, si la victoria es de los programas de transacción, será por que nosotros, por esta vez, habremos sido vencidos: nunca porque hayamos creído útil dejar en pie la más mínima parte del mal sistema que hace gemir a la humanidad.

De todas maneras, tendremos sobre el porvenir la influencia del número, que se hará sentir; la influencia de nuestra energía, de nuestra inteligencia y de nuestra intransigente actitud. Aun cuando seamos vencidos, nuestra obra no será inútil, porque seremos más los decididos a proseguir la realización completa de nuestro programa, y menos gobierno y menos propiedad habrá en la sociedad que se constituya.

Y nuestra obra habrá sido grande, porque el progreso humano se mide por la disminución del gobierno y la disminución de la propiedad privada.

Si nos ocurre caer y no plegamos nuestra bandera, podemos estar seguros de la victoria para el futuro.

III

La anarquía

por *Eliseo Reclus*

La anarquía, el ideal del
La anarquía no es una teoría nueva.

anarquismo y los anarquistas
La palabra misma, tomada en su acepción de «ausencia de gobierno», de «sociedad sin jefes»,

es de origen antiguo y fué empleada mucho antes de Proudhon.

Por otra parte, ¿qué importan las palabras? Antes de los anarquistas existieron «ácratas», y se

habían sucedido ya muchas generaciones cuando éstos imaginaron su nombre de formación erudita. Siempre ha habido hombres libres, despreciadores de la ley, gentes que han vivido sin amos, según el derecho primordial de su existencia y de su pensamiento. Aun en los tiempos primitivos encontramos en todas partes tribus compuestas de hombres que se rigen a su modo, sin leyes impuestas ni otra regla de conducta que «su querer y

libre voluntad», según dijo Rabelais, e imputados también por el deseo de fundar la «fe profunda», como los «caballeros tan bizarros» y las «damas tan graciosas» que se reunieron en la abadía de Thelème.

Pero si la anarquía es tan antigua como la humanidad, al menos los que la representan aportan algo nuevo, puesto que tienen la conciencia precisa del fin que se proponen y desde un extremo al otro de la tierra están de acuerdo dentro de su ideal para rechazar toda forma de gobierno. El sueño de la libertad del mundo ha dejado de ser una pura utopía filosófica y literaria, como lo era para los fundadores de las ciudades del Sol o de las nuevas Jerusalén, y ha llegado a ser un fin práctico, activamente buscado por multitudes de hombres que unidos y resueltos colaboran al advenimiento de una sociedad en la que no habrá amos, ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carceleros, ni verdugos, ni ricos, ni pobres, sino hermanos que tendrán todos su pan cotidiano, iguales en derechos, manteniéndose en paz y en cordial unión, no por obediencia a las leyes, acompañadas siempre de terribles amenazas, sino por el respeto mutuo de intereses y por la observación científica de las leyes naturales.

Sin duda este ideal parece quimérico a muchos de vosotros, pero estoy seguro también de que la mayor parte lo considera deseable y de que entravéis a lo lejos la imagen etérea de una sociedad pacífica, en que los hombres, ya reconciliados, dejarán oxidarse las espadas, fundirán los cañones y desarmarán los barcos de guerra. Además, ¿no sois vosotros de los que desde hace miles de años, según decís, trabajáis para construir el templo de la Igualdad? (1). Vosotros sois *magons* (albañiles) con el solo fin de *magonner* (construir) un edificio de proporciones regulares, donde sólo entren los hombres libres, iguales y hermanos, bajando sin cesar en su perfeccionamiento y renunciando por la fuerza del amor a una vida nueva de justicia y de bondad. Está muy bien esto, seguramente, y no estáis solos. De ninguna manera pretendéis el monopolio del espíritu de progreso y renovación. No cometéis ni siquiera la injusticia de olvidar a vuestros especiales adversarios, los que os maldicen y excomulgan, los católicos ardientes que envían al infierno a los enemigos de la Santa Iglesia, pero que también profetizan la venida de una edad de paz definitiva. Francisco de Asís, Catalina de Siena, Teresa de Avila y otros muchos fieles de una fe que no es la vuestra, amaron ciertamente a la humanidad con el amor más sincero y debemos contarlos en el número de los que vivieron por un ideal de felicidad universal. Y ahora los

miles y millones de socialistas, a cualquier escuadra que pertenezcan, luchan también por un porvenir en que el poder del capital será destruido y en que los hombres podrán por fin llamarse «iguales» sin ironía.

El ideal de los anarquistas es, por tanto, el mismo de muchos hombres generosos, pertenecientes a las religiones, a las sectas, a los partidos más diversos, pero los anarquistas se distinguen claramente por sus medios, como indica su nombre, sin dejar lugar a dudas ni al equívoco. La conquista del poder fue casi siempre la gran preocupación de los revolucionarios, hasta de los mejor intencionados. La educación recibida no les permitía imaginarse una sociedad libre, funcionando sin un gobierno regular, y en cuanto habían derribado a los amos odiados, se apresuraban a reemplazarles por otros amos, destinados, según la fórmula consagrada, «a hacer la felicidad del pueblo». Corrientemente, no se permitían preparar ni un simple cambio de príncipe o de dinastía sin haber hecho homenaje de su obediencia a un soberano futuro. «El rey ha muerto. ¡Viva el rey!», gritaban los súbditos, siempre fieles, hasta en su rebeldía. Durante siglos y siglos éste ha sido indefectiblemente el curso de la historia. «¿Cómo se podría vivir sin amos?», declaman los esclavos, las esposas, los niños, los trabajadores de las ciudades y de los campos, y deliberadamente ponían la cabeza bajo el yugo como el buey que arrastra el arado. Recordemos a los sublevados de 1830, que reclamaban «la mejor de las repúblicas» en la persona de un nuevo rey, y a los republicanos de 1848 retirándose discretamente a sus buhardillas después de haber puesto «tres meses de miseria al servicio del gobierno provisional». Al mismo tiempo estallaba una revolución en Alemania y se reunía un Parlamento popular en Francofort. «La antigua autoridad es un cadáver», decía uno de los representantes. «Si —replicó el presidente—; pero nosotros vamos a resucitarla. Llamaremos a hombres nuevos que sabrán reconquistar para el poder la confianza de la nación.» Hay que repetir el verso de Víctor Hugo

Un viejo instinto humano conduce a la bajez

Contra ese instinto la anarquía representa verdaderamente un espíritu nuevo. No se puede reprochar a los anarquistas que traten de desembarrazar de un gobierno para sustituirle: «Quitate tí, para ponerme yo», es una frase que les repugna, y por adelantado avergüenzan, menosprecian o compadecen al compañero que, picado de la tarántula del poder, se permite solicitar algún cargo con el pretexto de hacer, él también, «la felicidad de sus conciudadanos». Los anarquistas entienden, apoyándose en la observación, que el Estado, con

(1) El presente trabajo es una conferencia pronunciada por Reclus ante la Logia Masónica «Amis Philanthropes», de Bruselas.

cuanto de él depende, no es una pura entidad o una fórmula filosófica, sino un conjunto de individuos colocados en un medio especial, cuya influencia sufren. Estos, elevados en dignidad, en poder, en tratamiento, por encima de sus conciudadanos, son por esto mismo forzados, por decirlo así, a creerse superiores al común de las gentes; sin embargo, las tentaciones de todas clases que les aseñalan les hacen caer casi fatalmente por debajo del nivel general.

Esto es lo que repetimos sin cesar a nuestros hermanos—a veces hermanos enemigos—los socialistas de Estado: «Tened cuidado con vuestros jefes y mandatarios. Seguramente están animados, como vosotros, de las más puras intenciones; desean ardientemente la supresión de la propiedad privada y del Estado tiránico; pero las relaciones, las circunstancias nuevas, les modifican poco a poco; su moral cambia con sus intereses, y, creyéndose siempre fieles a la causa de sus representados, llegan a serle forzosamente infieles. También ellos, detentadores del poder, habrán de servir de los instrumentos del poder; ejército, moralistas, magistrados, guardias y policías.» Hace más de tres mil años el poeta indio del Mahá Bhá-rata formuló la experiencia de los siglos: «El hombre que pasea en el carro triunfal no será nunca el amigo del hombre que va a pie.»

El anarquismo y el poder

Los anarquistas tienen sobre este punto los principios más fijos; según ellos, la conquista del poder no puede servir sino para prolongar la duración del poder mismo y la esclavitud correspondiente. No sin razón se nos designa universalmente con el nombre de «anarquistas», palabra que, después de todo, sólo tiene una significación negativa. Se nos podría llamar «libertarios», como se califican muchos entre nosotros, o bien «armonistas», a causa del acuerdo libre de voluntades que, según nuestra convicción, constituirá la sociedad futura; pero estos nombres no nos diferencian bastante de los otros socialistas. Es la lucha contra todo poder oficial lo que nos distingue esencialmente. Cada individualidad es para nosotros el centro del universo, y cada uno tiene los mismos derechos a su desarrollo integral, sin intervención de un poder que le dirija, le corrija y le castigue.

La moral del anarquismo

Ya sabéis cuál es nuestro ideal. He aquí ahora la primera cuestión que se presenta: «Este ideal, ¿es verdaderamente noble y merece que por él se sacrificuen los hombres y se corran los terribles riesgos que entrañan todas las revoluciones? ¿Es pura la moral anarquista y será el hombre, dentro de la sociedad libertaria, si llega a constituirse, mejor que en una sociedad basada en el miedo al poder

y a las leyes?» Yo respondo con toda seguridad, y espero que bien pronto vosotros responderéis conmigo: «Sí; la moral anarquista es la que mejor corresponde a la concepción moderna de la justicia y de la bondad.»

El fundamento de la antigua moral, ya lo sabéis, no era otro que el miedo, el «temblor», como dice la Biblia, y como os han enseñado tantos preceptos en vuestra juventud. «El temor de Dios es el principio de la sabiduría»: tal fué hasta hace poco el punto de partida de toda educación; la sociedad en su conjunto se basaba sobre el terror. Los hombres no eran ciudadanos, sino súbditos o borregos; las esposas eran criadas; los hijos, esclavos sobre los que sus padres conservaban parte del antiguo derecho de vida y muerte. Por todas partes, en todos los órdenes sociales, aparecían las relaciones de superioridad y subordinación; en fin, en nuestros días aún, el principio mismo del Estado, y de todos los Estados particulares que lo constituyen, es la jerarquía o la arguía «santa», la autoridad «sagrada»: este es el verdadero sentido de la palabra. Y esta dominación sacrosanta implica toda una sucesión de clases superpuestas, en que las más altas tienen todas el derecho de mandar y todas las inferiores el deber de obedecer. La moral oficial consiste en doblar el espinazo ante el superior y erguirse orgullosamente en presencia del subordinado. Cada hombre debe tener dos caras como Jano, dos sonrisas: una lisonjera, solícita, hasta servil; la otra soberbia y de una noble condescendencia. El principio de autoridad (así es como se llama esta cosa) exige que el superior no parezca jamás que se haya equivocado, y que en todo cambio de palabras él diga la última. Pero sobre todo es preciso que sus órdenes sean obedecidas; así se simplifica todo: no hay necesidad de rozamientos, explicaciones, dudas, discusiones, escrúpulos. Los negocios, los asuntos marchan así, mal o bien, ellos solos. Y cuando no hay un amo para mandar, ¿no existen fórmulas ya hechas, órdenes, decretos o leyes dictadas también por amos absolutos o por legisladores de diversas categorías? Estas fórmulas reemplazan las órdenes directas y se las obedece sin preocuparse en buscar si están conformes con la voz interior de la conciencia.

Entre iguales, la empresa es más difícil, pero más elevada; es preciso buscar trabajosamente la verdad, llegar a conocer el deber personal, adquirir conciencia de sí mismo, hacer de continuo la propia educación, obrar siempre respetando el derecho y los intereses de los camaradas. Tan sólo entonces se alcanza la condición de sér moral, se nace al sentimiento de la responsabilidad. La moral no es un orden al que hay que someterse, una vana palabra que se repite, una cosa puramente exterior al individuo; la moral constituye una parte del sér, un producto de la vida misma. Así es como

comprendemos la moral nosotros los anarquistas. ¿No tenemos el derecho de comparar con satisfacción este concepto de la moral con el que nos legaron nuestros antepasados?

Quizá me daríais la razón. Sin embargo, muchos de vosotros pronunciaréis la palabra «quimera». Me consideraré dichoso si véis en ello por lo menos una noble «quimera»; pero yo veo más lejos y afirmo que nuestro ideal, nuestra concepción de la moral, está por completo en la lógica de la historia, traída naturalmente por la evolución humana.

El anarquismo está en todas partes

Acosados en otro tiempo por el terror de lo desconocido y por el sentimiento de su impotencia en la investigación de las causas, los hombres crearon con la vehemencia de un deseo una o muchas divinidades protectoras que representaban a la vez su ideal informe y el punto de apoyo de todo el mundo misterioso, visible e invisible, que les rodeaba. Estos fantasmas de la imaginación, revestidos de la omnipotencia, llegaron a ser a los ojos de los hombres el principio de toda justicia y de toda autoridad; amos del cielo, tuvieron naturalmente sus intérpretes en la tierra: magos, consejeros, caudillos militares, ante los cuales se aprendió a prosternarse, juzgándolos representantes de lo alto. Esto era lógico; pero el hombre vive más que sus obras, y estos dioses que él creó no han cesado de cambiar como sombras proyectadas sobre el infinito. Visibles en un principio, animados de pasiones humanas, violentos y formidables, retrocedieron poco a poco en una inmensa lontananza; llegaron a ser abstracciones, ideas sublimes, a las que no se les daba nombre siquiera, y acabaron por confundirse con las leyes naturales del mundo; volvieron a entrar en ese universo que habían tenido la obligación de hacer salir de la nada, y ahora el hombre vuelve a encontrarse solo sobre la tierra, por encima de la que había erigido la imagen colosal de Dios.

Toda la concepción de las cosas cambia, pues, al mismo tiempo. Si Dios se desvanece, los que de él obtenían sus títulos para hacerse obedecer vieron empañarse su prestado esplendor y también debieron volver a entrar gradualmente en las filas, acomodándose lo mejor que puedan a la realidad de las cosas. No se encontraría hoy un Yamerlán que mandase a sus cuarenta cortesanos tirarse de lo alto de la torre, seguro de que en un abrir y cerrar de ojos vería desde las almenas los cuarenta cadáveres sangrientos y destrozados. La libertad de pensar ha hecho a todos los hombres anarquistas sin saberlo. ¿Quién no se reserva ahora un rincón de cerebro para reflexionar? Ahí está, precisamente, el crimen de los crímenes, el pecado por excelencia, simbolizado por el fruto del árbol que revelaba a los hombres el conocimiento del bien y del

mal. De ahí el odio a la ciencia que profesa siempre la Iglesia. De ahí el furor que Napoleón, un Yamerlán moderno, tuvo siempre contra los «ideólogos».

Pero los ideólogos han llegado. Han desvanecido con un soplo las ilusiones de otros tiempos, comenzando de nuevo todo el trabajo científico por la observación y la experiencia. Uno de ellos, nihilista anterior a nuestro tiempo, anarquista como pocos, a lo menos por sus palabras, comenzó por hacer tabla rasa de todo lo que había aprendido. Casi no hay ahora ningún sabio ni literato que no se tenga por su propio maestro y modelo, pensador original de su propio pensamiento y moralista de su moral. «Si quieres surgir, surge de ti mismo», dice Goethe. ¿No tratan los artistas de representar la naturaleza tal como ellos la ven, la sienten y la comprenden? Esto es lo usual, en verdad; eso lo que se podría llamar una «anarquía aristocrática», que no reivindica la libertad sino para el pueblo escogido de las Musas, para los trepadores del Parnaso. Cada uno de ellos quiere pensar libremente, buscar a gusto su ideal en el infinito; pero diciendo siempre que es preciso «una religión para el pueblo». Quieren vivir como hombres independientes, pero «la obediencia está hecha para las mujeres»; quieren crear obras originales, pero «la multitud de abajo» debe permanecer sujeta como una máquina al inmóvil funcionamiento de la división del trabajo. Con todo, estos aristócratas del gusto y del pensamiento no tienen fuerza para cerrar la gran exclusiva por donde se desborda la ola. Si la ciencia, la literatura y el arte han llegado a ser anarquistas; si todo progreso, toda nueva forma de la belleza se deben al florecimiento del pensamiento libre, este pensamiento trabaja también en lo profundo de la sociedad y no es ya posible contenerlo. Es muy tarde para detener el diluvio.

La disminución del respeto, ¿no es el fenómeno por excelencia de la sociedad contemporánea? Yo he visto en otro tiempo, en Inglaterra, atropellarse las multitudes por contemplar el coche vacío de un gran señor; de seguro no lo veré más. En la India los parias se detenían devotamente a los ciento quince pasos reglamentarios que les separaban del orgulloso brahman; ahora, como en las estaciones se tiene prisa, no hay entre ellos más separación que el tabique de la sala de espera. Los ejemplos de bajaza, de arrastramiento vil, no faltan todavía en el mundo; sin embargo, hay progreso en el sentido de la igualdad. Antes de prestar su respeto, se pregunta uno si aquel hombre o aquella institución son verdaderamente respetables; se estudia el valor de los individuos o la importancia de las obras. La fe en la grandeza ha desaparecido, y allí donde la fe no existe desaparecen las insti-

tuciones a su vez. La extinción del respeto implícita, naturalmente, la supresión del Estado.

La obra de crítica irrespetuosa a que está sometido el Estado se ejerce igualmente contra todas las instituciones sociales. El pueblo no cree ya, no cree en absoluto, en el origen sagrado de la propiedad privada, producida, nos decían los economistas, y ya nadie se atreve a repetir, por el trabajo personal de los propietarios; sabe que el trabajo individual no puede crear millones y millones, y no ignora que este entriquecimiento monstruoso es siempre la consecuencia de un falso estado social, que atribuye a uno el producto de millares de hombres; respetará siempre el pan que el trabajador ha ganado duramente, la capaña que ha conseguido con sus manos, el jardín que ha plantado, pero perderá seguramente el respeto a las mil propiedades ficticias representadas por los papeles de todas clases que se guardan en los Bancos. Vendrá el día, no lo dudó, en que volverá a tomar tranquilamente posesión de todos los productos del trabajo común: minas y tierras, fábricas y palacios, caminos de hierro, navíos y sus cargamentos. Cuando la multitud, esa multitud vil por su ignorancia y por la consiguiente cobardía, haya cesado de merecer el calificativo con que se la insulta; cuando sepa con toda certidumbre que el acaparamiento de este inmenso haber está fundado únicamente sobre una ficción manuscrita, sobre la fe en papeluchos, entonces el estado social estará bien amenazado. En presencia de estas evoluciones profundas, irresistibles, que se realizan en todos los cerebros humanos, ¡qué simples, que fáciles de sentido parecerán a nuestros descendientes los clamores furibundos que se lanzan contra los innovadores! ¡Qué importan las palabras groseras que desborda una Prensa obligada a pagar en buena prosa los subsidios que recibe! ¡Qué importa hasta los insultos sinceramente profenidos contra nosotros por los devotos, «santos, pero simples», que llevaban leños a la hoguera de Juan Huss! El movimiento, que nos arrastra no es obra de energúmenos o de soñadores, sino de la sociedad en su conjunto. Es necesario para la marcha del pensamiento. Ha llegado a ser fatal, ineludible, como la rotación de la tierra y de los cielos.

Cuanto más Sin embargo, una duda podría **anarquista es** subsistir en los entendimientos, si **una sociedad,** la anarquía no hubiese sido nunca **más progre-** más que un ideal, un ejercicio intelectual, un elemento de dialé-

tica; si nunca hubiese tenido realización concreta; si nunca hubiese sido un organismo espontáneo; si nunca hubiese surgido poniendo en acción las fuerzas libres de los camaradas para el trabajo en común, sin amo que les mandase. Pero esta duda puede fácilmente descartarse, porque en todo

tiempo han existido organismos libertarios y otros nuevos se forman incesantemente, cada año más vigorosos, siguiendo los progresos de la iniciativa individual. Podría citar, en primer término, diversos pueblos llamados salvajes que viven en perfecta armonía social, hasta en nuestros días, sin tener necesidad de jefes, de leyes, de cercas, ni de fuerza pública; pero no insisto sobre estos ejemplos, a pesar de su importancia; temería que se me objetase la poca complejidad de estas sociedades primitivas comparadas con nuestro mundo moderno, organismo inmenso en que se entremezclan tantos otros organismos con infinita complicación. Dejemos, pues, a esas tribus primitivas para ocuparnos tan sólo de naciones ya constituidas que poseen todo un mecanismo político-social.

Sin duda yo no podría mostraros ninguna en el curso de la historia que se haya constituido como sociedad puramente anárquica, porque todas se encontraban en su período de lucha entre los elementos diversos, aun no asociados; pero lo que sí será fácil comprobar es que cada una de estas sociedades parciales, aunque no fundidas en un conjunto armónico, fué tanto más próspera, tanto más creadora, cuando más libre era y el valor personal del individuo estaba mejor reconocido. Desde las edades prehistóricas en que nuestras sociedades nacieron a las artes, a las ciencias, a la industria, sin que los anales escritos hayan podido traerlos de ello memoria, todos los grandes períodos de la vida de las naciones han sido aquellos en que los hombres, agitados por las revoluciones, hubieron de sufrir menos la amplia y pesada dirección de un gobierno regular. Los dos grandes períodos de la humanidad, por los numerosos descubrimientos, por la eflorescencia del pensamiento, por la belleza del arte, fueron épocas perturbadas, edades de «peligrosa libertad». El orden reinaba en el inmenso imperio de los medas y los persas, pero allí no surgió nada grande; mientras que la Grecia republicana, perturbada sin cesar, agitada por continuas sacudidas, vió nacer a los iniciadores de todo lo elevado y noble que nosotros tenemos en la civilización moderna. Nos es imposible pensar, emprender una obra cualquiera sin relacionarnos en seguida con los libres helenos que fueron nuestros precursores y que son aún nuestros modelos. Dos mil años más tarde, después de tiranías, después de tiempos de sombría opresión que parecían inacabables, Italia, Francia, Alemania, toda la Europa de las comunidades religiosas, probaron de nuevo a tomar aliento; innumerables revoluciones sacudieron el mundo. Ferrarri no cuenta menos de siete mil revueltas locales tan sólo en Italia; pero también comenzó a arder el fuego del pensamiento libre y volvió a florecer la humanidad: con los Rafael, los Vinci, los Miguel Angel, se sintió por segunda vez joven.

Después vino el gran siglo de la Enciclopedia con las revoluciones que se siguieron en todo el mundo y la proclamación de los derechos del hombre. Enumerado, si podéis, todos los progresos que se han realizado después de esta gran sacudida de la humanidad. Verdaderamente, podemos preguntarnos si el siglo XVIII no condensa más de la mitad de la historia. El número de los hombres se ha acrecentado en más de quinientos millones; el comercio se ha hecho diez veces mayor; la industria se ha transformado y el arte de modificar los productos naturales se ha enriquecido maravillosamente; ciencias nuevas han hecho su aparición y, según se dice, comienza un tercer período de arte; el socialismo consciente e internacional ha surgido en toda su amplitud. Por lo menos se siente uno vivir en el siglo de los grandes problemas y de las grandes luchas. Reemplazado por el pensamiento los cien años nacidos de la filosofía del siglo décimo octavo, reemplazados por un período sin historia en que cuatrocientos millones de pacíficos chinos hubiesen vivido bajo la pacífica tutela de un «Padre del pueblo», de un tribunal de los ritos y mandarines provistos de diploma. Lejos de vivir las emociones que nosotros hemos vivido, nos hubiéramos gradualmente aproximado a la inercia y a la muerte. Si Galileo encerrado en las prisiones de la Inquisición pudo murmurar sordamente: «¡Sin embargo se mueve!», nosotros podemos ahora, gracias a las revoluciones, gracias a las violencias del pensamiento libre, gritar en todas partes, en la plaza pública: «¡El mundo se mueve y continuará moviéndose!»

Ejemplos de Aparte de este gran movimiento que transforma gradualmente la sociedad

anarquismo entera, en el sentido del pensamiento libre, de la acción libre, es decir, de la anarquía en su esencia, se hacen también experiencias directas que se manifiestan por la fundación de colonias libertarias y comunistas, pequeñas tentativas comparables a las experiencias que hacen los químicos y los ingenieros en el laboratorio. Estos ensayos de municipios modelo tienen todos el defecto capital de que se hacen fuera de las condiciones ordinarias de la vida, es decir, lejos de las ciudades donde se codean los hombres, donde surgen las ideas y se renuevan las inteligencias. No obstante, pueden citarse algunas empresas que han tenido éxito completo, entre otras aquella de la «Joven Icaria», transformación de la colonia de Cabot, fundada, bien pronto hará medio siglo, según los principios de un comunismo libertario: de emigración en emigración el grupo de comunistas ha llegado a ser puramente anarquista, y vive ahora modesta existencia en los campos de Iowa, cerca del río Desmoines.

Pero donde la práctica anarquista triunfa es en

el curso ordinario de la vida, entre las gentes del pueblo, que ciertamente no podrían sostener la terrible lucha por la existencia si no se ayudaran espontáneamente, desconociendo las diferencias y las rivalidades de intereses. Cuando uno de ellos cae enfermo, los otros pobres toman sus hijos, se les alimenta, se comparte la escasa pitanza de la semana, se trabaja por él doblando la jornada. Entre los vecinos se establece una especie de comunismo por el préstamo, el vaivén constante de provisiones y de utensilios domésticos. La miseria une a los desgraciados en una liga fraternal: juntos tienen hambre, juntos se sacian. La moral y la práctica anarquista son la regla hasta en las reuniones burguesas, de donde, a primera vista, nos parecerían ausentes. No es posible imaginarse una jira campestre en que cualquiera, sea el anfitrión o alguno de los invitados, afecte aires de amo y se permita mandar o hacer prevalecer indiscretamente su capricho. ¿No sería esto la muerte de toda alegría, el término de todo placer? No hay alegría sino entre iguales y libres, entre gentes que pueden divertirse como les convenga, por grupos sueltos, si esto les place, o reunidos y entremezclándose a su guisa, porque las horas pasadas así parecen más dulces.

Aquí me permitiré contaros un recuerdo personal. Viajábamos en uno de esos hermosos buques modernos que cortan las olas soberbiamente con la velocidad de quince a veinte nudos por hora, trazando una línea recta de continente a continente, a pesar de vientos y mareas. El aire estaba en calma, la noche era dulce y las estrellas se iban encendiendo una tras otra en el cielo negro. Se conversaba sobre la toldilla, ¡y de qué se puede hablar sino de esa eterna cuestión social que nos arrastra, que nos aboga como la esfinge de Egipto? El reaccionario del grupo se veía apretado por sus interlocutores, todos más o menos socialistas. De repente se volvió hacia el capitán, el jefe, el amo, esperando hallar en él un defensor nato de los buenos principios: «Usted manda aquí; su poder, ¿no es sagrado? ¿Qué sería del buque si no estuviese dirigido por su constante voluntad?» «No sea usted simple—respondió el capitán—: de ordinario yo no sirvo absolutamente para nada. El timonel mantiene el buque en su línea recta; dentro de algunos minutos otro le substituirá, luego otros, y seguiremos regularmente sin mi intervención el camino acostumbrado. Abajo los fogoneros y maquinistas trabajan sin mi ayuda, sin mi parecer, y mejor que si yo me metiese a aconsejarles. Todos los gavieros y marineros saben también lo que han de hacer, y llegado el caso yo no tengo sino que concordar mi pequeña parte de trabajo con la de ellos, más penosa aunque menos retribuida que la mía. Sin duda, yo tengo la obligación de guiar el buque, ¿pero no ve usted que esto es una sim-

ple ficción? Aquí están los mapas que yo no he dibujado; la brújula que tampoco es invención mía; para nosotros han dragado el canal del puerto de donde venimos y el del puerto en donde entraremos; y este soberbio navío que lentamente se inclina sobre sus cuadermas bajo la presión de las ondas, balanceándose con majestad, impulsado poderosamente por el vapor, yo no lo he construído. ¿Qué soy yo aquí, entre los grandes muertos, los descubridores y los sabios, nuestros precursores, que nos enseñaron a atravesar los mares? Soy su asociado y los marineros son mis camaradas; y ustedes también, los pasajeros, porque por ustedes cabalgamos sobre las olas, y en caso de peligro contamos con ustedes para que nos ayuden fraternalmente. Nuestra obra es común, y somos solidarios los unos de los otros.» Todos callaron y yo guardé cuidadosamente en el tesoro de mi memoria las palabras de ese capitán como no hay muchos.

Así aquel buque, aquel mundo flotante en que, por otra parte, los castigos eran desconocidos, llevaba una república modelo a través del Océano, a pesar de las chinchorretas ferárquicas. Este no es un ejemplo aislado. Todos vosotros conocéis, por lo menos de oídas, escuehas en que el profesor, a despecho de severidades reglamentarias que jamás se aplican, tiene a todos los discípulos por amigos y afortunados colaboradores. Todo está previsto por la autoridad competente para matar a los pequeños criminales, pero su buen amigo no tiene necesidad de todo ese arsenal de medidas represivas; trata a los chicos como a hombres, haciendo constantemente llamamiento a su buena voluntad, a su comprensión de las cosas, a su sentido de la justicia, y todos corresponden con alegría. Así se encuentra constituida una minúscula sociedad anárquica, verdaderamente humana, aunque todo parece coligado en el ambiente para impedir su nacimiento: leyes, reglamentos, malos ejemplos, inmoralidad pública.

Grupos anarquistas surgen, pues, sin cesar, a pesar de los viejos prejuicios y del peso muerto de las costumbres antiguas. Nuestro mundo nuevo despunta alrededor de nosotros como germinaría una flor nueva bajo el détritús de las edades. No solamente no es quimérico, como se repite de continuo, sino que se muestra ya bajo mil formas; ciego es el hombre que no sepa observarlo. Por el contrario, la que es una sociedad quimérica, imposible, es seguramente el pandemionium en que vivimos. Me concederéis en justicia que yo no he abusado de la crítica, por otra parte tan fácil, respecto del mundo tal como lo han constituido el llamado principio de autoridad y la lucha feroz por la existencia. Pero, en fin, si es verdad que, según su misma definición, una sociedad es una agrupación de individuos que se unen y concier-

tan para el bienestar común, no se puede decir, sin caer en lo absurdo, que la masa caótica ambiente constituye una sociedad. Según sus abogados, porque toda mala causa los tiene, tendría como fin el orden perfecto para la satisfacción de los intereses de todos. ¿No es risible considerar que sea sociedad ordenada este mundo de la civilización europea, con su séquito continuo de dramas internos, asesinatos y suicidios, violencias y fusilamientos, catástrofes y hambres, robos, maldades y engaños de toda especie, quiebras, hundimientos y ruinas? ¿Quién de nosotros, al salir de aquí, no verá levantarse a su lado los espectros del vicio y del hambre? En nuestra Europa hay cinco millones de hombres que no esperan más que una señal para matar a sus semejantes, para quemar casas y cosechas, y diez millones, de reserva fuera de los cuarteles, están dispuestos para cumplir la misma obra de destrucción. Cinco millones de desgraciados viven, o por lo menos vegetan, en las prisiones condenados a penas diversas; diez millones muerren al año de anticipada muerte; y de trescientos setenta millones, trescientos cincuenta, por no decir todos, tiemblan con inquietud justificada por el mañana. No obstante la inmensidad de las riquezas sociales, ¿quién de nosotros puede afirmar que un revés brusco de la suerte no le quitará su haber? Estos son hechos que nadie puede contradecir y que debieran, me parece, inspirarnos a todos la firme resolución de cambiar este estado de cosas, preñado de revoluciones incessantes.

El anarquismo única solución

Tuve un día ocasión de conversar con un alto funcionario, arrastrado por la rutina de la vida en el mundo de los que dictan leyes y penas: «¿Pero defendéis vuestra sociedad?», le dije yo. «¿Cómo queréis que la defienda?—me respondió—. ¡No es defendible!» Es defendida, sin embargo; pero con argumentos que no son razones: con el vergajo, el calabozo y el cadalso.

Por otra parte, los que la atacan pueden hacerlo con toda la serenidad de su conciencia. Sin duda, el movimiento de transformación traerá consigo violencias y revoluciones; ¿pero acaso el mundo que nos rodea es otra cosa que violencia continua y revolución permanente? Y de las violencias de la guerra social, ¿quiénes serán los responsables? ¿Aquellos que proclaman una era de justicia y de igualdad para todos, sin distinción de clases ni de individuos, o los que quieren mantener las separaciones y por consecuencia los odios de casta, los que acumulan leyes represivas y no saben resolver las cuestiones sino con la infantería, la caballería y la artillería? La historia nos permite afirmar con toda certidumbre que la política de odio engendra siempre el odio, agravando fatalmente la situación general, y hasta arrastrando a

una ruina definitiva. ¡Cuántas naciones perecieron así, opresoras lo mismo que oprimidas! ¿Pereceremos nosotros también?

Espero que no, gracias al pensamiento anarquista que se abre camino cada día más, renovando la iniciativa humana. Vosotros mismos, si no sois anarquistas, ¿no estáis, por lo menos, muy tocados de anarquismo? ¿Quién de vosotros, en el fondo de su conciencia, se tendrá por superior a su vecino y no reconocerá en él a su hermano y su

igual? La moral que tantas veces fué proclamada aquí, con palabras más o menos simbólicas, llegará a ser ciertamente una realidad. Porque nosotros los anarquistas sabemos que esta moral de justicia perfecta, de libertad y de igualdad, es la verdad, y la vivimos de todo corazón mientras que nuestros adversarios dudan. No están seguros de tener razón; en el fondo, hasta están convencidos de que se equivocan y por adelantado nos entregan el mundo.

IV

Consideraciones generales sobre el anarquismo

por Carlos Malato

Concepto de la anarquía En el seno de la revolución política del siglo XVIII apareció el germen de una revolución económica posterior.

Jacques Roux, Channette, los hebertistas, y más tarde Babeuf con sus amigos, dieron el grito de las reivindicaciones sociales. Este precoz socialismo, apenas comprendido por unos pocos, no podía triunfar entonces, pero, gracias a sus generosos precursores, fué la palabra de lucha del siglo de evolución siguiente y hoy tiende a imponerse.

Todo indica que ocurrirá lo mismo con la anarquía: presentada por Proudhon, afirmada por Bakunin, entrevistada al cabo de pocos años con mucho claridad y profesada actualmente por un corto número de adeptos (1), ejercerá una influencia decisiva en la próxima revolución social, sin lograr su triunfo. Pero una vez vencedor el socialismo, los esfuerzos, los estudios, se dirigirán hacia este nuevo ideal, que a su vez se apoderará del mundo.

Y más pronto de lo que se cree, porque la duración de las evoluciones humanas cada vez se acelera más. Se ha necesitado toda la noche de los tiempos para que la antigua esclavitud se transformara en simple servidumbre; una serie de siglos para que la servidumbre llegara hasta el liberalismo constitucional, y sólo una centuria para la manifestación del socialismo. Se puede presumir, con un poco de audacia, que faltan pocas generaciones para llegar a un estado en que la jerarquía gubernamental será reemplazada por la libre asociación de los individuos y de las agrupaciones; la ley imperiosa para todos y de duración limitada,

por el contrato voluntario; la hegemonía de la fortuna y del rango, por la universalización del bien-estar y la equivalencia de las funciones; y la moral presente, por último, de hipérita ferocidad, por una moral superior que dinamará, naturalmente, del nuevo orden de cosas.

Esto es la anarquía. Enunciamos la cosa antes que la palabra, porque las palabras asustan.

Comunismo y anarquía La anarquía es el complemento y, puede añadirse, la perfección del comunismo. Quiérase o no, la marcha de los pueblos civilizados hacia un comunismo verdadero es innegable: «La democracia rueda a torrentes», ha dicho Tocqueville. En el presente, fuera del convento y del cuartel, ¿qué es el comunismo sino la confirmación, el resultado de la democracia, la generalización de los intereses no políticos (la política, que no es más que una farsa, está llamada a desaparecer), intereses materiales, tangibles, que dan vida a intereses económicos?

Este es el comunismo moderno, no más sentimental e intuitivo que el de las tribus bárbaras, pero racionalista, científico, que desde Babeuf a nuestros días ha penetrado en todas las capas sociales, precisándose aún más de Saint-Simón a Fourier (1), de Cabét a Carlos Marx.

Los ignorantes que no ven más que la corteza, lo externo de las cosas, se sorprenden de los cambios que no han sabido prever, como el marino

(1) Desde que se escribieron estas líneas, ese corto número ha aumentado notablemente.

(1) Aunque Saint-Simón y Fourier no hayan sido comunistas, han contribuído a la aparición del comunismo, desarrollando poderosamente el espíritu de asociación, que es la esencia misma de un comunismo libertario.

que, con los ojos fijos en la dormida superficie del mar, no advierte en su seno el anuncio pavoroso de próximas tempestades. Sobrepondrá la revolución social—esto es cuestión de algunos años solamente—y muchos la atribuirán a un milagro, a lo imprevisible.

La humanidad comienza a tener conciencia de sí misma: la similitud y solidaridad de intereses, la necesidad de aprovechar en común los descubrimientos, las uniones más o menos pasajeras—el simple hecho, por ejemplo, de viajar juntos en un vagón o en un tranvía—, todo conduce al comunismo.

Pero expliquemos bien la palabra, porque hay comunismo y comunismo. Si entre las masas arraiga de día en día la idea de la *socialización de fuerzas productoras* (suelo, subsuelo, máquinas), es decir, no más reparto, sino posesión del patrimonio universal, hasta ahora inalienable, unos quieren un registro, una reglamentación que emane de un poder central, y otros, admitiendo el concurso de todos en la producción, proclaman la autonomía absoluta del individuo: estos últimos son los anarquistas.

Significación La palabra *anarquía* ha sido mal interpretada durante mucho tiempo.

Luis XIV los burgueses del Marais no concebían que subsistieran Estados sin monarca a su cabeza, ahora, sin estudiar la etimología de la palabra ANARQUÍA (*ausencia de gobierno*), la idea de que un hombre pueda ser autónomo, es decir, una cosa distinta de un juguete movido por otro hombre, parece disolvente a quienes vegetan toda su vida sujetos a estos principios heredados de sus mayores: *Es indispensable que haya un gobierno, es decir, una minoría de individuos encargados de dirigir a la mayoría y de pensar por ella.*

Sin embargo, ¿qué hombre de buen sentido, de buena fe, podrá negar que la verdadera libertad consiste en ser dueño absoluto de su persona y de su voluntad, y en conseguir la independencia de cada uno, asegurando, naturalmente, la independencia de todos?

«La masa es aún inconsciente», nos dicen. Ciertamente; pero entonces, ¿por qué la adulamos todos? «Su inconsciencia la hace ciega.» Pero, petrificando su cráneo en un molde único para todos, ¿aseguramos su emancipación moral? ¿Quién es el hombre providencial, el genio incomparable que podrá vanagloriarse de pensar desinteresadamente por todos? En cuanto al gobierno de las asambleas, vale lo mismo que el de los individuos aislados, y aun quizá resulta más imperfecto, más caótico. Y si algunas veces es aquél menos desptico, no es en virtud de una moralidad superior, sino porque los intereses encontrados se neutralizan.

En un siglo, Francia ha experimentado casi todas las formas de gobierno: monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, consulado, imperio, parlamentarismo y dictadura completa o mitigada. ¿Han sido sus resultados, si no la dicha perfecta (pues ésta los charlatanes podrán sólo prometerla), al menos el sentimiento de general bienestar suficiente, y la convicción de que no había necesidad de pedir a la violencia la conquista de progresos ulteriores? No. Los mismos males sociales: despotismo, corrupción, miseria y prostitución moral arriba y física abajo. Y cada vez se ha debido llamar al mismo médico, siempre temido: la revolución.

De la impotencia de las modificaciones gubernamentales para equilibrar y armonizar los intereses en lucha en el seno de una sociedad cuyos principales engranajes son estos mismos intereses, ha nacido la concepción anarquista.

Los individuos—y son muchos aun entre los que se llaman revolucionarios—que afectan considerar la anarquía como la aplicación exclusivamente de la fuerza bruta y no como una filosofía social razonada, *muy razonada*, dan sencillamente una prueba de su ignorancia o de su mala fe. La fuerza, aquí, no puede ser más que la subordinada, el apoyo del derecho: se puede ser un hombre exaltado y ser un esclavo.

Presente y porvenir del anarquismo Los comienzos un poco confusos del partido anarquista en Francia, no pueden, en modo alguno, perjudicar la pureza de las ideas. Los

partidos que figuran a la vanguardia contienen los mejores y los peores elementos: al lado de los pensadores que sueñan con una humanidad dichosa y libre, hay batalladores por amor a la batalla, rotmánticos, seres fríos, que dicen pertenecer al partido *más avanzado*, porque esto, según ellos, les dispensa de estudiar; enamorados de lo paradójico, brillantes algunas veces y que no desagrada a quienes, habitados a la discusión de escuela, no se asustan por una palabra más, peligrosa muchas veces para la masa sencilla.

Pero los años pasan, se purifican los partidos, se precisan las ideas y se clasifican las fórmulas. La anarquía, muy diferente de los sistemas muertos apenas nacidos, de Fourier y de Cabet, tiene todo un porvenir de vitalidad, porque responde no a la concepción de un filósofo, sino a la marcha de los acontecimientos, al ideal de los mejores y a las aspiraciones de todos.

Anarquía y progreso Lo que aleja a gran número de revolucionarios franceses de la anarquía, es que la mayor parte, a pesar de la

fogosidad de sus discursos y de su aparente turbulencia, son muy rutinarios. En tanto otros, más

socialistas que revolucionarios, quieren imponer el sistema fruto de sus investigaciones. Los primeros, más enamorado de la acción que del estudio, viven aún sujetos al fetichismo que les inculcaron los *gigantes de la Convención*. Para éstos, las revoluciones futuras deberán calcarse absolutamente en la del 92. Cada vez habrá una Commune, un comité de Salud pública y catorce ejércitos, ni uno más ni uno menos; Robespierre y Saint-Just debieran resucitar, y ¡quién sabe si estos plagarios no llevarían su amor a la imitación hasta el extremo de colocar sus cabezas bajo el filo de la guillotina!

El gran error de los espíritus superficiales está en imaginar que después de la realización del ideal que ellos sustentan, la humanidad no tendrá otro ideal que perseguir, siendo así que vemos cómo los republicanos oportunistas, tratados de exagerados por los monárquicos, tratan a su vez de exagerados a los republicanos radicales, los cuales aplican este mismo epíteto a los posibilistas del socialismo y éstos lo aplican a los anarquistas.

Se puede decir, sin que esto sea paradójico, que todo hombre es a la vez el *reaccionario* de otro hombre y el *revolucionario* de otro también. Las concepciones más avanzadas no han sido hasta aquí más que etapas, puntos de reposo. Por ejemplo, de la familia a la tribu o al municipio, del municipio a la provincia, de la provincia a la patria, ¡cuántas modificaciones y expansiones no ha experimentado la idea de la agrupación? Hoy, sabiendo del patriotismo, se va al *racismo* (panslavismo, panlatinismo, pangermanismo); y más allá del *racismo* es la noción de la *humanidad* la que ya comienza a formarse. Lo mismo ocurre con todo; y esta marcha ascensional de las concepciones humanas, si debe hacernos indulgentes para los rezagados, debe impedir, sobre todo, que tratemos de utopistas a quienes van más allá que nosotros.

«Todo progreso—ha dicho Bakunin—supone la negación del punto de partida.» Toda idea, podemos añadir, sostiene una negación destinada a desaparecer pronto o tarde, y una afirmación destinada a ser la base de una nueva idea.

Así, en la idea del *patriotismo*, el principio positivo, real e indestructible es el de la solidaridad; la parte negativa es la que hace aparecer como enemigos, o al menos como vecinos peligrosos, a los que viven al otro lado de la frontera.

De la revolución de 1789, lo justo, lógico y perdurable, es la afirmación de los derechos del hombre, de la libertad del individuo en el seno de la sociedad. Lo que, al contrario, es falso y desaparecerá al soplo del progreso, es la constitución de un funcionarismo oligárquico y el establecimiento de un despotismo más peligroso que el despotismo monárquico, porque es insaciable e impersonal: el despotismo de la ley. Las leyes, consideradas como la

salvaguardia de la libertad, son, por el contrario, sus peores enemigos, porque encadenan indefinidamente, no sólo la generación en que se promulgan, sino las generaciones futuras; y estas leyes, por justas, por maravillosas, por divinas que sean en su tiempo, forzosamente han de degenerar en opresoras en una época en que los hombres, las costumbres y las ideas habrán cambiado por el incessante movimiento de la humanidad.

Comunismo y Libertad Es preciso que termine esa fábula de la humanidad dominada y encadenada por principios eternos, inmutables: patria, religión, propiedad, familia, matrimonio. Si son inmutables, sus defensores no tienen por qué alarmarse de nuestros ataques. Pero la historia nos demuestra que han variado constantemente según el tiempo y lugar. ¿Qué era la patria al principio de la humanidad, cuando nuestros antepasados vivían en lóbregas grutas? No existía la religión; no había más que la ignorancia de los fenómenos naturales que debía, ¡ay!, hacer pasar al hombre por tantas fases: fetichismo, sabeísmo, politeísmo, monoteísmo, antes de dejarle entrever las realidades de la filosofía experimental.

La propiedad ha sido sucesivamente familiar, feudal, monárquica o individual. La familia ha sido patriarcal, matriarcal y despótica, según la forma griega, romana o cristiana. El matrimonio ha sido amorfo (promiscuación), poligámico, monogámico, polígámdico (aún lo es en las islas de la Sonda), indisoluble y disoluble. Las formaldades que lo han acompañado han variado hasta lo infinito, convirtiéndose después en una cuestión de moda nada más.

Ocurrirá lo mismo en la revolución que se prepara. Esta revolución será ante todo socialista, o para ser más exactos, comunista, pues el socialismo no es más que la hipocresía del comunismo. La marcha constante de los hombres y de las cosas nos conduce inevitablemente a la revolución. Pero asusta pensar lo que será un comunismo ordenancista, codificado por legisladores, cada uno de los cuales tendrá un sistema favorito del que no querrá desprenderse; sistema basado, por otra parte, sobre laboriosos estudios, pero en los que se prescindirá de la voluntad, el temperamento, las pasiones, en una palabra, la libertad del individuo. La anarquía, que no triunfará aún—¡degradadamente!—en la próxima revolución, que no podrá triunfar porque aún no habrá tenido tiempo para penetrar en el corazón de las masas, pues la sucesión de los acontecimientos será más rápida que la evolución de los cerebros, la anarquía será el contrapeso indispensable para impedir que zozobre la libertad en el desbordamiento comunista, para conducirnos, en una palabra, a un comunismo de costumbres, no ya a un comunismo de leyes.

Anarquía es estuerzo hacia lo mejor

Entonces se trabajará conscientemente y al mismo tiempo por hábito, como se lava uno por costumbre todos los días.

Se consumirá lo suficiente sin derrochar nada ni acaparar nada, porque se tenderá la certidumbre de que siendo la tierra y las máquinas de todos, los productos continuarán al día siguiente con la misma abundancia en los almacenes de todos.

El recelo, expresado con frecuencia por ociosos poseedores, de que el obrero, apenas se libre del yugo del patrono, se entregará a la pereza y a los excesos, es muy exagerado. Ocurre frecuentemente que los que faltos de todo se prometen grandes placeres y locos festines para cuando tengan dinero, el día que lo tienen son indiferentes a las cosas que les ilusionaban.

Lo repetimos: la anarquía absoluta, ideal, superior a todos los sistemas terminados en *ismo*, no se realizará al día siguiente de la revolución social. Pero esto no es una razón para negarla, ni mucho menos para combatirla.

Aun no considerándola como un estado extrahumano—lo que sería absurdo y nulo, no poseyendo cualidad alguna para trazar un límite al progreso—, representaría al menos el estuerzo incansante hacia lo mejor, lo contrario de la inmovilidad, que indica la muerte de las sociedades. Para poseer un poco hay necesidad de pedir mucho; sin una reivindicación completa, excesiva si se quiere, de los derechos del individuo, el individuo, clasificado y reglamentado, se ahogará en la masa, perecerá en la colectividad.

La anarquía y la igualdad

Nada sería tan criminalmente absurdo como querer, en nombre de la igualdad, obligar a todos los hombres a trabajar el mismo número de horas, a absorber la misma cantidad de substancias, los mismos platos, a vestir ropas iguales, sin tener en cuenta las diferencias de temperamento, de organización, de edad, de gustos y de costumbres. ¡Valdría tanto como decretar que todos los hombres han de tener los cabellos negros y una talla de 1'65 metros!

La igualdad, tal como la comprenden estos reglamentadores, no es la verdadera igualdad, sino una igualdad superficial, aparente. No siendo idénticos los individuos, no pueden ser sometidos a reglas idénticas. El comunismo debe limitarse a colocar la riqueza social al alcance de todos, sin permitir a algunos acaparar lo que es necesario para el bienestar general, lo mismo las máquinas, las minas, los bosques, que la luz del sol.

Socialismo y anarquismo

Cosa extraña, por otra parte: los escritores socialistas contemporáneos han extraído todos sus argumentos del estado de la industria, fenómeno acci-

dental, que un acontecimiento imprevisto, un descubrimiento cualquiera, puede modificar totalmente, y muy pocos se apoyan sobre la etnología, sobre el conocimiento de las razas, sobre la tendencia, las afinidades, el pasado histórico de los pueblos.

A despecho de las aproximaciones y fusiones, que tienden afortunadamente de día en día a suprimir las fronteras, cada raza ha conservado un modo de vivir y de pensar que constituye su originalidad, su genio. Si los alemanes, sistemáticos hasta el exceso, tienden a un comunismo autoritario, a un socialismo de Estado, los latinos, más volubles, más ligeros, tienen grandes tendencias hacia la anarquía. La inestabilidad de los modernos gobiernos en Francia y España, las revoluciones populares de las repúblicas de la Edad Media, son una prueba irrefutable.

Autonomía y federación son las grandes fórmulas del porvenir. Desde ahora en adelante, la mayor parte de los movimientos sociales se orientarán en esta dirección, pero, no obstante, todos los pueblos no caminarán con el mismo paso hacia este fin.

La mezcla de diferentes razas (la celta, la latina, la germánica) ha hecho de Francia, por excelencia, un país de experimentación. Ahora bien; en Francia los socialistas que no fundan casas de beneficencia ni del Papa, se dividen actualmente en:

Posibilistas o moderados;
Marxistas o revolucionarios autoritarios;
Anarquistas.

Conviene dejar aparte de esta enumeración a los independientes (1), que forman no una escuela, sino agrupaciones de unión, cuyos miembros se agregan a tal o cuál secta, y los *blanguiistas* que, no teniendo ningún cuerpo de doctrina y buscando ante todo la conquista del poder, más por realizar reformas políticas que por revolucionar el orden social, están, según las circunstancias, tan pronto al lado de los marxistas como al lado de los burgueses radicales.

Cada una de estas tres escuelas coexistentes parece corresponder a una raza distinta y adaptarse a un estado de espíritu o de costumbres. Ciertamente, hay que desconfiar de toda clasificación, pero hay que hacer constar, sin embargo, que el posibilismo ha arraigado sobre todo en las aglomeraciones célticas, propagándose en Bélgica con el partido obrero, arrastrando a la Gran Bretaña, esa tierra semicéltica, semisajona, con las asociaciones (cooperativas, *Trades-Unions*), análogas a las que forman en Francia el ejército del socialismo reformista. Aparece no menos claramente que,

(1) Sin embargo, un gran número de independientes, en otro tiempo aproximados al marxismo, han evolucionado sensiblemente hacia la anarquía.

mientras el marxismo, doctrina de exportación, se adapta a las formas alemanas, el anarquismo, en su espontaneidad, en su fuego, en la brillantez de su ideal, refleja el espíritu de los modernos latinos.

Es verdad que entre los entusiasmos meridionales y el carácter frío y analítico de los ingleses, hay una gran distancia. Este, en general, penetrado de *ladismo*, aborda las cuestiones por sus detalles inmediatamente realizables. A pesar de esta enorme diferencia, la anarquía, bajo su forma más precisa, más práctica, la de la libre agrupación, tiene en Inglaterra un gran porvenir, porque el sentimiento de la individualidad existe mucho menos restringido que en otras partes por las instituciones, y el espíritu de asociación hallase igualmente desarrollado. En cuanto al temperamento revolucionario, es menos definido, y más de una vez han sido los elementos extranjeros, irlandeses, emigrados latinos o germánicos, quienes, aunque poco numerosos, han dado al movimiento social en Inglaterra su verdadera orientación.

Los socialistas alemanes, doctrinarios y enamorados de la autoridad—porque el espíritu de militarismo y de jerarquía los ha dominado—, serán sin duda violentos revolucionarios. Despiadados destructores del orden actual, lo sustituirán con un comunismo científico, dicen ellos, pero pesado, que dará a los trabajadores agrupados bajo la tutela del Estado más bienestar que libertad.

Menos profundo tal vez, menos exacto seguramente y más soñador, el espíritu latino, ligero e inconstante, no se prestará jamás a la prolongación de un comunismo de cuartel funcionando a la *prussiana*.

Problemas que se plantearán al anarquismo

Al día siguiente de la revolución social, revolución que, en sus diversas fases, puede durar diez o doce años, es lógico presumir que, de las diversas tendencias doctrinarias y libertarias, se formará una resultante, un *modus vivendi* que, si aún no es la anarquía, protegerá, no obstante, la autonomía individual contra la opresión de la comunidad o de la corporación.

Nadie es tan tiránico como el que, desde un estado obscuro, ha llegado a ocupar elevados puestos, o sea el ser recientemente emancipado. Desembarazado del yugo del Estado, es seguro que el Municipio (1) intentará regentar las corporaciones, y éstas, a su vez, no guardarán siempre el debido respeto a la libertad individual.

(1) Hablamos aquí no del Municipio anarquista ideal, sino del Municipio que nacerá al día siguiente de la Revolución y que, especie de Consejo de las Corporaciones, ejercerá una autoridad de la que abusará fatalmente si la masa obrera no se cuida de mantenerlo en el límite de sus atribuciones.

Este organismo, digamos la palabra, este gobierno, podrá ser más opresor que el del Estado, porque será un amo más inmediato.

En sentido inverso, está llamada a formarse una sociedad armónica: el punto de partido no será ya el Estado, ser ficticio en cuyo nombre ciegas leyes rigen sobre millones de seres diferentes de temperamento, de gustos y de carácter, sino el individuo, el individuo que es el germen de la humanidad, que es un *microcosmos*, y a quien no se debe sacrificar, ni en nombre de la mayoría del pueblo, ni en nombre del soberano. Salvo en el período de lucha, en que las necesidades conducirán a los más libertarios a ejercer presión y autoritarismo—pues pretender lo contrario sería ceguera o hipocresía—, el derecho colectivo no es respetable mientras no sea la expresión del derecho individual. De otro modo no será otra cosa que la más tiránica de las obstrucciones.

Comunismo e individualismo Dígase lo que se quiera, comunismo e individualismo no son forzosamente dos términos inconciliables:

al contrario, uno da fuerza a otro. El porvenir demostrará que el individuo puede muy bien vivir libre en el seno de la comunidad.

Hasta hoy, la vida de las sociedades ha pasado en oscilaciones entre el comunismo y el individualismo. Privados de contrapeso, se hace generalmente demasiado sofocante el uno, para que pueda soportarlo impunemente la personalidad humana, y el otro, ferozmente egoísta, arruina a los más débiles. Este exceso reclama cada vez una reacción. Actualmente la reacción se prepara en el sentido del comunismo. Pero si éste, una vez pasadas las grandes sacudidas, no se equilibra con la libertad individual, las reivindicaciones en favor de esta última adquirirán muy pronto una fuerza irresistible. Más irresistible porque, estando garantizada la vida material, la vida intelectual y moral será más intensa, y por lo tanto más exigente.

Lo que se avenge La insubordinación latina (1), manifiesta frecuentemente por la necesidad de expansión, más que por verdadero libertarismo, parece necesaria (hay que reconocerlo por encima de todo prejuicio patriótico) para contrapesar los instintos jerárquicos de los alemanes, que, muy profílicos, podrían en un mo-

(1) Digan lo que quieran escritores como Félix Pyat, es evidente que los latinos no embrutecidos por la miseria y el fanatismo, han cuidado mucho el desarrollo de su libertad individual. Su disciplina, tan frecuentemente criticada, es la prueba. En la antigüedad, si los germanos fueron más libertarios que los latinos, es porque aquellos aún eran bárbaros. Al civilizarse se han hecho más autoritarios.

mento dado, por su poder numérico, ejercer sobre las demás naciones una preponderancia que, por ser pacífica, no sería menos intolerable. Del científico pueblo de Goethe y Schiller han hecho los Hohenzollern un cuartel, y hasta el socialismo se ha revestido de una forma dura. Liebknecht, el jefe del socialismo, parece hablar algunas veces como Federico II. Puede ser que detrás de la raza germánica—que en el apogeo de su fuerza parece destinada a eclipsar el viejo mundo latino—se levante la raza eslava, aún nueva, bárbara todavía, pero que al declinar el siglo xx, dormidos los latinos y agotados los alemanes, surgirá a su vez y hará que brille en Europa una civilización superior a todas las precedentes y de la que el poeta Pushkin, el escritor Tolstoi, los pensadores Bakunin, Herzen y Kropotkin habrán sido brillantes precursores. San Petersburgo será entonces para París lo que París es para Atenas. Esta civilización ligera, alada, profundamente humana, combinada con el sentimentalismo eslavo, el arte griego, la fuerza latina y el genio alemán, se dictará, sin trabas, en un pueblo destinado verdaderamente a pasar casi sin transición del autocratismo más absoluto a la más completa libertad.

En la historia de la humanidad se ve a las razas y a las instituciones sociales desarrollarse paralelamente. Cada pueblo, ocupando su lugar en la serie de las evoluciones, aporta su contingente de hechos y de ideas y arroja una semilla para el porvenir. Lo mismo que Grecia nos ha legado el arte y Roma el Estado—mal que ha sido necesario para combatir y vencer el feudalismo gótico—; del mismo modo que los bárbaros han vivificado a Europa limpiándola de la putrefacción del bajo imperio, parece que sucesivamente Francia está destinada a dar a Europa las primeras nociones de republicanism, Alemania a organizar el comunismo autoritario y Rusia a que prevalezca la anarquía.

La victoria de la idea republicana, correspondiendo con la supremacía de Francia, ha sido el término de la evolución del siglo xviii.

A fines del siglo xix, el triunfo del comunismo concuerda con la hegemonía de Alemania.

El siglo actual será el siglo de Rusia; esto está fuera de duda. ¿Y cuál será entonces el fin de la evolución? Esa idea hoy naciente y aún mal comprendida, porque la miseria ha embrutecido a las masas: la Anarquía.

V

La anarquía

por el Dr. N. Converti

Anarquía y desorden No pretendemos desarrollar todos los principios anarquistas. El tema es vasto. Iremos dando ideas a medida

que broten de la pluma.

No se quiere comprender la palabra anarquía. Los burgueses tienen interés en que no se comprenda. Para ellos anarquía y desorden son una misma cosa. ¡Y pensar que han perdido tantos años yendo a la escuela!

Veamos: *a-n-arguía* viene del griego y significa *no-gobierno* (alfa privativa—la *n* es eufónica—y *arguía*, gobierno). Ahora bien; cuando con la organización, con el régimen del *Estado* vemos la propiedad que engendra el lujo por una parte y la miseria por otra, el matrimonio y la prostitución, y propiedad, matrimonio y familia que engendran la depravación general bajo todas sus formas; cuando para sostener semejante organización social vemos que es necesaria la fuerza bruta

—ejército, policía, magistratura—; cuando como consecuencia inevitable de tal organización vemos la lucha en todas sus formas, la guerra, forzosa-mente hemos de sacar en conclusión que el gobierno y la autoridad son el desorden, y que, al contrario, la anarquía es el orden, a no ser que por orden se quiera entender el que reina en los cementerios. Para la burguesía el orden debe ser las hecatombes de Satory, las *jornadas de Junio*, las matanzas en las guerras, la muerte por hambre y las enfermedades consiguientes, la prostitución, el embrutecimiento y el delito.

Antiauto-ritarismo Todo individuo tiende a satisfacer sus necesidades, cuando no con sus propias fuerzas, explotando las de los demás.

Por este motivo fué por el que los más astutos y los más fuertes se impusieron a los más débiles y les obligaron a trabajar para ellos. Las leyes, los

tribunales, la magistratura, la policía, en una palabra, todos los instrumentos de opresión, fueron creados más tarde, produciendo la organización de la explotación del hombre por el hombre, la opresión bajo todas sus formas. Siendo este estado de cosas contrario a la naturaleza humana, los hombres procuraron siempre sustraerse a tal yugo. De aquí que la historia del género humano sea una secuela de hechos encaminados a abolir la organización autoritaria: es la tendencia inconsciente, pero natural, potente, de la humanidad hacia la anarquía. Los hombres han comprendido siempre la necesidad de la libertad y se han rebelado contra la autoridad, negación de aquélla. Pero de una parte la astucia, la ambición y los intereses de unos pocos, y de otra la ignorancia del pueblo, han sido motivo de que, en vez de destruir la causa de la opresión: gobierno y autoridad, no se haya hecho más que cambiarla de forma. A un gobierno lo ha sustituido otro. Después de una larga y dura experiencia es cuando hemos llegado a la conclusión de que todos los gobiernos son iguales; de que la autoridad, cualquiera que sea la forma que revista, ya se denomine de derecho divino o deba su origen al sufragio universal, es la negación de la libertad, y que para salir de este estado de opresión es necesario destruir toda especie de gobierno, de autoridad, pues de otro modo la libertad no es posible.

Misión revolucio- La miseria es causa de la ignorancia y es inútil predicar instrucción mientras aquélla subsista.
anarquismo

Verdad es que el pueblo, precisamente porque no ha tenido nunca conciencia de sus derechos, se ha dejado engañar en cada revolución, y que aún en la próxima es posible que se deje engañar otra vez. Entre la masa popular hay ya bastantes hombres que, aunque no sean francamente anarquistas, están por la abolición de la autoridad y principian a tener conciencia de su significación. Por otra parte, el pueblo no tiene ya confianza en nadie, y si a veces nos mira de soslayo a los anarquistas y no nos hace caso, es porque supone que también somos, como los políticos, fabricantes de programas que queremos dirigir y mangonear, cuando precisamente queremos lo contrario, o sea que el pueblo obre por sí mismo, sin delegar en nadie su soberanía. Deber de los anarquistas es educar al pueblo con hechos repetidos, constantes, para la revolución; para que aprenda a dejar de reverenciar leyes y autoridades; para que con actos populares destruya todo lo que significa opresión. Por otra parte, la causa real de la revolución está en la misma organización social: independientemente de nuestra acción revolucionaria, la está incubando, y fatalmente estallará. Y cuando el pueblo se insurreccione, nuestra misión,

la misión de los anarquistas, será oponernos con todas nuestras fuerzas a que se constituyan nuevas autoridades. Puesto que el pueblo desconfía ya de todas, es posible que entonces nos escuche si le decimos que obre por cuenta propia y no atienda a los que quieran dirigirle para mandarle. La revolución social no es cosa de un día, de un mes o de un año. A través de mil errores el pueblo irá adquiriendo conciencia de sus derechos. Inútil pretender que los conquistaste antes. Verdad es que cuanto más propaganda se haya hecho, menos durará el período violento de la revolución, doloroso, pero necesario; mas también es cierto que nuevas ideas se comprenderán mejor al resplandor de la lucha. Los síntomas precursores de la revolución se ven ya en todas partes. Puede estallar cuando menos se piense. Estamos en pie de guerra y no debemos descuidarnos.

Anarquía y gobierno La anarquía es la expresión real del contrato libre, el cual puede y debe ser modificado continuamente, en virtud de la constante evolución de la sociedad. Las necesidades humanas se modifican sin cesar, y sólo por ello es posible el progreso humano y el de la sociedad. Pero del propio modo que se modifican las necesidades es preciso que se modifique la forma social. Ley de todas las cosas es la transformación continua. La anarquía sustituirá a los gobiernos porque se basa en esta ley natural. Los gobiernos la desconocen y de ahí que impidan a los hombres desenvolverse libremente.

Los estadistas más avanzados sostienen que el gobierno se creó para hacer respetar el pacto social. Absolutamente falso. La historia nos da la razón. El gobierno es un organismo que sirve para mantener los privilegios de la clase dominante y sólo puede subsistir con la división de la sociedad en clases. Pero aun admitiendo que el gobierno pueda hacer respetar el pacto social, siempre continúa siendo, empero, una violación permanente de la libertad, porque un pacto libremente contraído debe poder ser en todo momento libremente modificado, y una fuerza que nos obligue a respetar lo que voluntariamente se aceptó y queremos modificar, viola nuestra libertad. «El soberano—escribió Rousseau—, es decir, el pueblo, puede muy bien decir: «Quiero actualmente lo que quiere filano o, por lo menos, lo que dice querer; pero no puede decir que lo que filano querrá mañana lo querrá él también, y por lo tanto es absurdo imponer cadenas a la voluntad futura, que no debe depender sino de sí misma.» El gobierno, pues, considerándolo desde el punto de vista más favorable, no puede conciliarse con la libertad. Tendrá que hacer respetar el pacto que le dió origen, pero como la sociedad varía continuamente, al día siguiente de constituirse un gobierno se halla, por

su misma esencia, en oposición con las necesidades del pueblo. La sociedad progresa, el gobierno es estacionario. Por esto no es posible un progreso continuo, sustituir la revolución sangrienta por la evolución constante de la sociedad, sin quitar de en medio lo que se opone a esta evolución: el gobierno.

«La acción de todo gobierno es tan despótica—escribe G. Ferrari—que los escritores no saben ni conciliarla con la libertad del hombre, ni deducirla de un contrato primitivo, ni explicar el suicidio que es indispensable para constituir la república o el dominio de uno solo. Todo gobierno es necesariamente conservador, se funda en la fuerza y se sostiene con los policías. El verdugo es su personaje más necesario, y si alguna vez parece innovador, revolucionario o liberal, esto se debe a un error de perspectiva, a causa de su enemiga contra un gobierno anterior, contra la generación que suplantó, pero para sí mismo conserva siempre el pacto que le dió origen, lo custodia, es su ejecutor. Tanto si el jefe del gobierno se llama Luis XIV como si se llama Napoleón, Diocleciano o Constantino, no es más que el instrumento de un principio externo a su acción, extraño a su esencia, perfectamente separado de sus funciones. Reducidas siempre sus funciones a hacer la guerra a la paz, a armar o defender la patria, a tenerla siempre dispuesta contra todo ataque eventual, siempre es invariablemente el mismo con todos los principios, en el paganismismo como en el cristianismo; truena igualmente trátese de defender al Papa o a Lutero, y su proceder es tan extraño a las ideas que sirve que puede decirse que es exclusivamente mecánico. El gobierno no piensa, no es nunca ni inventor ni innovador; si protege las ciencias, las artes y la industria, es porque piensa en sí mismo, para sacar de la industria un impuesto, del comercio una contribución, de las artes una instrucción que pueda ser más productiva, de la moral una adhesión al orden establecido, del bienestar una garantía de su tranquilidad, de la religión un refuerzo para el código penal, del infierno una economía carcelaria. Indudablemente recompensa a los poetas, pero es para que le adulen; acepta los descubrimientos, pero para mayor interés suyo; visita vuestras fábricas, admira los perfeccionamientos que introduzcáis, pero para enviaros el fisco cuando menos lo penséis. Y mientras él es conservador y permanece inflexible en su puesto, la generación es móvil, progresiva, se multiplica, *crescit cumdo*... Y por esto canta treinta años se produce un conflicto, una sorpresa, una mutación pacífica o violenta que crea un nuevo régimen.»

Y este nuevo régimen, precisamente porque todo gobierno es despótico, será también despótico. ¿Y la libertad? De la atenta observación de los he-

chos, Ferrari sacaba en conclusión una ley histórica. Si los gobiernos se asemejan todos y en todo, si son esencialmente despóticos, no se puede tener libertad, agregamos nosotros, sino aboliendo toda especie de gobierno. Es una consecuencia lógica de la *Teoria dei Periodi Politici*.

¿Para qué sirve el gobierno? Se nos dice: «Sin gobierno, la sociedad no es posible.» Mejor diríase que con gobierno no existe una verdadera sociedad. De todos modos,

¿Para qué sirven las funciones que desempeña un gobierno no son necesarias, y, de serlo, veamos también si sin gobierno pueden desempeñarse lo mismo. ¿Qué hace un gobierno? Todas sus funciones están representadas por un ministerio, y podemos enumerarlas nombrando éstos:

Instrucción pública;
Obras Públicas, Industria, Agricultura y Comercio;
Hacienda;
Guerra y Marina;
Exterior;
Gracia y Justicia;
Gobernación.

Ahora bien; de todas estas cosas, las que son útiles puede hacerlas directamente la sociedad; no es preciso, pues, un poder, o, mejor dicho, un gobierno para hacerlas.

Preguntemos al buen sentido de todos si la instrucción dejaría de darse, si el campesino no seguiría labrando la tierra, si las riquezas de los pueblos desaparecerían con la abolición del gobierno. ¿Acaso es el gobierno quien instruye, fomenta la industria, el arte y la agricultura? ¿Acaso no es el gobierno el que con sus reglamentaciones y con los impuestos mata la instrucción, la industria, el arte y la agricultura? Al contrario de aquello de la antigüedad que convertía en oro todo lo que tocaba con sus manos, el gobierno no sólo estropea lo que toca, sino hasta lo que guarda. Los ministros no entienden nada de los asuntos que administran. Decidnos si sin un ministro de instrucción pública los profesores y maestros no podríán, y mejor que el ministro, dirigir la instrucción. Es ridículo que los del oficio no sepan de su oficio más que el ministro de tanga y que tengan que subordinarse a su dirección.

¿Quién mejor que los industriales puede conocer la industria y saber lo que a ésta más conviene, sin que de lo alto venga una orden emanada de una persona ignorante de la industria? ¿Acaso los empleados de correos y telegrafos saben menos que el ministro del ramo las necesidades del servicio y el modo de organizarlo?

Respecto al comercio diremos que está llamado a desaparecer en una sociedad basada en el principio de solidaridad, y ciertamente la distribución

de los productos no se efectuará por intermedio de comerciantes, parásitos que son la peste de la sociedad actual. Por lo demás, sobre este particular podíamos repetir lo dicho respecto a la industria.

Cuando el mundo sea patria de todos, cuando la barbarie de las fronteras quede abolida, un ministerio del exterior será inútil. Demasiado sabemos que actualmente un ministerio de asuntos extranjeros suele trabajar preferentemente en armar intrigas que llevan a los pueblos al campo de batalla. En una sociedad anarquista todos los individuos, por el hecho de nacer, tendrán derecho igual a establecerse donde les plazca. El sentimiento que llamamos patriotismo es un egoísmo que debe ceder el puesto al más amplio sentimiento humanitario. Así como al municipio lo sustituyó la región, y a ésta la nación, a la nación debe sustituirla la humanidad. Sólo entonces la guerra será imposible. Y he aquí otra función gubernamental inútil, porque las guerras, la miseria, la ignorancia, la prostitución y el delito se deben precisamente a la organización gubernativa, patrimonial y de clase.

Cuando no se tenga que proteger al rico contra el pobre, en una sociedad basada en el principio de solidaridad, eso que se llama *justicia* y la policía serán un contrasentido, puesto que no son organismos creados para proteger la libertad de todos, sino para mantener al mayor número en un estado de sujeción.

La ciencia reconoce y nos enseña que el libre albedrío es un absurdo, y que lo que hacemos estamos obligados a hacerlo; que es el ambiente el que nos determina en un sentido y no en otro, y que por lo tanto el mal efectuado se debe a la organización social. Cuando se destruya la causa de los males, el efecto desaparecerá. He aquí por qué no tenemos necesidad de leyes, de magistrados y de policías para obrar bien. Obraremos bien cuando la organización social sea tal que no nos incite a obrar mal. Destruida la ignorancia y la miseria y el delito se hará poco menos que imposible. Y la llamada justicia que castiga el efecto sin tocar a sus causas, así como la policía, podrán ser abolidas y servir, a lo sumo, de tema para una opereta.

Oposición entre ciencia y gobierno

Ningún movimiento celular es posible sin un estímulo. Es un principio elemental de histología. Ni las células cerebrales se susstraen a esta ley orgánica. Por lo tanto, el pensamiento está *motivado*, la voluntad no es libre. He aquí otro principio de psicología positiva, paralelo al de histología.

Oigamos a Büchner: «El hombre, como sér físico e inteligente, es obra de la naturaleza. De esto se sigue que no tan sólo su sér, sino todas sus acciones, su voluntad, su pensamiento y sus sentimientos están fatalmente sometidos a las mismas

leyes que regulan el universo. Sólo una observación superficial y limitada del sér humano puede admitir que las acciones de los pueblos y de los individuos son el resultado de un arbitrio absolutamente libre y consciente de sí mismo. Al contrario, un estudio más profundo nos hace ver que el individuo está en relación tan íntima y necesaria con la naturaleza, que el libre albedrío y la espontaneidad representan una esfera muy secundaria en sus acciones: este estudio nos enseña que todos los fenómenos que hasta ahora se atribuyeron al azar y al libre albedrío están regidos por determinadas leyes. «La libertad humana de que tantos hombres se vanaglorian—dice Spinoza—no es otra cosa que el conocimiento de su voluntad y la ignorancia de las causas que la determinaron.» El conocimiento que tenemos de estas leyes no es ya resultado de la teoría; estas leyes se desprenden de numerosos hechos que debemos principalmente a la estadística. El hombre está sometido a la misma ley a que están sometidos los animales y las plantas, y esta ley se manifiesta en rasgos característicos en el mundo primordial. «Lo que se llama el libre albedrío—dice Costa—no es más que el resultado de motivos más poderosos.»

Y Molesehott, escribe: «La materia gobierna al hombre; la voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro producido por influencias exteriores. No hay un querer libre; no hay un hecho de la voluntad que sea independiente de las influencias que a cada momento determinan al hombre, con límites que el más poderoso no puede superar.»

Queramos o no, en nuestra cabeza se desarrolla un proceso completamente material: el *pensamiento*. Ahora bien; si éste es un fenómeno de la vida material del cerebro y está sometido enteramente a la necesidad, los procesos del pensamiento deben sucederse con un orden determinado. Todas estas cosas son verdades científicas.

Si nuestra voluntad está influida por motivos independientes de nosotros, si no somos libres de querer, somos irresponsables, el derecho penal es un absurdo, y sin éste el gobierno es imposible. Por consiguiente, o derecho penal y gobierno negando la ciencia, o la ciencia negando el derecho penal y el gobierno.

No somos libres de querer, no somos responsables; el derecho penal no tiene una base científica. Los actos delictuosos son causados por motivos exteriores al individuo. Castigando el delito se castiga el efecto, y las causas quedan impunes, cuando precisamente las causas es lo que hay que remover.

Dice Quetelet:

«La experiencia demuestra de modo evidente la certeza de esta opinión, que puede parecer paradójica a primera vista: *La sociedad es la que prepara*

el delito y el culpable no es más que el instrumento que lo ejecuta.»

Si de los hombres de ciencia pasamos a los literatos, he aquí lo que dice Hugo Foscolo :

«¡ Oh, sociedad ! Si no hubiese leyes protectoras de los que para enriquecerse con el sudor y la sangre de los ciudadanos les empujan a la miseria y al delito, ¿serían necesarios los policías y las cárceles ?

» Los gobiernos imponen la justicia, pero ¿podrían imponerla si para reinar no la hubiesen antes violado ? Los que ambiciosamente roban una provincia entera, envían solemnemente a la cárcel al que roba un solo pan. Cuando la fuerza ha destruído todos los derechos ajenos y para reservárselos engaña a los mortales con las apariencias del justo, otra fuerza superior tiene que destruirlos.»

En la actual sociedad es donde hay que buscar las causas delictuosas, y para destruir el delito es necesario cambiar radicalmente las bases sociales, el ambiente que determina el delito.

En nombre, pues, de la ciencia, suprimase el gobierno y advenga la anarquía, pesadilla de la burguesía.

En honor de la ciencia, por sentimiento humanitario, todo aquel que quiera ser libre, que ame la verdad y tenga corazón, estará contra el gobierno y en pro de la anarquía.

Porque, lo repetimos, al negar la ciencia el libre albedrío, la responsabilidad humana, deja de tener una base científica el derecho penal, y el gobierno, como antes la Iglesia, resulta una oposición a la ciencia y tiene que desaparecer.

No más gobierno, es decir, no más organización estatal, opresión, miseria y delito. Anarquía, esto es, libertad, sociedad solidaria, igualdad, trabajo y honradez.

El comunismo Nadie puede negar que el organismo de la sociedad está enfermo. Los mismos políticos que hace algunos años se negaban a reconocer la existencia de una enfermedad social, es decir, la enfermedad del cuerpo social, se rinden a la evidencia y pretenden resolverla con paños calientes como remedios terapéuticos.

Tomados individualmente, todos los individuos son organismos, pero con respecto al cuerpo social, como nos enseñan las más elementales nociones de sociología, deben considerarse como células, como unidades anatómicas del organismo de la sociedad.

Un grupo de estas células sufre de plétora, el otro de isquemia. Y en este curioso y artificial organismo social tenemos que, en lugar de existir hiperfunción en el primer grupo celular, no hay función alguna o es anormal, y la hiperfunción existe en el segundo grupo. Para restablecer, pues, el equilibrio, es necesario que cada célula satisfaga

sus necesidades y que sus funciones estén proporcionadas al consumo.

En otros términos : *a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas.* Ningún fisiólogo que se respete puede negar este principio de recambio material en la economía celular. Alterad este principio, es decir, haced que una función no sea proporcionada a la nutrición, y el organismo dejará de ser normal, será morbooso.

Ahora bien ; este principio científico tan simple, tan evidente, forma la base—no os espantéis, burgueses timoratos—del comunismo.

Sólo con este principio, pues, es posible la destrucción de la riqueza excesiva (plétora) de una clase y la miseria (isquemia) de otra. El restablecimiento del equilibrio significaría el bienestar para todos. No significa la perfección absoluta ; significa, simplemente, las condiciones orgánicas necesarias para que cada organismo viva sano.

Parecerá extraño a muchos, pero, en realidad, el comunismo no quiere otra cosa. Quiere dar a cada uno lo que necesite y pretende que todos produzcan según sus fuerzas.

Desafiamos a quien quiera a que encuentre un médico que aconseje que un individuo consuma más o menos de lo que necesite y que trabaje más de lo que permitan sus fuerzas ; un médico que no aconseje trabajar según las propias fuerzas. Se nos dirá que en un régimen comunista habrá quien no querrá trabajar. Ignoran los que tal digan que un organismo es vida, actividad, trabajo, y que un organismo que no trabaja no tiene sentido.

Se dirá que cada uno tiene derecho a lo que produzca. Respondemos que en este caso todos los trabajadores deberían poseer el producto íntegro de su trabajo, lo que implicaría la destrucción de la organización burguesa de la sociedad.

Agregamos que todo lo que existe debería estar socializado, porque sociales son los componentes de la producción, y que el individuo toma de la sociedad más de lo que produce. El mismo Federico Bastiat, el economista acérrimo adversario del socialismo, tuvo que reconocer que :

«La suma de las satisfacciones que cada miembro de la sociedad puede obtener, es muy superior a la que podría procurarse con sus propios esfuerzos. En otros términos : hay una desproporción evidente entre nuestro consumo y nuestro trabajo.»

Este principio es la negación de la propiedad individual y la base del comunismo, porque no pudiendo el individuo separarse de la sociedad, de la que obtiene más de lo que le da, no podría ahorrar y devolver lo que no produciría aislado.

Por otra parte, la misma Naturaleza es una distribuidora exacta, porque es principio biológico elemental que las funciones sean siempre proporcionadas al consumo.

Al ejercitar más un músculo le damos una nutrición mayor y se desarrolla mucho más. Ejemplos, las pantorrillas de las bailarinas y el deltoides de los espadachines.

Yan verdadero es que el proceso nutritivo es proporcional a la función, que las células que más funcionan (glandulares, musculares, nerviosas) tienen un cambio nutritivo más activo que las células que funcionan poco (cartílagos, huesos, epiteliales).

Una hiperfunción nos da una hipernutrición, y viceversa.

No es en el producto donde ha de verse lo que corresponde al individuo, porque el producto, independiente de los méritos personales, puede ser vario, según las condiciones diversas, sino en la reintegración de las fuerzas gastadas en la realización del trabajo. Esto no es metafísica, es fisiología; por lo tanto, *a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas.*

Pero vivir humanamente no significa sólo nutrirse, sino también desarrollar todas las facultades del hombre. Por eso nosotros queremos la instrucción integral y profesional para todos.

«Pero ¿y la casa, y el vestido?», se nos objetará. Vamos, señores, un poco de seriedad. La fisiología y la higiene nos enseñan cómo han de ser el vestido, y la casa, y otras muchas cosas. El lujo lo dejamos para los pobres de espíritu, en quienes el vestuario lo es todo, porque tapa la poquedad de su cerebro.

Desde el punto de vista psicológico, el comunismo es la solución más clara, más justa de todas las cuestiones, aun las más arduas.

La psicología positiva ha demostrado hasta la evidencia que no hay libre albedrío, que el yo es el móvil de las acciones, hasta del altruismo, hasta del sacrificio, resolviéndose en *egoísmo*.

Y puesto que nuestras acciones están determinadas por *motivos*, puesto que la satisfacción del yo nos determina a obrar, se trata de dar a todos los individuos una suma de motivos tales que el bien de cada uno sea el de todos y viceversa. Este es el significado del comunismo; únicamente así podremos tener un verdadero organismo social, porque así obtendremos la solidaridad de cada componente del cuerpo social, pues en el fondo el concepto de organismo no es posible sin las condiciones orgánicas solidarias de los elementos que constituyen el organismo.

La anarquía y la familia

Muchos de los que miran superficialmente las cosas, se escandalizan cuando nos oyen predicar la abolición de la familia, del matrimonio. A decir verdad, nosotros no queremos abolir nada; mejor dicho: la anarquía no prohíbe nada. Lo que la anarquía hará será abolir las ficciones legales y los ab-

surdos morales. En anarquía nadie asumirá funciones de pontífice ordenando unirse y desunirse en tales o cuales condiciones.

¿Ibamos a ser nosotros, que amamos potentemente, que en la anarquía sólo vemos amor, los prohibidores de tal o cuál amor? ¡Ah, no! Nosotros no queremos sino que los individuos se amen libremente.

¿Hay ley bastante poderosa que pueda hacer brotar el amor en los corazones? Donde hay amor, ¿para qué el matrimonio? ¿Y qué es el matrimonio sin amor, sino una prostitución? ¿Queréis que vayamos ante un tercero a confesar nuestros afectos para que los reglamente? ¿Queréis dar normas al amor? ¿Tenemos precisamente necesidad de un magistrado que nos permita desunirnos cuando dejemos de amarnos? Risible todo eso.

El matrimonio y el divorcio, es decir, la coacción para amarse y no amarse, no son más que medios de prostitución.

La anarquía no dice: «No os améis, no améis a vuestros hijos». La unión de los sexos ha de ser libre y nadie puede permitirse decir: «Prohibo tal o cual forma de unión sexual». Si la familia no tiene base natural desaparecerá, si la tiene continuará subsistiendo. Nosotros creemos únicamente que cuando la ley desaparezca, al sentimiento de familia se unirá el más amplio de solidaridad humana. Pero repitámoslo: en una sociedad anárquica, únicamente el amor ha de reinar en las relaciones.

La anarquía y ¿Y la patria?

el patriotismo

El concepto de patria que hoy nos formamos no es el mismo de ayer; la patria de hoy no es la de ayer. En la Edad Media cada municipio era una patria y cada municipio odiaba y combatía al vecino de igual modo que hoy una nación odia y combate a la vecina.

¿Erán patriotas los pisanos combatiendo a los genoveses? ¿Son patriotas los italianos combatiendo a los franceses?

Si bestial era el odio entre municipios, bestial es también el odio actual entre naciones.

La patria de hoy no es la de ayer, como la de ayer no era la de anteaayer. La patria de los primeros romanos no era Italia, sino Roma. Espar-tanos y atenienses no tenían la misma patria.

Pero ¿es que todos los pueblos actuales tienen una patria? ¿Y acaso respetan, en nombre de la patria, la patria de los demás?

¿Qué patria tienen los árabes?

¿Tienen una verdadera patria los americanos?

¿Es una patria Austria?

Alemania, Francia, Italia e Inglaterra, ¿respetan la patria de los demás?

Pero, ¿qué es la patria?

No son las costumbres, puesto que las del cam-

pesino calabrés difieren de las de un torinés mucho más que las de un marsellés de las de un tolinés.

No es la lengua, puesto que si oís hablar a un campesino de las Puglias y a un milanés, veréis que se entienden menos que entre torineses y marseleses. En todas las naciones se dan estos casos.

Malta, ¿es árabe, italiana, o inglesa?

¿Suiza es Suiza, o es Alemania, o Francia, o Italia? Lugano, ¿es suiza, o italiana? Ginebra, ¿es suiza, o francesa? Zurich, ¿es suiza, o alemana?

Y si dividís Suiza dando a Italia la parte que habla italiano, a Francia la que habla francés, a Alemania la que habla tedesco, ¿qué quedará de la Confederación helvética?

No son las tradiciones, porque también difieren de comarca a comarca.

¿Qué caracteres son, pues, los de la patria? Desafiamos al que quiera determinarlos, pero no con metafísicas, sino como se determinan los caracteres distintivos de una dada cosa, o de un organismo dado.

¿Qué es, pues, la patria? Las clases dominantes, cuya expresión es el gobierno, tenían necesidad de una idea para empujar a los pueblos a defender sus intereses, haciéndoles creer que lo que defendían era aquella idea, la patria, que es una

abstracción. Decid al capitalista que coloque sus capitales en su patria, y no os escuchará o se reirá en vuestras propias barbas. Los coloca donde más le rinden.

El pensamiento no tiene patria. Todas las manifestaciones del pensamiento: la ciencia, las artes, no tienen patria. Tienen patria los gobiernos, la policía, los magistrados, los recaudadores de contribuciones, el verdugo. Son la patria. Con el pretexto de defender la patria se defiende al gobierno. El obrero es explotado en su patria y fuera de ella. Lo mismo le explota un compatriota que un extranjero.

El burgués es más afín de un burgués extranjero que de un trabajador de su país. El obrero es más hermano del obrero de otro país, explotado como él, que del burgués de su nación. La patria del burgués es el capital. El capitalismo es internacional. La patria del trabajador no puede ser otra, por tanto, que el trabajo, que es también internacional.

Cuando el municipio era la patria, teníamos la guerra entre municipios. Ahora que la patria es la nación, tenemos la guerra entre naciones. La patria, pues, es causante de guerras. Y de igual modo que al municipio sucedió la nación, el mundo debe sustituir a las naciones. Cuando todo el mundo sea patria no habrá más guerras.

VI

La anarquía

por Sebastián Faure

Definición y significación de la anarquía
La palabra anarquía viene del griego y está compuesta de la partícula privativa *a* y de *arquía*, mando, poder, autoridad. Étimológicamente, pues, la palabra anarquía, que debería escribirse an-*arquía*, significa estado de un pueblo, o dicho con más exactitud, de un medio social sin gobierno.

Como ideal social y como realización efectiva, anarquía quiere decir una manera de vivir en la cual el individuo, desembarazado de toda coacción legal y colectiva que tenga a su servicio una fuerza pública, no tendrá otras obligaciones que las que le imponga su propia conciencia. Poseerá, por tanto, la facultad de entregarse a las inspiraciones reflexivas de su iniciativa personal; gozará del derecho

de intentar todas las experiencias que le parezcan deseables o fecundas; aceptará libremente todos los contratos que le liguen a sus semejantes, siempre de carácter temporal y revocables; y no queriendo hacer sufrir a nadie su autoridad, se resistirá a sufrir la autoridad de otro, sea quien sea. Así, dueño soberano de sí mismo, de la dirección que dé a su vida, de la utilización que haga de sus facultades, de sus conocimientos, de su actividad productora, de sus relaciones de simpatía, de amistad y de amor, el individuo organizará su existencia como mejor le parezca: desarrollándose en todos los sentidos a su manera, gozando, en todo, de su plena y entera libertad, sin más límites que los señalados por la libertad, plena y entera también, de los demás individuos.

Esta manera de vivir implica un régimen social del que está desterrada, de hecho y de derecho, toda idea de salario y asalariado, de capitalista y proletario, de amo y servidor, de gobernante y gobernado.

Se explica que, definida así la palabra anarquía, haya sido, con el tiempo, insidiosamente desviada de su significación exacta; que haya sido tomada en el sentido de «desorden», y que en la mayoría de los diccionarios y enciclopedias sólo se mencione esa acepción: desorden, y sus sinónimos: caos, trastorno, confusión, etc.

Exceptuando a los anarquistas, todos los filósofos, moralistas y sociólogos, incluso los teóricos de la democracia y los doctrinarios del socialismo, afirman que sin gobierno, sin legislación, sin una fuerza represiva que asegure el respeto a la ley y castigue toda infracción de ésta, no hay, no puede haber más que desorden y criminalidad.

Ahora bien; ¿es que no se dan cuenta, moralistas y filósofos, estadistas y sociólogos, del espantoso desorden que, a pesar de la autoridad que gobierna y de la ley que reprime, reina en todas partes? ¿Tan ayunos están de sentido crítico y de espíritu de observación que no advierten que, cuanto más aumenta la *reglamentación*, y más se estrechan las mallas de la *legislación*, y más se extiende el campo de la *represión*, en mayor grado se multiplican la *inmoralidad*, la *abyección*, los *delitos* y los *crímenes*?

Es imposible que esos teóricos del «Orden» y esos profesores de «Moral» confundan *sería* y *honorablemente* lo que ellos llaman «Orden» con las atrocidades, los horrores y las monstruosidades cuyo indignante espectáculo pone ante nuestros ojos la observación diaria.

Y, si hay grados en lo imposible, mayor es aún la imposibilidad de que esos sabios doctores acudan a la virtud de la Autoridad y a la fuerza de la Ley para atenuar y hacer desaparecer a *fortiori* todas aquellas infamias.

Semejante pretensión sería pura demencia.

La ley tiene un solo objetivo: justificar primero y sancionar después todas las usurpaciones e iniquidades sobre las cuales se asienta lo que los beneficiarios de esas iniquidades y usurpaciones llaman «orden social». Los detentadores de la riqueza han cristalizado en la ley la legitimidad original de su fortuna; los detentadores del Poder han elevado a la categoría de principio inmutable y sagrado el respeto debido por las muchedumbres a los privilegiados, al Poder y a la majestad con que se aureolan. Se puede examinar hasta el fondo el conjunto de esos monumentos de hipocresía y de violencia que son los *Códigos*, *todos los Códigos*; no se hallará una disposición que no esté en favor de estos dos hechos de orden histórico y circunstancial que se pretende convertir en hechos

de orden natural y fatal: la Propiedad y la Autoridad. Cedo a los hipócritas oficiales y a los profesionales del charlatanismo burgués todo lo que en la legislación se refiere a la «Moral», ya que ésta no es, ni puede ser, en un estado social basado en la Autoridad y en la Propiedad, más que la humilde servidora y la desvergonzada cómplice de aquélla y de ésta.

A propósito de la palabra *Amarguía*, tomada en el sentido de *desorden*, nos parece conveniente transcribir estas magníficas palabras de Kropotkin:

«¿De qué orden se trata? ¿Es de la armonía que soñamos los anarquistas? ¿De la armonía que se establecerá libremente en las relaciones humanas cuando la humanidad deje de estar dividida en dos clases, una de las cuales es sacrificada en provecho de la otra? ¿De la armonía que surgirá espontáneamente de la solidaridad de intereses, cuando todos los hombres formen una sola familia, y todos para el bienestar de cada uno? ¡Claro que no! Los que tachan a la Anarquía de ser la negación del Orden, no hablan de esta armonía del porvenir; hablan del orden tal como se le concede en nuestra sociedad actual. Veamos, pues, lo que es ese «Orden» que la Anarquía quiere destruir.

»El Orden de ahora, lo que se entiende por «Orden», es que las nueve décimas partes de la humanidad trabajen para procurar el lujo, los goces y la satisfacción de las pasiones más execrables a un puñado de haraganes. El Orden es la privación, para esas nueve décimas partes, de todo lo que es condición necesaria para una vida higiénica, para un desenvolvimiento racional de las cualidades intelectuales. Reducir a nueve décimas partes de la humanidad a vivir al día, como bestias de carga, sin poder atreverse a pensar jamás en los goces suministrados al hombre por el estudio de las ciencias, por la creación artística: ¡he ahí «el Orden»!

»El Orden es la miseria, el hambre convertida en estado normal de la sociedad. Es el campesino irlandés muriendo de hambre; es el pueblo de Italia reducido a tener que abandonar su campiña injuriante para vagar a través de Europa en busca de un túnel cualquiera que perforar, en donde correrá el peligro de morir aplastado, tras haber subsistido unos meses más; es la tierra arrebatada al campesino para dedicarla a la cría de ganado o de caza, que servirá de alimento a los ricos; es la tierra dejada sin cultivar antes que restituiría al que no pide otra cosa que cultivarla.

»El Orden es la mujer que se vende para sustentar a sus hijos; es el niño reducido a estar encerrado en una fábrica o a morir de inanición; es el fantasma del obrero rebelde ante las puertas del rico, el fantasma del pueblo sublevado ante las puertas de los gobernantes.

»El Orden es una minoría ínfima elevada a los sitios gubernamentales, que se impone, por esta razón, a la mayoría, y que adiestra a sus hijos para ejercer más tarde las mismas funciones, a fin de mantener los mismos privilegios por la astucia, la corrupción, la fuerza y la matanza.

»El Orden es la guerra continua de hombre a hombre, de oficio a oficio, de clase a clase, de nación a nación; es el cañón que no cesa de retumbar; es la devastación de las campiñas, el sacrificio de generaciones enteras sobre los campos de batalla, la destrucción en un año de las riquezas acumuladas durante siglos de rudo trabajo.

»El Orden es la servidumbre, el encadenamiento del pensamiento, el envilecimiento de la raza humana, sometida por el hierro y por el látigo; es la muerte repentina por el grisú, la muerte lenta por el hundimiento, que hace perecer todos los años, enterrados y destrozados, a millares de mineros, víctimas de la avaricia de los patronos; es la persecución, bayoneta en ristre, de los que se atreven a quejarse. ¡He ahí el Orden!»

Y, para dar mayor fuerza a su pensamiento, Kropotkin continúa en estos términos:

«Y el desorden, lo que suelen llamar desorden, es el levantamiento del pueblo contra ese orden inoble, rompiendo sus cadenas, destruyendo sus trabas y yendo hacia un porvenir mejor; es lo más glorioso que la humanidad tiene en su historia; es la rebelión del pensamiento en la víspera de las revoluciones; es el derrocamiento de las hipótesis sancionadas por la inmovilidad de los siglos precedentes; es la aparición de todo un raudal de ideas nuevas, de invenciones audaces; es la solución de los problemas de la ciencia.

»El desorden es la abolición de la esclavitud antigua; es la insurrección de los municipios, la abolición de la servidumbre feudal, las tentativas de abolición de la servidumbre económica.

»El desorden es la insurrección de los campesinos sublevados contra los curas y los señores, quemando los castillos para dejar sitio a las cabañas, saliendo de sus guardias para ocupar un sitio al sol.

»El desorden, lo que llaman el desorden, son las épocas durante las cuales generaciones enteras soportan una lucha incesante y se sacrifican para preparar a la humanidad una existencia mejor, librándola de las servidumbres del pasado. Son las épocas durante las cuales el genio popular cobra su libre desarrollo y da, en pocos años, pasos gigantescos, sin los cuales el hombre permanecería en el estado de esclavo antiguo, de ser rastro, de animal envilecido en la miseria.

»El desorden es el nacimiento de las más bellas pasiones y de las mayores abnegaciones; es la epopeya del supremo amor a la humanidad.»

Orden y orden Juan Guillermo Collins, el funda-

dor del socialismo racional, ha expuesto, en sus múltiples producciones, que el Orden es indiscutiblemente necesario a la vida de los hombres agrupados en sociedad. Ahora bien, dice (resumo aquí lo esencial de su doctrina), el Orden no puede basarse más que en la fuerza o la razón. Si se basa en la fuerza, sólo puede mantenerse por la violencia sistemática y gubernamentalmente organizada. Si se basa en la razón, halla su punto de apoyo en la aquiescencia voluntaria y reflexiva de todos. En el primer caso, el Orden, sinónimo de injusticia y de desigualdad, es inestable, frágil, efímero; está constantemente expuesto a ser perturbado por el descontento y la insurrección de la muchedumbre a la que pretende imponerse; y entonces el Orden no se concibe sino bajo la forma del policía y del verdugo. Mas si se basa sobre el granto de la razón, madre de la justicia y de la igualdad, el Orden llega a ser de una sorprendente estabilidad: los cambios, las transformaciones traídas al régimen social no hacen más que fortalecer su poder, puesto que esos progresos y mejoras son el resultado de un esfuerzo nuevo hacia un resplandecimiento más fecundo de la razón misma.

Los anarquistas se expresan de un modo casi idéntico. Dicen que el orden social no puede apoyarse más que en la violencia o la armonía. Si se apoya en la violencia, es evidente que dimana—sea cual fuere en sus detalles—del principio de autoridad, y que encarna en la institución gubernamental proclamada necesaria. Si, por el contrario, se apoya en la armonía, excusado es decir que procede—sea cual fuere en sus detalles—del principio de libertad, y que la organización del orden social así concebido y realizado rechaza implacablemente todo organismo central: Poder, Gobierno, Estado, que engendra e implica fatalmente la violencia.

Justificación del En ciencia, cuando después de haber recorrido con perseverancia el ciclo de las experiencias,

anarquismo

hechas sobre la aplicación de un mismo principio, se ha demostrado y reconocido que esas experiencias no han llevado a los resultados que se esperaban; cuando por la acumulación de estos reiterados fracasos se ha establecido que principio, método y resultados se excluyen; en ciencia, digo, es usual y corriente condenar, en tales condiciones, el método aplicado y el principio del cual aquél no es más que la realización práctica. Ahora bien; he aquí que hace siglos y siglos que, para organizar y asegurar la armonía social, los pensadores, teóricos y doctrinarios fieles al principio de autoridad aplican, en el dominio social, todos los métodos de gobierno posibles e imaginables. Puede decirse que no han olvidado ninguno: aristocracia, democracia, oligarquía, plutocracia, poder absoluto, poder

constitucional, monarquía, república, dictadura, cesarismo; la historia atestigüa que se han experimentado todas las formas gubernamentales. El resultado constante de esos experimentos ha sido el embrollo, el desorden, los antagonismos, las guerras, los crímenes de toda clase, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Pues bien; lejos de condenar el principio de autoridad y de renunciar a los métodos de aplicación que de él se derivan, nuestros ámos—es bien fácil comprender por qué—se obstinan en afirmar que es necesario aquel principio y que son excelentes estos métodos.

Esto es sencillamente una aberración. Sólo los anarquistas se alzan contra esa incurable locura. Sólo ellos afirman que, no habiendo engendrado el Gobierno, el Estado, la Autoridad, desde que existen, en todos los países del mundo, a pesar de los cambios de forma y de nombre, de la transformación de las constituciones y de los regímenes, más que confusión, sufrimiento, miseria, guerras y desórdenes, la más elemental cordura exige que se renuncie a esperar de ellos lo que no pueden producir, y que se intente lealmente el ensayo de una organización social sin Gobierno, sin Estado y sin Autoridad; es decir, el ensayo de una sociedad anarquista.

Utilidad de toda oposición al anarquismo

Como puede verse, el concepto anarquista no es fruto de generación espontánea. No ha nacido súbitamente y como por arte de birlibirboque de una hipótesis que

surge sin que nada la haya suscitado, de una inspiración repentina, pueril o genial. Este concepto flunde sus raíces en el suelo profundo de la Historia, de la experiencia y de la razón. Y estas raíces son ya indestructibles. Todavía les es posible a los ámos cortarlas a medida que rasgan la corteza de los prejuicios que las cubren y les impiden mostrarse a los ojos de todos; pero no por eso dejan de persistir en desarrollarse, robusteciéndose y extendiéndose en las entrañas del viejo mundo de opresión, de ignorancia, de miseria, de odio y de fealdad.

La doctrina anarquista se resume en una palabra: libertad

La Anarquía no es una religión; no tiene por punto de partida ninguna *revelación*; no conoce afirmación dogmática alguna; no podía el *apriorismo*; no admite la idea sin prueba.

Es a la vez una doctrina y una vida: doctrina que se inspira en la evolución constante de los acuerdos individuales y colectivos que constituyen la vida misma de las personas y de las colectividades; vida que tiene en cuenta esa transformación incesante y se refleja en la doctrina.

Es una doctrina porque la historia, la experiencia y la razón nos han mostrado ciertas verdades cuya exactitud, confirmada por la observación y el examen escrupulosamente imparcial de los hechos, no es ya discutible. Esas mismas verdades son concordantes; no sólo no se combaten, sino que incluso se unen, se apoyan mutuamente, se encadenan. Ya fuertes y resistentes por sí mismas, cada una de esas verdades toma a las demás—próximas o distantes—un aumento de fuerza y de resistencia. Este conjunto de certidumbres es lo que forma y cimienta la doctrina, sobre cuyo fondo mismo todas las tendencias anarquistas, aunque numerosas, son unánimes e inseparables.

De esta doctrina se desprenden cierto número de principios directores que, aplicados a la vida, determinan el medio social que quieren instaurar los anarquistas.

Así, pues, por una parte es el estudio, la observación de la vida individual y social, lo que nos aporta las verdades y certidumbres sobre las cuales se edifica nuestra doctrina anarquista; y por otra parte, son los principios directores los que, procediendo de esta doctrina, deben presidir a la organización de la vida individual y social que nosotros llamamos «la Anarquía».

La doctrina parte del individuo que vive en sociedad: he ahí el aspecto teórico de la Anarquía. Después, como regla de vida, la Anarquía parte de la doctrina y determina el medio social y sus innumerables conventos: he ahí el aspecto práctico de la Anarquía.

Desde el punto de vista social, la Anarquía se resume en dos palabras: *Libre acuerdo*. Si esta fórmula parece demasiado breve, si se quiere que sea más explícita, diré, para que gane en claridad y precisión: *Libertad por el acuerdo*, o mejor aún: *Libertad de cada uno por el acuerdo entre todos*. La *libertad* es el alfa y omega, es decir, el punto inicial y el punto final de la teoría: el *libre acuerdo* es el principio y el fin de la práctica. Dicho de otro modo: La *libertad* es la doctrina; el *acuerdo* es la vida.

Pero esto requiere más explicaciones. He aquí la demostración que se impone:

Todos los filósofos y sociólogos que han estudiado sería e imparcialmente la naturaleza humana, han comprobado que todas las aspiraciones, todos los deseos, todos los anhelos, todos los movimientos, todas las actividades del individuo tienen por objeto la satisfacción de una o varias necesidades. No hace falta, por lo demás, haberse entregado a profundos estudios filosóficos, biológicos o sociológicos para llegar a esta comprobación. Cualquiera de nosotros puede hacerla si se lo propone.

A esa primera comprobación hay que añadir la siguiente: que la satisfacción de una necesidad

proporciona al que la siente una sensación de placer, mientras que la no satisfacción de esa necesidad le causa una sensación de pena.

Esta segunda comprobación es también una de las muchas que cualquiera de nosotros puede hacer y que no deja lugar a dudas.

De estas dos comprobaciones, de las que la segunda no es más que la consecuencia lógica de la primera, sacamos por conclusión que el individuo, al buscar la satisfacción de sus necesidades, tiene por mira el placer que encuentra, y en consecuencia afirmamos que el hombre busca la dicha.

La persecución de la dicha se convierte, pues, en el objetivo preciso al cual tiende el ser viviente.

Henos aquí llegados a un punto importante, que consideramos como fundamental de la Anarquía.

El ser humano no vive en el aislamiento, sino que se agrupa con los seres de su especie: vive en sociedad. Esto nos conduce a pasar de lo *individual* a lo *social*. Si el individuo se agrupa, lo hace, en primer lugar, porque ello está dentro de su naturaleza y porque experimenta esta necesidad; en segundo lugar, porque instintivamente trata de aumentar su felicidad mediante el apoyo y la protección que espera encontrar en sus semejantes.

De ahí esta conclusión: la agrupación en sociedad tiene por objeto aumentar la felicidad de los que la constituyen. En otros términos: lo *social* debe contribuir a que el individuo se acerque al logro de su objetivo: la felicidad. Por consiguiente, la razón de ser de lo que se llama sociedad no es otra que la de asegurar la felicidad de sus miembros.

Henos ya en posesión de un segundo punto importante, fundamental de la Anarquía.

Dirijamos ahora una rápida mirada hacia atrás, tanto para ver el camino recorrido por nuestro razonamiento como para soldar fuertemente las dos comprobaciones que llevamos hechas.

Primera comprobación: el individuo busca la felicidad por la satisfacción de sus necesidades. Segunda comprobación: la sociedad tiene por objeto asegurar y aumentar la felicidad de todos sus miembros. Luego la felicidad del individuo es la finalidad de la vida individual, y la felicidad de todos los individuos es la finalidad de la vida social.

Así llego a la tercera de las comprobaciones que, ligadas entre sí, conducen a la primera de las certidumbres sobre las cuales descansa la doctrina anarquista.

De todas las formas de sociedad, la peor es forzosamente la que más se aleja del objetivo por alcanzar: la felicidad de los individuos que la componen. De todas las formas de sociedad, la mejor es forzosamente la que más se aproxima a aquel objetivo. La sociedad más criminal es aquella en que la proporción de los desgraciados es más efe-

vada, y la sociedad ideal es aquella en que serán dichosos cuantos la compongan. El progreso social, el progreso verdadero, positivo, indiscutible, no es, no puede ser otra cosa que la ascensión gradual hacia esta sociedad ideal. Tal es nuestra tercera comprobación.

Como hace un momento, volvamos sobre nuestros pasos, o, mejor dicho, detengámonos y formemos un haz con las tres comprobaciones adquiridas:

Primera: El individuo busca la felicidad.

Segunda: La sociedad tiene por objeto procurársela.

Tercera: La mejor sociedad es la que más se acerca a este objeto.

¶ Henos ya, aquí, la primera de nuestras certidumbres.

Busquemos la segunda, planteándonos esta cuestión: las múltiples formas de sociedad que se han sucedido hasta hoy, ¿han respondido al fin que debe asignarse la agrupación social: la felicidad de todos sus miembros?

Aquí entra la Historia en escena: la Historia, que nos ofrece las enseñanzas del pasado.

Nos es preciso, pues, consultar la Historia. Esta nos suministra, apoyándola en la más abundante y auténtica documentación, la prueba de que la inmensa mayoría de los individuos ha sido, y es, desgraciada.

Me parece que, sobre este punto, no tengo que insistir. Así, pues, prosigo y planteo dos *por qué*s ligados entre sí.

a) ¿Por qué han sido desgraciados los individuos? Porque casi todos ellos estaban privados de la facultad de satisfacer sus necesidades.

b) ¿Por qué estaban privados de esta facultad? Porque desde hacía siglos y siglos unos cuantos hombres se habían apoderado de todas las riquezas y de todas las fuentes de éstas, en detrimento de los demás hombres. Porque esos poseedores dictaron leyes destinadas a legitimar, a consolidar sus explotaciones. Porque organizaron un Poder y unas fuerzas cuya misión era someter a los despojados, impedir que se sublevarasen y, en caso de rebelión, castigarles. Porque los poseedores y amos inventaron unas religiones cuyo fin era imponer a los desposeídos y sojuzgados la sumisión a las leyes, el respeto a los amos y la resignación a su propio infortunio. Porque ese acaparamiento de la riqueza, esa legislación, ese Poder y esa religión se coligaron poderosamente contra la multitud de los explotados y de los oprimidos, privados así de la facultad de comer según su apetito, de hablar, de escribir, de agruparse a su capricho, de pensar y de obrar libremente. Porque la Propiedad era la autoridad de una clase sobre las cosas; el Estado, la autoridad sobre los cuerpos; la Ley, la autoridad sobre las conciencias, y la Religión, la

autoridad sobre los espíritus y los corazones. Por que todos aquellos que no pertenecían a la clase dominante, en cuyas manos estaban reunidos el Capital, el Estado, la Ley y la Religión, formaban una clase innumerable de pobres, de súbditos, de sometidos a jurisdicción y de resignados. Porque, física, intelectual y moralmente, esa multitud estaba reducida a la esclavitud. Porque, en una palabra, esa multitud *no era libre*.

Esta clase no poseía ayer, ni posee hoy, *la libertad* de satisfacer las necesidades de su cuerpo, de su espíritu y de su corazón; por eso ha sido y sigue siendo desgraciada.

He ahí lo que, consultadas leal, atenta e imparcialmente, responden la Historia y la Experiencia. Ambas atestiguan que, en el seno de las sociedades pasadas, la clase más numerosa era desgraciada *porque no era libre*; y que lo mismo acontece en nuestros días.

La causa de todo el mal ha sido, pues, y lo sigue siendo, la autoridad bajo todas sus formas, formas que ya he enumerado. El remedio consiste, por tanto, en romper todos los resortes de esa autoridad: Capital, Estado, Ley, Religión, y en fundar una sociedad enteramente nuevo basada en la Libertad.

He ahí nuestra segunda certidumbre. Enlazándola a la primera, vamos a ver toda la doctrina.

Primera certidumbre: El hombre busca la felicidad; la sociedad tiene por objeto asegurársela: la mejor forma de sociedad es aquella que más se acerca a este objeto.

Segunda certidumbre: El hombre es feliz en la medida que es *libre* de satisfacer sus necesidades; la peor de las sociedades es aquella en que el hombre tiene menos libertad; la mejor es, en consecuencia, aquella en la cual tiene más libertad. La sociedad ideal será aquella en que el hombre sea completamente libre.

En conclusión: la doctrina anarquista se resume en una sola palabra: Libertad.

Cómo se realiza— Pero he dicho que la Anarquía *zará la anarquía* es: primero, una Doctrina; segundo, una Vida. Vamos a pasar ahora de la primera a la segunda, de la teoría a la práctica, del principio a la realización, de la Doctrina que inspira e impulsa a la Vida que realiza.

De cuanto llevamos dicho se desprende que el nacimiento de la Anarquía (estado social sin Gobierno, sin Estado, sin Autoridad, sin violencia) no puede ser sino consecutivo a la muerte del estado social actual.

Aquí comienza la segunda parte de mi demostración.

La Historia, la Experiencia y el Razonamiento, esas tres abundantes fuentes de las que el hombre

extrae todas las verdades útiles, nos han llevado a la condenación inapelable de todas las sociedades que practican el régimen de la autoridad y a la necesidad de instituir sobre la Libertad el medio social.

Me imagino, pues, hecha la revolución: la autoridad ha sido reducida a cenizas; se trata, ya, de *vivir en libertad*. Hemos destruído; nos es preciso reconstruir. ¿Qué haremos?

Los semioccos (no puedo, si son sinceros, calificarlos de otro modo) piensan todavía en un accoplamiento singular de los dos principios contradictorios de Libertad y Autoridad. Sueñan aún con asentar la libertad de todos sobre la autoridad de unos pocos, ¡ como si la Autoridad pudiese dar origen a la Libertad y favorecer su desarrollo! Los anarquistas combaten este absurdo con una lógica implacable y una energía indómita. Se yerguen contra toda tentativa de restauración autoritaria; se oponen a todo ensayo de resurrección del Poder, sea en la forma que fuere. Acaban por triunfar sobre sus adversarios y rompen sus últimas resistencias. Es el período, más o menos largo, durante el cual el deber más apremiante y la necesidad más imperiosa son defender la revolución libertaria victoriosa contra las reacciones ofensivas de los mantenedores de la autoridad, incluso de la que los anarquistas consideran como la más intolerable, más absurda y más peligrosa: la dictadura del proletariado.

Los defensores de la revolución estiman, en fin, que dos cosas contradictorias no pueden engendrarse mutuamente, puesto que se excluyen, y que, por consiguiente, así como la autoridad social no puede conducir a la libertad individual, del mismo modo de la libertad individual no puede salir la autoridad social.

La quiebra y la abolición del principio de autoridad se hallan bien definitivamente establecidas. No se trata ya sino de dar al principio de libertad una realidad viva y fecunda.

Sigamos con ahinco el problema y no perdamos de vista que suponemos la autoridad gubernamental destrozada por la revolución triunfante: he ahí al individuo desembarazado de sus cadenas; se ha convertido en un ser libre, es decir, está en posesión de la facultad de satisfacer sus necesidades y, por consiguiente, de ser feliz.

Pero como es un sér sociable que vive entre sus semejantes y participa de la vida común, hay que precisar lo que habrá de dar a sus iguales y lo que deberá recibir de ellos; en qué condiciones y en qué medida colaborará a la satisfacción de las necesidades experimentadas por todos y obtendrá, en cambio, la satisfacción de las suyas.

El problema se impone, imperioso y urgente. ¿Cómo resolverlo? No hay que pensar en recurrir a la fuerza, a la violencia, a la sujeción, for-

mas diversas de la autoridad, sino a la dulzura, a la persuasión, a la razón, formas múltiples de la Libertad.

Fijémonos en la razón. Ante todo, es preciso que ésta se imponga por sí misma, en virtud de su propia fuerza; por el único ascendiente de su prestigio, y no por amenazas o sanciones.

Entonces se indagará, se experimentarán, se com- pulsarán, se examinarán los resultados de los diversos métodos de aplicación. Aparece el acuerdo, se muestra, se recomienda por sus resultados y con- quista los sufragios.

Ahí está, elocuente y demostrativo, el ejemplo de la Naturaleza. Todo en ella es armonía por acuerdo libre y espontáneo, por afinidades y ca- racteres comunes entre individuos o unidades de la misma especie; las infinitamente pequeñas, como partículas de polvo, se buscan, se atraen, se aglomeran y forman organismos; estos orga- nismos se buscan, se atraen, se aglomeran y for- man organismos cada vez más vastos.

Se hace la prueba de este método tomado del orden natural, una prueba leal y realmente con- dicionada. Se repite el ensayo: los resultados, aplicados al orden social, son satisfactorios. Se extiende el ensayo, se aplica a masas crecientes: sale vencedor de esta prueba, triunfa, queda fi- nalmente adoptado.

Este es el método del acuerdo libre y espontá- neo. La unidad más pequeña: el individuo, bus- ca, atrae a las demás, se aglomera con ellas y así se forman los municipios. Los municipios, a su vez, se buscan, se atraen, se aglomeran y forman un organismo más extenso: la región. Las regiones, a su vez, se buscan, se atraen, se aglomeran y forman un organismo más vasto aún y más com- plejo: la nación.

Acuerdo entre los individuos y las familias que constituyen el organismo municipal; acuerdo en- tre los municipios que constituyen el organismo regional; acuerdo entre las regiones que cons- tituyen el organismo nacional; acuerdo de abajo arriba, acuerdo en todos los grados, acuerdo en todas partes.

Los pueblos que viven en comunismo libertario se buscan, se atraen, se aglomeran y forman un organismo más vasto aún que la nación. El día en que todas las naciones vivan en comunismo liber- tario, se buscarán necesariamente, se atraerán fa- talmente, se aglutinarán y formarán un inmenso organismo internacional que las englobe a todas. Ésta será la realización mundial de la *libertad de cada uno por el acuerdo entre todos*.

Porque, lo que no hay que perder de vista, es que la organización central no es ya, como antes, el organismo más vasto, que por vía de absorción o de anexión, de violencia o de guerra, acarrea la comprensión de los organismos intermediarios y de

los núcleos para llegar al aplastamiento de las moléculas individuales. Todo lo contrario: la molécula individual es la que, por vía de acuerdo y de extensión o desarrollo, se une a las molé- culas más próximas y forman núcleo con ellas; Ine- go, pasando por organismos cada vez mayores y ensanchándose continuamente, el círculo del acue- rdo reúne, en una vida cada vez más intensa, fe- cunda y feliz, la totalidad de las moléculas indi- viduales.

He ahí la imagen de la vida comunista liberta- ria, de la Anarquía, de la *libertad de cada uno por el acuerdo entre todos*.

**Solo en anar-
quia es libre
el individuo**

La Anarquía es de base indivi- dualista. Los gobiernos, las reli- giones, las patrias, las morales, tienen este rasgo común: que en

su nombre e interés—llamado «superior»—se han olvidado, violentado e inmolido los verdaderos in- tereses del individuo. Los gobiernos comprimen, oprimen y estrujan al individuo; las religiones le privan de la facultad de pensar libremente y de razonar cuerdamente; las patrias le precipitan, de grado o por fuerza, en las matanzas guerreras; las morales hacen pesar sobre él las más necias obli- gaciones y los deberes más opuestos a su expan- sión natural y a la vida normal. Por la ignorancia y la cobardía, mediante la violencia y la represión, todas esas instituciones autoritarias crean en las muchedumbres las mentalidades de esclavos y los hábitos gregarios de que las clases dominantes tienen necesidad para perpetuar el régimen del cual son ellas las exclusivas e insolentes beneficia- rias. *La Anarquía* se propone sustraer a todos los seres humanos a esa multitud de violencias físi- cas, intelectuales y morales de que son víctimas. Niega a la sociedad el derecho de disponer sober- ranamente de aquellos que la componen. Declara que este término vago: «la sociedad», no responde a nada fuera de los individuos, que son los únicos que le dan una realidad viva y concreta. Certifica que sin el individuo, unidad tangible, palpable, la sociedad sería un total inexistente y una expre- sión desprovista de toda significación positiva. Es- tas aserciones son de una exactitud tan palmaria, que se sienta cierta vergüenza al formularlas, con la aprensión de verse acusado de querer empujar puertas abiertas.

Pero hay que guardarse bien de creer que, si la *Anarquía* es de base individualista, se ha de de- ducir de ahí que condena al individuo al aislamien- to y rompe los lazos de todo género que le unen a sus semejantes.

Lo cierto es precisamente lo contrario, y no es posible concebir un medio social en el cual sean más sólidas y más numerosas que en Anarquía las relaciones que unen entre sí a todos los represen-

tantes de la especie. En tanto que—y esta oposición es fundamental—, aprisionado el individuo en la red de obligaciones y construyimientos que en nombre del Estado, de la propiedad, de la religión, de la moral, de la familia, de la patria y demás... mojigangas hacen de él un esclavo, que se ve obligado a pasar por promiscuidades, asociaciones, complicidades y contratos respecto a los cuales, no habiendo sido consultado, no le ha sido, por tanto, hacedero pronunciarse, ese mismo individuo, convertido en un sér libre, tendrá en una sociedad anarquista la facultad de disponer de sí mismo en todo y para todo, sin otra obligación que la que libre y conscientemente haya contraído. Bajo un régimen autoritario, los lazos que encadenan a los individuos entre sí son rígidos, artificiales y obligatorios; en Anarquía sólo serán válidos los contratos libremente contraídos que los unan, y estos contratos serán siempre simples, naturales, libremente aceptados y libremente anulados.

Objetivo de En El Dolor Universal preciso en **la anarquía**

estos términos el fin a que tiende la Anarquía: «*Instaurar un medio social que asegure a cada individuo la mayor felicidad posible adecuada a cada época, según el progreso desenvolvimiento de la Humanidad.*»

A más de treinta y cinco años de distancia, no veo la necesidad de modificar esta proposición. Pero requiere algunas ampliaciones, y voy a examinar uno por uno sus términos.

a) **INSTAURAR.**—No digo «crear», sino «instaurar». He aquí por qué: Todo, en la Naturaleza, evoluciona sin cesar. Nada es fijo, nada está inmóvil. El individuo, como todo lo demás, se transforma continuamente; no permanece nunca idéntico a sí mismo; su hoy está hecho necesariamente de todos sus ayer y contiene, en estado potencial, todos sus mañana. El agregado humano no es, pues, más que una forma pasajera de la materia, y este mismo agregado sufre incesantemente las más diversas modificaciones.

Ahora bien; Spencer dice (*El Individuo contra el Estado*) que «la naturaleza de los agregados está necesariamente determinada por la naturaleza de las unidades componentes», de donde se deduce que, no por menos visibles, los perpetuos cambios del agregado colectivo o social son meros reales que las modificaciones del agregado individual. Compuesto de unidades en estado constante de modificación, el cuerpo social se transforma sin descanso. Su presente está hecho de todos los materiales de su pasado y contiene, en germen, todos los materiales de su porvenir.

Augusto Comte, en su *Introducción a la Metafísica*, escribe: «Cada individuo, cada pueblo, cada ciencia, y la misma Humanidad, pasan por todas las fases. Las ideas que caracterizan un período

nacen de las ideas de períodos precedentes, se desarrollan y crecen a expensas de estas ideas, y luego, a su vez, menguan insensiblemente, después de haber dado origen a las ideas del período siguiente.»

«La vida social—dice Guillermo de Greef, en *Introducción a la Sociología*, tomo I—, es decir, la correspondencia siempre completa y perfecta de sus órganos y de sus funciones en condiciones cada vez más numerosas y particulares, es una eterna metamorfosis; en esto no hace más que ajustarse a las leyes universales de la materia y de la fuerza.»

Y más adelante añade: «La sociedad es un organismo cuyo equilibrio, siempre inestable, contiene órganos y funciones que le unen al pasado, y otros que le ligan al porvenir.»

¡Notable rareza de la óptica humana! Dos fenómenos que reunidos producen ante todo en el intelecto una especie de contradicción por su apariencia antitética, ocultan a nuestros ojos el insoluble encadenamiento de los hechos, que une todas las páginas de la historia humana: es la inmensidad del camino recorrido comparada con la lentitud de la evolución social.

Es tan breve nuestra vida y tan débil nuestra vista, que no divisamos los innumerables elementos que se mueven a nuestro alrededor matando esto y dando movimiento a aquello. Creemos tener ante los ojos el espectáculo de la inmovilidad. Es esta sensación superficial del estancamiento social, o al menos de la lentitud evolutiva, lo que por un efecto, en cierto modo reflejo, contribuye a esa misma lentitud.

«Esto no cambiará nunca; en todo caso, si cambia, nosotros no lo veremos.» He ahí lo que dicen muchas gentes. Y los desheredados se resignan, conllevan su mal con paciencia, aceptan lo que miran como una especie de fatalidad. «¡No hay remedio!», exclaman, y los privilegiados se tranquilizan, se ciegan y se acorazan de indiferencia. «¡Después de nosotros, el diluvio!», se dicen.

No obstante, ¡qué incalculable serie de transformaciones, desde los toscos esbozos de las primeras aglomeraciones humanas hasta la organización tan compleja, tan metódicamente dispuesta de las sociedades modernas! El espíritu se queda estupefacto y los ojos deslumbrados ante el espectáculo grandioso de un desarrollo tan extraordinario.

Uno de los hombres que más han contribuído, en nuestra época, a la vulgarización de la idea materialista, L. Büchner, se expresa así:

«Llegará un tiempo en que la distancia entre el punto de partida y el punto de llegada se ensanchará de tal modo, que los mismos sabios del porvenir se negarán a admitir la posibilidad de un

nexo entre ellos, si los escritos y los vestigios del pasado no les ofrecen los materiales necesarios para guiarles en sus juicios.» (*Luz y Vida*, página 326.)

Me ha parecido conveniente insistir en las consideraciones que me han llevado a servirme de la expresión «instaurar» con preferencia a la de «crear», por ejemplo, y esto no sólo porque la palabra es infinitamente más exacta, sino también y sobre todo porque nos proponemos indicar, en el transcurso de este estudio, los fenómenos que empujan triunfalmente a las presentes generaciones hacia dicha instauración y los medios que conviene emplear para apresurarla. Se verá así también la distancia que separa a la Anarquía de las «utopías», construídas las más de las veces por hombres de buena fe que *presentian* de un modo notable el porvenir, pero que prescindían en absoluto, en sus concepciones respetables, de los materiales que la época ponía a su disposición.

b) UN MEDIO SOCIAL.—Estas palabras son tan claras por sí mismas, que apenas exigen explicación.

El medio social es como la síntesis de las innumerables relaciones de los individuos, de los sexos, de los grupos entre sí. Es la resultante de todas las organizaciones, instituciones y costumbres. Es una especie de ser impertonal, como la sociedad misma, constituido por las relaciones de toda índole—físicas, intelectuales, morales—que entrafía la práctica de la sociabilidad.

Si existe hoy una teoría fuera de todo debate y espléndidamente esclarecida por los naturalistas, seguramente es la de «la adaptación del ser al medio».

No cabe duda de que, en el mundo físico, el medio ejerce una influencia decisiva sobre todo y sobre todos; ¿quién se atrevería a afirmar que en el mundo psíquico no acontece lo propio?

Algunos afirman que si el medio social actúa sobre el individuo, éste es capaz de reaccionar. Esta opinión es justa hasta cierto punto. Sostenen lo contrario sería reconocer a la vez, de una manera implícita, que el medio social es en cierto modo independiente de las personalidades que lo componen, lo que sería un absurdo, y que al individuo, por no poder nada sobre el medio, por ser inútil todo esfuerzo, no le queda más que cruzarse de brazos.

Ninguna doctrina sería tan peligrosa, y conviene combatirla con la mayor energía, no tanto porque sea peligrosa como porque es contraria a la verdad, a la observación.

Pero no es menos cierto que, así como la fauna y la flora toman del ambiente cósmico los elementos de su vida, y un observador atento y clarividente podría, examinando un animal o una planta, determinar las condiciones de época, de clima, de

atmósfera y de topografía, del mismo modo el individuo toma de la estructura social sus ideas, sus sentimientos, sus aspiraciones y sus costumbres.

Se comprenderá, pues, toda la importancia de ese medio social de cuyo establecimiento se trata, puesto que deberá, por decirlo así, poner su garrra en todas las manifestaciones de la vida social y privada; puesto que lo que vale el medio vale el hombre; puesto que el uno es el árbol y el otro el fruto; puesto que, en fin, tan ilógico sería pensar en transformar al individuo sin tocar al medio, como racional es prever, sin que sea necesario para ello ser profeta, que modificado el medio modificados serán también los hombres que lo compongan.

c) QUE ASÉCTRE A CADA INDIVIDUO.—Las formas sociales que se han sucedido hasta hoy, al jerarquizar las funciones y los seres, han tenido como consecuencia invariable asegurar todas las ventajas a un número más o menos restringido de éstos, en detrimento de los demás.

Ahora bien; ¿conviene tratar de invertir el orden de los factores en el sentido de favorecer a *mayor número*? La cuestión social, ¿se aplica a unos pocos, a la mayoría, o a la *universalidad* de los seres humanos?

Basta con hacer la pregunta: cada cual responda.

Yo hubiera podido escribir, en lugar de estas tres palabras: «a cada individuo», estas otras: «al pueblo»; o estas: «a la humanidad»; o estas: «al proletariado»; o estas, en fin: «a todos». Pero desconfío de las expresiones demasiado generales. La experiencia me ha enseñado que ocultan casi siempre una trampa, o que al menos pueden ocultarla.

¡Pobre «pueblo», pobre «humanidad», pobre «todo el mundo»! ¡Se ha usado y abusado tanto de vosotros para mejor disimular las vergonzosas combinaciones de los gobiernos y de las clases!

Hay multitud de ficciones que, por un juego de espejos sabiamente dispuestos, dan la ilusión de la realidad; tal, por ejemplo, la igualdad de todos ante la ley. Basta pasar por detrás de los espejos para descubrir el «truco».

La expresión «cada individuo» tiene la ventaja de cortar de raíz toda interpretación ambigua y de dejar bien sentado que el problema social no tiene por objeto esta fórmula un tanto vaga: «la felicidad común», sino está otra, bastante más significativa y exacta: «la felicidad de cada individuo».

¡Sí; que ni un solo niño, ni un solo adulto, ni un solo anciano, ni un solo hombre, ni una sola mujer, ni un solo ser humano, en fin, pueda ser privado de la más mínima parte del goce que implica el derecho a la existencia en su integridad. Tal es el problema que estudia y debe resolver el pensador atormentado por la cuestión social.

Ni uno solo, digo, porque bastaría desconocer el

derecho de uno solo para que el derecho de los demás se viera amenazado ; porque, a pesar de las apariencias, para que se realicen y mantengan en el cuerpo social el equilibrio y la buena salud, es necesario que entre todas sus partes exista una solidaridad tan extremada que, si un órgano, uno solo, no recibe su parte de vida, el mal se apodera gradualmente del organismo entero, haciéndole resentirse, debilitarse y languidecer.

Resuelto para todos, excepto para uno solo, el problema social se refugiaría en este último, el cual, protesta viviente, se alzaría contra los demás y su voz, que no tardaría en ser oída, se elevaría, discordante, en el seno del armonioso concierto que debe formar una sociedad compuesta de seres dichosos, libres y fraternales.

d) LA MAYOR FERICIDAD POSIBLE.—El espectáculo de los infortunios más o menos inmerecidos, de las miserias más o menos injustificadas, ha incitado siempre a los filósofos, a los pensadores y a los moralistas a indagar las causas de tales sufrimientos para combatir sus efectos.

Disminuir la cuantía de los dolores humanos, atenuar las desigualdades demasiado ostensibles, mejorar las condiciones de la vida ; en otros términos : buscar la felicidad universal, ha sido en todo tiempo el objeto de todos los planes, de todos los sistemas de renovación social.

Con respecto a este punto, todos los que se han ocupado de la cuestión se muestran unánimes. Podría citarlos a centenares, pero me limitaré a unos pocos.

Prescindo de todos los autores antiguos, para dejar a los modernos un sitio más amplio en estas citas, que no quiero multiplicar a fin de no cansar al lector :

«El objeto de la sociedad es el bien de sus miembros» (Grocio). «La sociedad está obligada a hacer cómoda la vida de todos» (Bossuet). «El verdadero fin de la sociedad es la felicidad duradera de todos sus miembros» (Mably). «¿Cuál es el objeto de la ciencia de la moral? No puede ser otro que la felicidad general. Si se exigen virtudes a los particulares, es porque las virtudes de los miembros hacen la felicidad del todo» (Helvicio. *Del hombre. Su educación*). «Buscar la dicha haciendo el bien, ejercitándose en el conocimiento de la verdad, no perdiendo nunca de vista que no hay más que una sola virtud : la justicia, y un solo deber : hacerse feliz» (Diderot). «El objeto de la sociedad es la felicidad común» (*Declaración de los Derechos del Hombre*, art. 1.º). «El fin de la Revolución es acabar con la desigualdad y establecer la felicidad común» (*Conspiración bobinista. Base de la República de los Iguales*, art. 10) «¿Que la infinita variedad de deseos, de sentimientos y de inclinaciones se reúna en una sola voluntad ; que no nueva a los hombres sino hacia un objetivo único :

la felicidad común !» (Morelly. *La Basiliada*). «El placer sin igual será el de fundar la felicidad pública. No sé si me engaño en mis anhelos ; pero pienso que algún día se podrá extraer de todos los cuerpos un principio nutritivo ; entonces le será tan fácil al hombre alimentarse como saciar la sed en el agua de un río. ¿Qué será entonces de los combates del orgullo, la ambición y la avaricia? ¿Qué de todas las crueles instituciones de los grandes imperios? Un alimento fácil, abundante, a disposición del hombre, será la prenda de su tranquilidad y de su virtud» (Mercier. *El cuadro de París*).

«Si la primera voz de la Naturaleza nos dice que debemos desear nuestra propia felicidad, las voces unidas de la prudencia y de la benevolencia se hacen oír y nos dicen : «Buscad vuestra felicidad en la felicidad ajena.» Si cada hombre, obrando con conocimiento de causa en su interés individual, obtuviera la mayor suma de dicha posible, entonces la humanidad llegaría a la suprema felicidad y el objetivo de toda moral, la dicha universal, sería alcanzado» (Bentham). «El principio general con el cual deberían estar de acuerdo todas las reglas de la práctica no es otro que la felicidad del género humano y de todos los seres sensibles» (J. S. Mill).

«La sociedad debe estar organizada de tal modo (y este caso, desgraciadamente, no es frecuente hoy) que la felicidad de unos no tenga su origen en la ruina de los demás, sino que cada individuo halle su bien en el de la colectividad, siendo el bien de la colectividad la resultante del bien del individuo» (L. Büchner. *Fuerza y Materia*). «El problema de la felicidad universal, por efecto de la solidaridad cada vez mayor, está dominado hoy más que nunca por el problema de la felicidad social. Ya no son sólo nuestros dolores presentes y personales, sino los de la humanidad venidera los que se convierten para nosotros en motivo de inquietudes» (Guyau. *La irreligión del porvenir*). «El ideal puro sería que la totalidad universal de los seres fuese una sociedad consciente, unida, dichosa» (Alfredo Fouillée. *Crítica de los sistemas de moral contemporánea*). «La máxima felicidad del mayor número por medio de la ciencia, de la justicia, de la bondad, del perfeccionamiento moral ; no podría hallarse más amplio ni más humano motivo de ética» (Benito Malón. *Socialismo integral*).

Basta de citas. Podría añadir la autorizada opinión de todos los sociólogos contemporáneos, incluso los burgueses ; mas, ¿para qué? La causa está clara : todos, absolutamente todos, proclaman, de acuerdo con la Declaración de los Derechos del Hombre, que «el fin» de la sociedad es la «felicidad común».

Es, quizá, el único punto sobre el que existe unanimidad ; pero se reconocerá que es de importancia, y yo quiero sacar inmediatamente dos conclusiones, sobre las cuales llamo particularmente

la atención. La primera es la condenación implícita de la organización social que nos rige: puesto que esta organización acumula en manos de una minoría privilegiada poder, riquezas, saber, goces, y condena a la inmensa mayoría a la servidumbre, a las privaciones, a la ignorancia y al dolor, es evidente que *vuelve la espalda al fin* hacia el cual tiene por misión tender toda sociedad equitativa y racional, y que, por consiguiente, debe sucumbir. La segunda conclusión es que, de todas las doctrinas sociales que se disputan la sucesión de lo que ha de desaparecer, la única que se dirige resueltamente y sin rodeos hacia aquel fin, es la que preconizan las teorías anarquistas, porque siendo la *única* que hace cesar las desigualdades, las guerras y las violencias, la *única* que asegura a cada individuo toda la suma de libertad y de bienestar que lleva consigo el desarrollo progresivo de la humanidad, es la *única* que realiza el deseo claro y unánimemente expresado: la felicidad común.

e) ADECUADA A CADA ÉPOCA, SEGÚN EL DESARROLLO PROGRESIVO DE LA HUMANIDAD.—Una sola barrera hay ahí, limitando las satisfacciones que los individuos se hallan en estado de disfrutar. Esta barrera es la de las posibilidades, es decir, la que separa los bienes adquiridos de los que están aún por adquirir, los goces («posibles») para las generaciones actuales de los goces a los cuales aspiran nuestros descendientes y que no dejarán de realizarse, tarde o temprano.

Pero esta barrera no sirve para contener o frenar los apetitos; sirve, al contrario, para excitarnos. Bajo el poderoso aleteo del deseo insaciable que nos eleva sin cesar y sin cesar nos empuja más allá, se aleja y se empequeñece insensiblemente, descubriéndonos perspectivas cada vez más deslumbradoras.

Este límite es el que marca el punto al cual han llegado en una época determinada las falanges humanas en marcha hacia las regiones cada vez más fértiles y más vastas de la felicidad.

Tal es el sentido preciso de las palabras «adecuada a cada época, según el desarrollo progresivo de la humanidad».

Está en la naturaleza de los individuos y de las sociedades, salidos hace millones de años de los organismos más rudimentarios, encaminarse hacia formas cada vez más perfeccionadas. Sumidos en tinieblas durante mucho, muchísimo tiempo, hombres y sociedades se dibujan sobre un fondo cuya tonalidad pasa poco a poco de lo sombrío a lo claro, de lo oscuro a lo luminoso. La oscuridad es el pasado: la ignorancia, el odio, la miseria; la luz es el porvenir: el saber, la fraternidad, la abundancia. No se vuelve al pasado; se va, irresistiblemente, hacia el porvenir. Loco sería quien pretendiese asignar un límite a este porvenir de espacios incommensurables. La edad de oro no está detrás

de nosotros; está delante, radiante y accesible.

La Anarquía es el hombre rompiendo las puertas del calabozo en que la autoridad le tiene encerrado; es la vía libre; es la marcha hacia la alegría de vivir, apartado todo obstáculo, rotas todas las cadenas; es el infierno cerrado y el paraíso abierto; es la especie humana cesando de destruirse mutuamente y ayudándose recíprocamente en la batalla milenaria que sostiene con la Naturaleza y con la ignorancia para librarse de los peligros y de los males que la agobian aún.

Socialismo y anarquía

Durante mucho tiempo, si no confundido, se han aproximado las tendencias y las aspiraciones del socialismo colectivista o comunista y las de la Anarquía. Esta aproximación ha tenido diversas causas. He aquí algunas:

1.º Socialismo y Anarquía se alzaban contra la sociedad burguesa. En uno y en otra, la consigna era que había, ante todo, que librarse de ésta; después, ya se vería lo que debería hacerse. Y durante muchos años, socialistas y anarquistas atacaron con igual ardimiento e igual porfía las instituciones: gobierno, propiedad, patria, religión, moral burguesa, de que unos y otros perseguían ahincadamente la ruina.

2.º Los privilegiados, a quienes interesaba sustentar y mantener esta confusión entre el Socialismo y la Anarquía, no desperdiciaban ocasión de desnaturalizar sin escrúpulo las teorías, de calumniar sin recato a los teóricos y de perseguir indistintamente a los agitadores socialistas y anarquistas. Si se revolvían contra los privilegiados, éstos les acusaban de querer establecer una sociedad en la cual, al no estar retenidos ni por un freno moral ni por una autoridad material, los apetitos desencadenados se desbordarían en el robo, el pillaje, el desenfreno, las violaciones y el asesinato. Si se dirían a los desheredados, afirmaban que anarquistas y socialistas, aquéllos abiertamente y éstos por vías indirectas, no trabajaban en pro de la revolución social sino para desposeer a los gobernantes y a los ricos, apoderarse del Poder y del dinero y disfrutar a su vez.

3.º Los propios socialistas, aun resistiéndose a ser asimilados a los anarquistas, dejaban entender de buena gana—sobre todo en período electoral, cuando mendigaban los sufragios obreros—que, en resumidas cuentas, entre el Socialismo y la Anarquía no había oposición irreductible, sino, al contrario, numerosos puntos de contacto y serias afinidades; que las divergencias residían *especialmente* (algunos llegaban a decir *únicamente*) en los problemas de la táctica que se debía emplear, pero que, a pesar de todo, y aun cuando los caminos fuesen muy diferentes, el fin era el mismo: la supresión de las clases antagónicas; la sustitución

del Estado político por un organismo de empadronamiento, destinado a asumir la administración de las cosas; el bienestar asegurado a cada uno; la libertad garantizada, a todos. Incalculable fué la masa de trabajadores que así adoctrinados, cayeron en el lazo y se dejaron alistar como electores y como afiliados a los partidos colectivista y comunista.

4.º Para decirlo todo y conformarme a la regla de imparcialidad que nos imponemos aquí, debo añadir que buen número de socialistas, al expresarse así, hablaban con sinceridad. Pero eran, y continuaron siéndolo durante mucho tiempo, poco numerosos. Los favores del sufragio (llamado universal iban a los partidos—monárquicos o republicanos—de conservadurismo social, y los militantes socialistas, con excepción de algunos jefes más clarividentes y más ambiciosos, no consideraban la lucha electoral y parlamentaria sino como un medio de propaganda y de agitación. Después... ¡Ah, después...!

Estas diversas circunstancias explican con suficiente claridad la confusión que señalo. Poco a poco, los hechos mismos se han encargado de disiparla, y hoy se ha producido la ruptura, estrepitosa y profunda, entre la Anarquía o Comunismo Libertario y el Socialismo autoritario.

Esas doctrinas han salido, unas y otras, del período de titubeos por que atraviesan fatalmente todas las ideas sociales a que sucesivamente dan origen las condiciones históricas. Actualmente, Socialismo y Anarquía forman dos movimientos completamente distintos y hasta opuestos en base, método, acción y finalidad.

Un abismo los separa: los socialistas y comunistas quieren conquistar el Estado y hacerlo servir para sus fines, en tanto que los anarquistas quieren aniquilarlo.

Entremos en algunos detalles: el Socialismo se apoya en el principio de autoridad, y en la práctica conduce lógicamente a su fortalecimiento, puesto que el Estado en poder de los socialistas tiene por misión centralizar y monopolizar el Poder político y económico.

Los partidos socialistas y comunistas de todos los países afirman, ante todo, que una sociedad no puede vivir sin el principio de autoridad, principio que declararían indispensable para la organización y el acuerdo. La libertad de cada uno, dicen, debe detenerse donde empieza la libertad de los demás. Pero en ausencia de leyes, de reglas que fijen este límite entre la libertad de cada uno y la de los demás, cada cual se sentirá naturalmente inclinado a extender su propia libertad a expensas de los otros. Esas usurpaciones representarán tantos abusos, injusticias y desigualdades, que provocarán conflictos incesantes, y a falta de una autoridad con facultad para resolverlos, sólo la fuer-

za, sólo la violencia los resolverá. Los más fuertes abusarán de su fuerza contra los más débiles, y los más astutos, los más pícaros, abusarán de su astucia contra los más sinceros y los más leales. Sentado esto, los socialistas autoritarios añaden que es insensato concebir una organización social sin leyes, sin reglamentos.

Se apoyan, sobre todo, en las necesidades de la vida económica. Si cada cual es libre de escoger su género de trabajo y de trabajar o no hacer nada, unos trabajarán mucho, otros menos y otros absolutamente nada; los perezosos, por consiguiente, se verán favorecidos en detrimento de los laboriosos. Si cada cual es libre de consumir a su capricho, sin inspección, habrá quien se instale en las habitaciones más hermosas, coja los muebles más bellos, los mejores trajes y los mejores bocados, y los demás tendrán que contentarse con lo que ellos dejen. Eso no será, no puede ser. Hacen falta leyes, reglamentos que fijen las producciones que cada uno debe llevar a cabo; en todo caso, el número de horas que debe trabajar y la parte de productos que ha de recibir. De lo contrario, vendrá el desbarajuste, la discordia, la penuria.

Los socialistas autoritarios añaden: «Si cada cual es libre de hacer lo que le plazca, todo lo que quiera y sólo lo que le convenga, vendrá el desbordamiento de las pasiones sin freno, el triunfo de todos los vicios y la impunidad de todos los crímenes.» Y deducen que la autoridad es necesaria, que es indispensable un gobierno, que son indispensables leyes y reglamentos, y en consecuencia una fuerza pública (soldados y policías) para reprimir los disturbios y detener a los culpables, tribunales para juzgarlos y sanciones para castigarlos.

Sin embargo, socialistas y comunistas, incluso los más enamorados de la noción del Estado, declaran que, sin duda alguna, llegará un día en que, habiéndose transformado gradualmente, los hombres serán conscientes, tendrán claro sentido de la responsabilidad, se harán razonables y fraternales, y entonces desaparecerá la autoridad para dejar sitio a la Anarquía, que es—lo confiesan—el Ideal más elevado, más justo, y lo consideran como el término de la evolución social.

Para acabar dicen: «Empecemos por derribar el régimen capitalista. Expropiemos primero a la burguesía y socialicemos los medios de producción, de transporte y de cambio. Organicemos el trabajo con arreglo a datos nuevos. Después, ya veremos.»

Los anarquistas replican: «La sociedad capitalista descansa sobre la Propiedad individual y el Estado. La propiedad carecería de fuerza y de valor si el Estado no estuviese ahí para defenderla. Es un grave error creer que el capital es el único agente de discordia entre los hombres que viven

en sociedad: el Poder los divide de igual modo. El Capital los separa en dos clases: los poseedores y los no poseedores. El Estado los separa asimismo en dos clases: los gobernantes y los gobernados. Los detentadores del capital abusan de su riqueza para explotar a los proletarios; los detentadores del Poder abusan de su autoridad para esclavizar al pueblo.

»Suprimir el régimen capitalista y mantener el Estado es hacer la revolución a medias e incluso no hacerla. Porque el Comunismo autoritario necesitará un ejército formidable de funcionarios en el orden legislativo, judicial y ejecutivo. La organización que preconiza el Comunismo autoritario acarreará gastos incalculables. No abolirá ni las clases ni los privilegios.

»La Revolución francesa creyó suprimir los privilegios de la nobleza, y no hizo más que transmitirlos a la burguesía. Es lo que haría el Comunismo autoritario: arrancaría a los burgueses sus privilegios y los transmitiría a los dirigentes del nuevo régimen. Estos formarían una nueva clase de privilegiados. Encargada de hacer las leyes, de elaborar los reglamentos, la multitud de funcionarios cuya ocupación fuera ésta formaría una casta aparte; no produciría nada y viviría a expensas de los que asegurasen la producción. Esto sería un enjambre de apetitos insaciables y de codicia disputándose el Poder, los mejores puestos y las más pingües sinecuras.

»Algunos años después de la revolución se repetirían las mismas discordias, las mismas desigualdades, las mismas pugnas y, finalmente, so pretexto de orden, el mismo desorden y el mismo desbarajuste que presenciarnos. No se habría hecho nada; todo volvería a estar por hacer, con la diferencia de que el régimen capitalista está descalificado, podrido y en vísperas de la bancarrota, lo que hace que se le pueda derribar sin gran esfuerzo, y el Comunismo autoritario que lo reemplazase tendería en su favor la juventud y ante sí el porvenir.

»Toda la Historia está ahí para pronunciar la condena del principio de autoridad. Bajo formas, denominaciones y rótulos diferentes, la autoridad ha sido siempre sinónimo de tiranía y de persecución. No sólo no ha protegido ni garantizado jamás la libertad, sino que siempre la ha violado, despreciado y ultrajado.

»Confiar a la autoridad el cuidado de asegurar la libertad de cada uno y de contenerla dentro de los límites de la justicia, es una pura locura.»

Y para terminar, los anarquistas dicen a los socialistas y comunistas:

«Vosotros queréis imponerlo todo por la fuerza; nosotros queremos asentarlo todo en la razón. Vosotros no creéis más que en la violencia; nosotros no tenemos confianza sino en la persuasión. Vos-

otros concebís el orden desde arriba; nosotros lo concebimos desde abajo. Vosotros pretendéis que todo sea centralizado; nosotros pretendemos que todo sea federalizado. Vosotros vais de lo com- puesto a lo simple, de lo general a lo particular, de la cantidad a la unidad, es decir, de la sociedad al individuo; nosotros, al contrario, vamos de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, de la unidad al número, es decir, del individuo, única realidad tangible, viviente, palpable, a la sociedad, total de individuos. Vosotros fundáis la libertad común en el sometimiento de cada uno; nosotros fundamos la libertad de todos en la independencia de cada uno.

»Cuando nos encontremos en condiciones de derribar la sociedad burguesa, destruiremos al mismo tiempo el Capital y el Estado. No será tarea más difícil que la de derribar al uno y no al otro, puesto que ambos se sostienen mutuamente y no forman en la actualidad más que un solo y mismo todo.

»Y puesto que reconocéis que la libertad es deseable, que el Comunismo libertario es el ideal más justo, el mejor y más seguro medio de realizar este ideal es combatir y no consolidar el principio de autoridad, que es su negación.

»*El Estado es el conjunto de instituciones políticas, legislativas, judiciales, militares, financieras, etcétera, mediante el cual se sustrae al pueblo la gestión de sus propios asuntos, la dirección de su propia conducta, el cuidado de su propia seguridad, para confiarlos a unos cuantos que, por usurpación o delegación, se encuentran investidos del derecho de hacer leyes sobre todo y para todos y de obligar al pueblo a acomodarse a ellas, sirviéndose a este efecto de la fuerza de todos.* (Malatesta.)

»¿Y es esta pesada máquina, ese aparato compresor, esa inmensa mole destinada a triturar todas las resistencias y a reducir a polvo todas las disciplinas lo que tenéis la pretensión de transformar en instrumento de emancipación y en aparato de liberación?

»¿Tenéis la ingenuidad de creer que bastará cambiar el mecanismo y modificar algunas ruedas para que funcione de distinto modo que en el pasado...? Reflexionad, socialistas y comunistas. Dejad de escuchar a vuestros jefes, interesados en engañaros, y sabed que si queréis preparar una revolución, que no sea un aborto ni una mixtificación, es preciso hacerlo todo, y sin más esperar, para que esa revolución no mate solamente al régimen capitalista, sino también al Estado.»

Refutación de La Anarquía ha sido discutida y **las objeciones** combatida más violenta y más **que se hacen a** pérfidamente que cualquiera otra **la anarquía** concepción social. Ha sufrido el **asalto concertado de socialistas y** **burgueses.** Todos los intentos de refutación que

han hecho sus adversarios pueden reducirse—prescindiendo de los detalles—a dos objeciones que sus autores califican presuntuosamente de fundamentales. Es tanto más útil examinarlas cuanto que acontecimientos recientes, especialmente la guerra de 1914-1918, la Revolución rusa, la implantación de la dictadura en Italia y otros países, parecen haberles conferido mayor fuerza.

Examinemos, pues, rápidamente esas dos objeciones.

Primera objeción.—«La Anarquía es, con toda evidencia, un ideal magnífico; pero es y será siempre un ideal quimérico, porque su realización presupone y necesita un sér humano sano, cultivado, activo, digno, fraternal; en una palabra: *inexistente*, y porque, biológicamente, la estructura física, intelectual y moral del hombre no podría adaptarse a un medio social libertario.»

Respondo, ante todo, que no está permitido anticipar que la Anarquía exige un sér *inexistente*. Que haya en nuestra época muy pocos individuos en estado de adaptarse a las condiciones de vida que implica la realización del ideal anarquista, lo concedo de buen grado a nuestros adversarios. Pero basta con que haya uno solo para que se hunda su aserción. Ahora bien; es indudable que si todos los anarquistas, que se calculan actualmente en varios centenares de miles, diseminados por todas partes, no han llegado aún a ese grado de cultura y de perfeccionamiento físico, intelectual y moral que entraña la vida inherente a un medio social libertario, se puede, al menos, afirmar que buen número de ellos lo han alcanzado cumplidamente. Por mi parte, conozco a muchos que, desafiando los obstáculos, las dificultades, los peligros, las persecuciones de que está sembrado su camino, viven ya una existencia lo más conforme posible con su ideal anarquista, y no aspiran ni trabajan más que por la instauración de un medio social que les permita llegar a la consecución integral de su objetivo. Es cierto que los anarquistas no constituyen hoy más que una ínfima minoría. Para dar mayor fuerza a mi razonamiento, admito que, en el seno de esta minoría, raros son los que viven ya, *en la medida de lo posible*, como anarquistas. Pero no por ello es menos cierto que basta ese pequeño número para demostrar que la especie de que se trata no es *inexistente*. Basta con que exista para que, por vía de reproducción y de selección, continúe manteniéndose y desarrollarse. Los números más altos han comenzado por «uno», y precisamente adicionándose es como las unidades forman totales considerables. Así, pues, es falso decir que la Anarquía presupone y exige un sér *inexistente*.

No menos erróneo es sostener que la estructura física, intelectual y moral del sér humano no podría adaptarse a un medio social libertario.

A fin de no rebasar el marco que quiero asignar

a esta respuesta a los detractores poco enterados o mal informados de la Anarquía, me limitaré a decir que de todos los medios sociales que se pueden concebir, el medio anarquista es, sin duda alguna, el que se adapta mejor y más fácilmente a las necesidades y las aspiraciones del hombre que vive en sociedad.

En la práctica, toda la solidez del edificio anarquista está condicionada por estas cuatro necesidades, indisolublemente ligadas a la existencia humana, y que se encuentran en toda época y en todo lugar: libertad, sociabilidad, actividad, adaptación al medio. El buen funcionamiento de un medio anarquista, tal como ha sido definido al principio de este estudio, ¿qué es lo que exige? Exige un individuo *libre, sociable, activo, capaz de adaptarse* más o menos rápidamente a este medio.

a) *LIBRE.*—Al individuo le impulsa hacia la libertad un instinto tan profundo como tenaz. Es extraordinario—así es, sin embargo—que este instinto haya resistido a siglos de servidumbre, y su persistencia es la prueba más concluyente de su irresistible poder. Esclavos en la antigüedad, siervos en la Edad Media, asalariados en nuestros días, miles de millones de hombres y mujeres han sufrido desde la cuna a la tumba la servidumbre que inexorablemente hacían pesar sobre ellos la pobreza y la humillación en que, sirviéndose de las leyes, de las religiones, de la fortuna y de la fuerza, les tenían sumidos los amos del momento. Si hubiese podido matarse la necesidad de libertad, ya hace tiempo que estaría muerta. Sin embargo, no sólo ha sobrevivido, sino que es más viva y más imperiosa que nunca. Existe dentro de todos, en grados variables y bajo formas y manifestaciones muy diversas; no hay un sér, ni uno solo, que no la posea, y en todos está presta a afirmarse en cuanto le sea posible, es decir, tan pronto como, una vez la revolución social haya puesto fin a su esclavitud secular, sean llamados a vivir como seres libres.

b) *SOCIABLE.*—El hombre es un animal social. Huye, por instinto, del aislamiento; sufre si se halla solo; busca a sus semejantes. Forma parte de las especies más numerosas que viven agrupadas y solidarias. El hombre insociable es una rarísima excepción; es, en cierto modo, una especie de enfermo a quien le faltase un sentido. Esa tendencia a la sociabilidad que conduce al hombre al agrupamiento, a la asociación, y que se dilata en solidaridad, se ve contrariada y hasta cierto punto paralizada en un medio social como el nuestro, que sin consultar al individuo, sin tener en cuenta su temperamento, sus gustos, sus simpatías, sus aspiraciones, le obliga a efectuar contactos, agrupaciones y aglomeraciones que casi siempre repugnan a sus afinidades. Pero **bastará colocar** al individuo en un medio social libertario para que,

guiado por su instinto de sociabilidad, debidamente fortalecido por la satisfacción de sus múltiples necesidades, se asocia libremente con sus semejantes para la producción y el consumo, para el placer y el deporte, para el cultivo de las ciencias y de las artes, para los gozos sexuales y afectivos.

c) ACTIVO.—La jauría capitalista descarga su mayor golpe sobre el problema económico y sobre la organización del trabajo «en anarquía». Todos los lacayos de la pluma que viven a expensas del patronazgo agrícola e industrial se esfuerzan en demostrar que, si en la vida política de la humanidad sería posible en rigor otorgar confianza al principio de libertad, esto es completamente imposible cuando se trata de las necesidades económicas, en las cuales mandan las exigencias del consumo. He aquí, resumida lo más fielmente posible, su argumentación: «La producción exige un esfuerzo penoso al que el trabajador no se aviene sino en la medida en que se ve obligado a ello. El hombre es *naturalmente* perezoso, y si no se ve, por disposición del medio social en que vive, en la obligación de trabajar, se deja llevar por una predisposición instintiva a la ociosidad o al esfuerzo creativo e improductivo. Trátese de producción agrícola o industrial, no trabaja sino cuando no tiene otro remedio, so pena de morir de hambre, de no hacer nada. En consecuencia, un medio social en el que los individuos sean libres de trabajar o de holgazanear, de elegir su género de trabajo o de cambiarlo a su antojo, conducirá al hambre, a la miseria colectiva y a las abominaciones que acarrea la indigencia general.»

He aquí mi respuesta:

«El hombre es un sér activo, natural, instintiva, esencialmente activo. Forma parte del universo; vive en él; su existencia participa de la vida universal, y la vida universal condiciona su existencia humana. Todo en la Naturaleza se mueve, se agita, funciona, está animado. Sea cual fuere el estado de la materia, sólido, líquido o gaseoso, la materia está constantemente en movimiento; no se la ha observado jamás en estado de reposo; la inercia no ha sido nunca comprobada; la inmovilidad no existe. Cuanto más nos acercamos al reino animal, más activa y animada se muestra la vida; la planta se agita más que el mineral; el animal es más activo que la planta.»

»Todos los animales—y gran número de especies con sorprendente rapidez—nacén, se desarrollan y mueren. En cada una de estas fases despliegan una actividad más o menos viva; pero en ningún momento, en ninguna de esas tres fases reposan. Los animales que nosotros somos no son excepción en esa regla constante y universal. No insisto más en esto.

»Pensar que el mineral, la planta y el animal se mueven, se agitan, funcionan sin objeto y por pu-

ra casualidad, sería un burdo error. Todos sus movimientos tienen por finalidad conservar, desarrollar, fortalecer, enriquecer la vida. Todos los naturalistas han comprobado este hecho y lo han demostrado con gran lujo de detalles, apoyándose en miles y miles de observaciones.

»Decir que la especie humana se mueve, se agita, se trasladada, se esfuerza, es una palabra, es *activa* sin objeto; decir que esta actividad se emplea de una manera desordenada, incoherente, y que es fruto de la mera casualidad, sería una estupidez. Lo cierto es que la actividad de la especie humana, como la de todos los organismos vivientes, tiene un objeto, y que este objeto es la vida.

»Ahora bien; vivir es consumir; consumir es producir; producir es trabajar. En consecuencia, el trabajo está en la naturaleza humana. Los filósofos que han afirmado lo contrario no han visto más que las apariencias y se han equivocado; y los ignorantes que les escuchan han sido inducidos al error.

»En sí, el trabajo no es una pena; como todos los movimientos, como todos los ejercicios a que el hombre se entrega con el fin de gastar las energías de que su cuerpo es un acumulador, el trabajo es más bien un placer, o, dicho con más exactitud, una necesidad.

»Pero si el hombre siente la necesidad de trabajar y si experimenta placer en satisfacer esa necesidad, no es menos cierto que se le hace penoso rebasar los límites de la necesidad sentida.

»Si a cualquiera de nosotros se le privara de la alimentación, experimentaría un gran sufrimiento; pero si habiendo satisfecho su apetito se le obligase a continuar comiendo, sentiría con comer demasiado tanto disgusto como con no comer lo suficiente. Lo mismo acontece con la necesidad de trabajar; cuando, una vez agotadas sus reservas de fuerza, el hombre se ve condenado a prolongar su esfuerzo, sufre. Trabajar unas horas al día no es un castigo; pero si lo es trabajar diez, doce o catorce horas. Las jornadas cortas de trabajo son agradables; las largas son dolorosas. En ello intervienen además las condiciones en que el trabajo se realiza, cosa que conviene tener en cuenta.

»En los países donde impera el régimen capitalista, el trabajo es una verdadera maldición, debido a que la condición del trabajador es lamentable. Cuando el trabajo es impuesto, sucio, peligroso, excesivo, humillante y mal retribuído, es desagradable y no hay por qué sorprenderse de que se le tome tan poco apego. Pero cuando es libre; cuando está dignificado, respetado, considerado; cuando no es excesivo; cuando asegura al obrero una vida holgada y confortable, cesa de ser una pena y se convierte en una alegría.

»Que los talleres sean amplios, aireados, luminosos y sanos; que la jornada de trabajo corres-

ponda a las fuerzas que el obrero puede, sin sanción, gastar cada día; que cada cual trabaje en el oficio que conozca y que lo escoja libremente; que el trabajador tenga la seguridad de que tanto él como su familia no carecerán de nada; que se sienta libre en la fábrica y no bajo la férula de un patrón o de un encargado; que sea llamado a fijar él mismo, con sus compañeros, el reglamento del taller y las condiciones generales del trabajo, y es seguro que nadie refundará en el trabajo. Voy más lejos. Digo que, si en una sociedad anarquista se pudiera concebir un castigo, el peor de todos consistiría en condenar a un hombre sano, vigoroso, apto para producir, a cruzarse de brazos en medio de la actividad universal.

»Esta verdad no es comprendida por los pseudo-revolucionarios, dictadores de mañana, que, a pesar de denunciar en el régimen capitalista que combaten la opulencia ojeosa de unos y la productividad miserable de otros, rechazan la idea de recurrir al trabajo no impuesto y basan todo su sistema económico en el trabajo obligatorio. ¿Son sólo gente corta de vista? ¿No serán más bien ambiciosos sin escrúpulos, deseosos de gobernar a su vez? Poco importa. Habrían de estar animados de las mejores intenciones, y aun así habría lugar a considerar las consecuencias y repercusiones del régimen económico de que son campeones. En efecto, supongamos que cometemos la equivocación de decretar el trabajo obligatorio para todos. Ya está. ¿Y ahora?

»Lo primero que habrá que hacer será redactar la lista de las derogaciones que traerá consigo fatalmente la aplicación de ese decreto, señalar la edad en que los adolescentes estarán en la obligación de trabajar y la edad en que las personas mayores cesarán de estar sujetas al trabajo.

»Esta cuestión de la edad provoca mil problemas a cual más delicado respecto al sexo de las personas, el oficio que hayan de ejercer, el aprendizaje a que deberán entregarse, el período de prueba que tendrán que sufrir, ¿qué sé yo qué más? Ni que decir tiene que los enfermos e inválidos quedarán libres del trabajo obligatorio. Pero con todo, será preciso someter a un examen médico a los enfermos e inválidos.

»Probablemente nos veremos obligados a redactar una lista de trabajos—los artísticos y de inspiración, por ejemplo—cuya duración cotidiana no es posible determinar.

»Y ya estoy viendo un reglamento administrativo muy preciso, muy minucioso, sacado de una especie de legislación quisquillosa y sutil, fuente de inagotables discusiones, de embrollos, de litigios y de procesos sin fin.

»Pero no bastará con redactar el Código del trabajo; habrá que cuidar de que nadie pueda sustraerse a sus prescripciones. Será necesario que los

delincuentes sean castigados; será menester, pues, por una parte, precisar las sanciones en que los delincuentes hayan incurrido, y por otra, asegurar la aplicación de las penas pronunciadas.

»Y hemos aquí llegados al restablecimiento de todo el fárrago de legislación, de tribunales, de policía y de represión que queremos abolir.

»El fénix renacerá de sus cenizas, ¡y qué fénix! »Habrá que rodear de una estrecha vigilancia a los *malhechores*, a los *proftugos*, a los *desertores* de nuevo tipo: los perezosos; habrá que velar para que no se introduzcan en los domicilios a las horas en que, llenos los talleres, aquéllos estén vacíos; habrá que proveer a todo el mundo de un carnet de trabajo, llevar una contabilidad regular de las horas efectivamente devengadas, abrir en cada taller un registro de asistencia, proporcionar la parte de cada uno en el reparto de los productos a la exacta medida del trabajo que haya efectuado en realidad; habrá que ir al acoso de los refractarios, instruir y juzgar sus casos respectivos; habrá que...; pero ¿qué no habrá que hacer?

»Salta a la vista que, para desempeñar esas múltiples funciones de legisladores, de inspectores, de escribanos, etc., será necesario extraer una parte de la población llamada, por la edad y la aptitud, a contribuir al trabajo productivo. Destinada a esas funciones especiales, esta parte de la población será sustraída a la producción útil. Y el más claro resultado de todas esas medidas destinadas a perseguir a los vagos será añadir a éstos un número apreciable de funcionarios improductivos. ¡El triunfo del *chupatintas!*»

d) CAPAZ DE ADAPTARSE.—La adaptación domina todas las teorías evolucionistas. Cuando se piensa en la incalculable influencia que el medio ejerce sobre los seres vivientes que le están sometidos; cuando se observa la prodigiosa facilidad con que éstos se adaptan a las condiciones mismas del medio; cuando se comprueba que el medio es como un baño en el cual se temple el individuo y que poco a poco le va penetrando; cuando se sabe, en fin, que la presión ejercida por el medio social sobre el individuo equivale a una saturación constante y casi irresistible, ya que los que la resisten son seres excepcionalmente dotados, no se vacía en admitir que el hombre de mañana, trasplantado a un medio libertario, se adaptará a éste tan bien, o mejor, tan pronto o más pronto aún que el hombre de hoy se adapta al medio actual. Por eso mismo la adaptación al medio posee actualmente el valor de una tesis científica cuya exactitud nadie se atreve a negar.

Resumo esta larga réplica a la primera objeción: La Anarquía no presupone, no exige de ningún modo un sér inexistente: ese sér existe. El medio social que los anarquistas quieren instaurar no es opuesto a la estructura física, intelectual y

moral del hombre; le es, al contrario, estrictamente conforme, puesto que responde escrupulosamente a las cuatro necesidades que caracterizan a la especie humana: la libertad, la sociabilidad, la actividad y la adaptación al medio.

Segunda objeción.—Esta ha sido tomada de presado a la marcha de los acontecimientos. Se inspira en el refuerzo del principio de autoridad que se observa en diversos países y en la ola de dictadura que, en los últimos años, ha ahogado, particularmente en Italia y en Rusia, las recientes conquistas del principio de libertad. Los defensores de la autoridad, adversarios decididos de la Anarquía, sacan partido de estos hechos contemporáneos para erigir en certera histórica el desarrollo progresivo de las fuerzas autoritarias y el debilitamiento gradual de las aspiraciones libertarias. Dicen: «En los planes y sistemas de transformación social no hay de consistente sino lo que está acorde con el desenvolvimiento histórico de las civilizaciones. Todos los grandes cambios registrados por la Historia han sido anunciados por signos precursores de un carácter tan preciso que el observador concienzudo, clarividente e imparcial no podía por menos de prever su advenimiento. Si el principio de autoridad, que hasta nuestra época ha regido la organización de las sociedades humanas, hubiese llegado a la hora en que debiera ser derribado por el principio de libertad y cederle su sitio, este derrumbamiento del mundo autoritario estaría anunciado por signos precursores inequívocos. La marcha de los acontecimientos pondría en evidencia el debilitamiento de las instituciones autoritarias en provecho de las instituciones que se inspiran en la libertad. Ahora bien; no hay nada de eso. Notablemente extenuada por los movimientos revolucionarios que han señalado la marcha ascendente de los regímenes parlamentarios de base democrática, la autoridad ha reconquistado recientemente el terreno que había perdido en el transcurso de los siglos XVIII y XIX; ha recuperado toda su fuerza; en grandes países, como España, Italia y Rusia, para no citar más que éstos, es más fuerte que nunca, y es de prever que, ya profundamente removidos por el ejemplo de esas grandes naciones, y a favor del malestar y del desequilibrio consecutivos a la gran guerra, otros países, y no los más pequeños, consolidarán su aparato de autoridad, fortalecerán la armazón de resistencia de ésta y levantarán diques cada vez más altos y resistentes destinados a contener la ola de liberalismo que los amenaza. Así, pues, la evolución no se produce en un sentido favorable, sino contrario al advenimiento de un mundo libertario.»

Esta objeción no puede tomarse en serio; se basa en observaciones superficiales y toma por una evolución histórica regular y de largo alcance lo que no son más que accidentes y circunstancias

efímeras. La maldita guerra que, durante más de cuatro años, ensangrentó el mundo, ha producido un sacudimiento fantástico; ha acumulado ruinas prodigiosas; ha matado millones de hombres en la plenitud de su fuerza; ha destruido la labor de varias generaciones; ha hipotecado espantosamente y por mucho tiempo el porvenir; ha dislocado vastos imperios y retocado el mapa del mundo; ha traído el hundimiento de varias monarquías y el nacimiento de varias repúblicas; ha favorecido y enriquecido desmesuradamente determinadas industrias y ha perturbado y empobrecido otras; ha trastornado todos los valores monetarios, en los que se basan todas las transacciones; ha conducido al triunfo del régimen bancario, del que todas las fuerzas de producción, de transporte y de cambio han venido a ser humildes tributarias; ha colocado a los mismos Estados bajo la estrecha dependencia de la Banca internacional; ha, en una palabra, volcado la mesa de los valores. Esta catástrofe sin precedentes data de ayer; la humanidad entera está aún trastornada por sus efectos. ¿Se pretenderá asimilar cinco o diez años de ruina tan indescripible a una evolución que refleja fielmente todo un proceso histórico? Esto sería tomar la inundación por el curso regular de un río, el huracán por el soplo habitual de los vientos, la tempestad por el régimen ordinario de los océanos. Aprisionar la evolución en algunos años, y para deducir el sentido evolutivo de ese minuto histórico, elegir los años más excepcionalmente confusos y la época de las sacudidas más violentas: ¡he ahí a qué incalificables procedimientos recurren nuestros adversarios para formular contra la Anarquía una objeción que juzgan decisiva!

Todos esos regímenes dictatoriales que se nos lanzan al rostro como bofetadas son esencialmente transitorios. Los mismos dictadores lo proclaman:

«La dictadura no puede ser considerada como un régimen de larga duración. Ha sido instaurada a consecuencia de circunstancias excepcionales y con un fin preciso y limitado. Se ha impuesto por la necesidad de poner fin al desorden y al desequilibrio creados por la guerra; en cuanto el orden y el equilibrio estén restablecidos, tan pronto como la situación haya vuelto a ser normal, cesará la dictadura.» Tal es el lenguaje de todos los dictadores. Todos confiesan que la dictadura es un régimen indeseable, que no puede tener en nuestra época carácter estable, que no es en realidad sino una solución insostenible. En consecuencia, la objeción que se funda en la instauración de unas cuantas dictaduras carece de base, y tal acontecimiento no puede interpretarse en el sentido de un movimiento evolutivo propio al principio de autoridad.

Pero quiero prescindir de las consideraciones que preceden y suponer—hipótesis gratuita—que los regímenes de dictadura cuya existencia se invoca

con intención de justificar la objeción que refuto, hayan sido, no un accidente debido a circunstancias extraordinarias e imprevisibles, sino el resultado de una verdadera evolución. ¿Sería cuerdo deducir que la Humanidad renuncia a romper sus cadenas y se apresta a hacerlas más fuertes y pesadas? ¿Sería incluso razonable sostener que la dictadura, tomada en el sentido de un aumento de la autoridad, está llamada a estabilizarse y convertirse en el régimen hacia el cual tienden las generaciones presentes y han de tender las futuras? Evidentemente, no, y aunque durase medio siglo—exagero intencionadamente—en los países en que ya existe, ello, desde el punto de vista que nos ocupa en este debate, no significaría nada.

Jamás pareció la monarquía en Francia más fuerte, más sólidamente establecida, que en el tiempo en que Luis XIV, tras haber centralizado todos los poderes gracias a la obra de Richelieu y de Mazarino, podía decir: «El Estado soy yo.» Sin embargo, un siglo después—¿y qué son cien años en la Historia?—el heredero y sucesor del Rey Sol perdía la cabeza en el cadalso. No hace muchos años, el emperador de Alemania, Guillermo II, y el zar de Rusia, Nicolás II, gozaban de un prestigio y disponían de un poder que se podían creer invulnerables, o, por lo menos, al abrigo por mucho tiempo de cualquier ataque. Algunos años después, sus formidables imperios se desmoronaban.

La verdad es que el mundo capitalista está espantado ante el desarrollo que adquieren día tras día las ideas de emancipación por la revolución y de la simpatía y el entusiasmo con que esas ideas son acogidas por las víctimas del orden social. Estos innegables progresos de las ideas que, por el aspecto que tienen o se dan yo llamaría «de vanguardía», acongojan hasta tal punto a la clase burguesa, que ésta, con tal de sentirse protegida, está dispuesta a echarse en brazos de cualquier aventurero que se ofrezca como salvador, como defensor de su autoridad vacilante, como restaurador del orden trastornado. Puede acontecer que los partidarios de un gobierno absoluto y de un régimen férreo venzan momentáneamente, y por sorpresa: será un triunfo pasajero. Porque el régimen capitalista ha alcanzado su apogeo. Como los que le han precedido y de los cuales no es más que la

continuación, ha atravesado las dos primeras de las tres fases por que atraviesa todo período histórico: nacimiento, desarrollo y desaparición. Ha llegado al punto culminante de su desarrollo. Está en el ocaso que precede y anuncia la desaparición.

Quien preste oído atento a los siniestros crujidos del edificio social puede, con toda audacia, predecir su próximo hundimiento. La crisis que sufre el mundo actual, crisis tan extensa como profunda, es de una gravedad que no engaña a los individuos avisados de ningún partido, de ninguna clase, de ningún continente. En Oriente y en Occidente, en el Norte y en el Sur, el malestar crece, el descontento se extiende, la ansiedad aumenta. Las viejas potencias europeas que, por su disposición económica y militar, han conquistado en las demás partes del mundo un imperio colonial inmenso, asienten angustiadas al levantamiento de los pueblos que creían haber colonizado para siempre, es decir, esclavizado. Se acerca la hora en que esos pueblos, resueltos a tomar en sus manos la dirección de sus propios destinos, arrancarán a los conquistadores los territorios que éstos ocupan y proclamarán su independencia.

Las viejas creencias, difundidas por los impostores de todas las religiones, ven disminuir constantemente su prestigio, y la conciencia humana, largo tiempo prisionera de la ignorancia, de la superstición y del miedo, se sustrae gradualmente al cautiverio en que tanto ha sufrido. La impotencia de los partidos políticos se comprueba hasta la evidencia; la podedumbre de los Estados salta a la vista; el mundo del trabajo cobra conciencia de la intolerable iniquidad de una organización social en la cual, aun cuando todo lo produce, nada posee. De la choza de los campesinos y del cuchitril de los obreros aplastados por tributos que aumentan constantemente, se alza una protesta, tímida hoy, pero que será furiosa mañana. En todas partes, en todas, el espíritu de rebelión sustituye al espíritu de sumisión; el hábito vivificador y puro de la libertad ha surgido; está en marcha; nada lo detendrá; se acerca la hora en que, violento, impetuoso, terrible, se desatará en huracán y arrastrará, como brizna de paja, todas las instituciones autoritarias. En ese sentido es como se verifica la evolución. Y hacia la Anarquía guía a la Humanidad.

Las bases morales de la anarquía

por Pedro Gori

**La moral actual
y la moral anar-
quista**

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, por los denigradores de buena o mala fe de las doctrinas anarquistas, que la Anarquía no puede tener una moral.

Y hasta los adeptos del nombre, no, de ningún modo, de la esencia ético-social que la palabra *anarquía* contiene, han remachado el estulto prejuicio.

Cierto que la moral de la libertad no tiene nada de común con la moral de la tiranía, sea cual fuere el manto con que ésta se cubra.

Por mucho que se diga lo contrario, la moral oficial del individualismo burgués es en cierto modo la de los papíes de que nos habla Ferrero: «¿Qué es el mal y qué es el bien?», preguntó un viajero europeo a uno de aquellos salvajes. Y el salvaje respondió sin vacilar: «El bien es cuando yo robo la mujer a otro; el mal es cuando otro me roba la mía.»

Una misma cosa no es para la moral ortodoxa e hipócrita que hoy impera buena o mala, intrínseca y objetivamente, por el bien o por el mal que acarrea a uno o más individuos o a toda la sociedad, sino que es considerada virtuosa o malvada según la utilidad o el daño que experimenta el individuo o la clase que subjetivamente la juzga.

De modo que para esta moral cáctica una misma acción puede ser juzgada por unos de heroica y por otros de loca, por unos de gloriosa y por otros de infame. La matanza de todo un pueblo, el asesinato de viejos, mujeres y niños inermes, perpetrado fíramente en nombre de un principio abstracto y mentirosamente llamado *orden público*, puede procurar galones y honores al que lo ordenó. La historia está llena de nombres de bandidos así, llamados ilustres, siempre dispuestos, como los capitanes de la Edad Media, a pasar de una a otra dominación con tal de que se les mantenga en la ociosidad lujosa e improductiva. Únicamente los pisoteados, los oprimidos, los supervivientes de la matanza, maldicen en el fondo de su corazón a los asesinos. Pero cuando un exasperado por la lucha espantosa por la vida en una sociedad improvisora,

que a muy pocos asegura, y no ciertamente a los más laboriosos y dignos, un cómodo puesto en el banquete de la existencia; cuando un derrotado en esas crueles batallas de todos los días, por el pan, se rebela y mata, en el delirio de un odio que no perdona, a un potentado, al cual supone feliz, aunque en su poderío se debata en el dolor —ese pálido compañero del hombre—, entonces el juicio es particularmente despiadado. Los amenazados o perjudicados por tal acto serán tanto más inexorables cuanto más manchadas de sangre tengan las manos. Y no sólo contra el infeliz autor del acto se pedirá a gritos el *crucifijo*, sino también contra todos los que profesen las ideas que aquél diga profesar, aunque no las conozca, y aunque éstos hayan reprobado su acción. Serán perseguidos, encarcelados, torturados en masa, realizándose contra todo un partido, mejor dicho, contra una corriente vastísima e irresistible de principios y de ideas, una real y verdadera venganza transversal por el acto de uno solo, resucitando las formas más crueles y malvadas de inquisición contra el pensamiento.

Y ya que por unos se insinúa y otros afirman que la moral anarquista proclama la violencia del hombre contra el hombre, esperen los adversarios de mala fe, o crasamente ignorantes, y los anarquistas inconscientes, que voy a demostrar matemáticamente que la *moral anarquista es la negación completa de la violencia*.

**El anarquismo
y la violencia**

Hay otro prejuicio muy difundido y que es necesario destruir: el prejuicio que engaña a los denigradores y hasta a algunos adeptos de la idea anarquista. Porque algún rebelde que se declaró anarquista lanzó una bomba o clavó un puñal, no ciertamente en nombre de teorías abstractas, sino cegado por la ira fermentada en el fondo de larga miseria, en la persecución política y en las provocaciones de toda clase, se pretende sacar en conclusión que la doctrina anarquista es una especie de complots y de violencias, una especie de conspiración permanente, con el único propósito

de fabricar bombas y afilar puñales. Así la pintan los agentes de la policía y ciertos gacetilleros recargan las tintas para ayudar a la reacción a sofocar la propaganda de las ideas.

Aunque los anarquistas, por exasperación y por temperamento, fuesen todos violentos—y esto no es cierto—de ningún modo quedaría probado que la Anarquía tiene una moral de violencia.

En realidad, por cada uno de esos perseguidos que deja estallar el largo dolor comprimido con un atentado clamoroso, hay millares y millares de individuos que soportan años y años, con heroica serenidad, asperezas sin nombre, miserias sin tregua, amarguras sin consuelo.

En mis destierros ya periódicos a través del mundo, he conocido a multitud de ellos, de todos los países y de todos los temperamentos, y la mayor parte de estos enamorados de la libertad se mostraron siempre, en la común relación, de una moral superior: un impulso instintivo de altruísmo y de bondad detrás de la rudeza popular, un sentimiento de nobleza simple y leal.

Aunque en las filas del anarquismo hubiese todos los detritus de las cloacas sociales—lo que no es así—, sería cosa de recordar, con Renán y con Straus, que la mayor parte de los que seguían a Cristo en sus predicaciones estaba compuesta de hombres y mujeres ya heridos por la ley, como delincentes comunes, lo cual no impidió que de aquella gente, en la que se infiltraban los principios de una moral superior a la entonces dominante, saliese la fuerza revolucionaria que derribó el mundo pagano. Porque el sentimiento revolucionario, como dijo Víctor Hugo, es un sentimiento moral.

Y ya que todos los paladines de todas las violencias, con tal de que sean gubernativas y lleven el sello del Estado, insisten sobre la esencia violenta de la doctrina anarquista, que procuren hacer un balance de las prepotencias, de las opresiones, de las crueldades, de los delitos fríamente meditados y permitidos por los gobiernos, y otro de los actos de violencia individual cometidos por anarquistas o por rebeldes que se declararon tales: entonces verán cuál es la escutela que está permanentemente organizada para emplear la violencia del hombre contra el hombre, hasta llegar a la expoliación, a la rapiña y al homicidio. Pero esto, según los defensores de la violencia legal, no es el mal. Esto no es un delito, exactamente igual que en la civilización papá, porque a ellos no les perjudica. Recordemos la respuesta del salvaje: «El bien es cuando yo robo la mujer a otro; el mal es cuando otro me roba la mía.»

No siendo, pues, la violencia, hasta hoy, sino una de las manifestaciones de la lucha por la vida—y ciertamente no fueron los anarquistas quienes inventaron esa ley cruel de la historia—, que se

convierte en instrumento de opresión, por aquel instinto de imitación y aquel contagio del ejemplo que dominan las acciones humanas, se ha trocado también en arma de la rebeldía del oprimido.

Con la farsa y con la fuerza, los vencedores, en esa espasmódica lucha milenaria, pusieron el pie sobre los vencidos, y éstos, por derecho de represalias, emplearon de tanto en tanto, individual o colectivamente, la fuerza contra los dominadores.

¿Acaso la literatura clásica de que están saturadas las clases cultas no está llena de francas apologías de la violencia, siempre que sirva de instrumento para lo que se crea que es el bien?

Los homicidios políticos, glorificados hasta en los mismos libros con que se educa a la infancia, y el acto de Judith, que con fraude y violencia mató a Holofernes, el cual combatía contra Betsulía en guerra abierta, han hecho verter lágrimas de conmoción a más de una morija y de una educación histórica.

El mito de Roma comienza por un fratricidio... ¡y por qué causa cometido! Sin embargo, Rómulo, que por una burla inocente mata a su hermano Remo, es en la prehistoria de la ciudad eterna el divino Quirino, el venerado de los siglos. Y las aventuras de ese loco moral, sean reales o legendarias, se enseñan como el *a*, *b*, *c* de la educación del corazón en las escuelas públicas de Italia y de otros muchos países.

El clasicismo de Roma y de Grecia reposa de esas reminiscencias feroces, y Bruto, que por la cínica razón de Estado ordena y presencia impasiblemente la matanza de los juveniles hijos, es la expresión más clásica y atroz de la violencia gubernamental.

Más aún: toda la tradición y toda la educación militar, que fueron y son aún el alma y la coraza de las organizaciones políticas, ¿qué representan sino la prepotencia de la fuerza y del homicidio colectivo?

En realidad, una matanza de criaturas humanas perpetrada en una guerra, o en la represión de un motín popular, se juzga por los más como un hecho glorioso, siempre que robustezca, aunque sea con torrentes de sangre y con el dolor de innumerables seres humanos, ese aplastante edificio que se denomina el Estado.

Además, el Estado, en sus uniformes representaciones, se arroga el derecho de patentar aquellas violencias y de glorificar a aquellos violentos que encarnan el principio que le da vida. De modo que en Italia, por ejemplo, donde no existe todavía un monumento a Galileo, plazas y calles están llenas de estatuas y de columnas dedicadas a gentes cuya mayor habilidad consistió en saber manejar las armas y en haber enviado al otro mundo, en guerra leal, a muchas criaturas.

Esta monumentomanía, que reproduce en már-

moles y broncees el frenesí colectivo, que anida en el alma de las clases directoras, por la fuerza armada, se reproduce en las páginas de la infinita historia, *ad usum delphini*, que cada Estado sella con el dogma de su infalibilidad.

De hecho, en la epopeya patriótica de Italia, todas las violencias, individuales o colectivas, contra los poderes antiguamente dominantes (desde el atentado de Agesilao Milano hasta el dirigido contra el duque de Parma), no sólo están justificadas, sino también glorificadas oficialmente, porque sin aquellas violencias no habría surgido el Estado italiano; de modo que lo que ayer fué delito se ha convertido hoy en gloria. Y en el mismo país donde los tribunales militares condenan a no pocos años de reclusión a muchachos acusados de haber arrojado piedras para protestar contra un gobierno que lleva el hambre al seno del pueblo, un glorioso rapaznejo de Génova, Balilla, tiene también su monumento porque supo, antes que nadie, lanzar la primera piedra contra sus opresores extranjeros. La única diferencia, menos la estatua y los años de reclusión, entre unos y otro, es que éste se rebeló contra una tiranía extranjera y aquéllos contra una opresión nacional. Pero el móvil fué el mismo: el odio a la injusticia.

Mas para los muchachos de Italia, como para los combatientes de todo el mundo, nada hay tan verdadero como la frase de Brenno: *¡Ay de los vencidos!*

¡ Ah! ¡ Si en lugar de derrotados y muertos hubiesen sido vencedores, tal vez los mismos gaecitilleros que hoy les arrojan a la cara puñados de barro se devanarían los sesos para ver cuál ensalzaba mejor a estos *Gaevroche* del proletariado, diciendo para ellos un monumento de la victoria!

La violencia no puede formar el substrato doctrinario de ningún partido. En la historia no ha sido más que un medio de superchería y de tiranía entre las clases, con el cual unas han dominado a otras. Ha sido empleada, asimismo, como instrumento de represalia, según ya dijimos, por parte de los oprimidos, sin que por esto se convirtiera en principio teórico de sus rebelías, ya que cuando los antiguos esclavos se rebelaban contra los patricios romanos la violencia que empleaban, por necesidad de lucha y de liberación, no era un fin, sino un medio: el fin era y ha continuado siendo siempre la palpitación invisible del alma humana: la libertad.

El triunfo de la anarquía

También, asimismo, cuando contra el viejo régimen, vacilante sobre sus descarrados cimientos, se desencadenaron los huracanes revolucionarios que cerraron convulsivamente el siglo XVIII, los partidos de acción, desde los políticos: cordeleros y ja-

cobinos, al económico de Babeuf, organizado en *liga de los iguales*, predicaron la necesidad de oponer la violencia a la violencia, lanzando contra la fuerza coligada de los tiranos del país y extranjeros la fuerza armada del pueblo, sin considerar de ningún modo, por cierto, esta violencia permanente, sino como un medio, despiadado, pero necesario, de aplastar para siempre al despotismo.

No cabe duda de que el 14 de julio y el 10 de agosto fueron el corolario de la proclamación de los Derechos del hombre; pero ante la filosofía de la historia aquellas dos memorables jornadas serán siempre una suprema conflagración entre dos épocas diferentes.

Hacia años que el alma de la revolución aleteaba subversivamente en las mentes, rugiendo como tromba anunciadora en las mismas entrañas de las decrepitas instituciones, con la clara elocuencia de las cosas que avisan el próximo fin de un mundo, resplandeciendo en las clarividentes páginas de los enciclopedistas, en las ardientes visiones de Condorcet y en las serenas profecías de Diderot.

Forzoso era proclamar los derechos con la fuerza cuando la fuerza les cerraba el paso en nombre de los privilegios. Pero el fin era, o debía ser, muy diferente: la libertad, y por consiguiente el amor, ya que ningún otro contenido moral puede hallarse en aquella palabra. Por eso cuando en nombre de la revolución Robespierre quiso organizar la violencia permanente, gubernamental, haciendo del verdugo el primer funcionario del Estado, aun cuando fuera contra los enemigos del Estado, y contra los sospechosos de realismo, trocando de este modo los medios por los fines de una revolución libertadora, como si arrojados los tiranos fuese posible con la fuerza imponer la libertad a los ciudadanos, el nuevo estado de cosas, después de haber pasado gallardamente por encima de tantas víctimas humanas, cayó en el mismo error y en la misma odiosidad que obligaron a tomar las armas contra el régimen antiguo y preparó el terreno a la dictadura militar del primer Bonaparte. Ahora bien; la filosofía de la Anarquía, aleccionada por todas estas experiencias del pasado, y sin establecer cánones absolutos, ya que nada absoluto existe, parte de este principio fundamental, que forma toda su base moral: «La libertad es incompatible con la violencia; y como el Estado, órgano central de coacción y de expropiación en beneficio de unas clases y en perjuicio de otras, constituye una forma organizada y permanente de violencia innecesaria, la libertad es incompatible con el Estado.»

De esta premisa arranca toda una serie de principios y de argumentos irrefutables. No es necesario extenderse mucho para demostrar a los enemigos de la Anarquía, tanto a los de la derecha como a los de la izquierda, tanto a los que no quieren como a los que no pueden comprenderla, que la

violencia es el enemigo natural de la libertad y que únicamente la violencia necesaria es legítima.

En efecto, ¿no es igualmente enemigo de la libertad el que encarcela a un hombre para castigarle porque piensa de este modo o del otro, que el que le hiere o le mata para obligarle a pensar como él? No puede haber libertad, socialmente entendida, si ésta no se detiene allí donde comienza la de otro. Si un individuo me pone el pie sobre el cuello en nombre del Estado y otro lo hace por su capricho personal, no hay diferencia en el proceder de ambos; ambos violan de igual modo mi derecho y a ambos debo considerarlos tiranos, porque tiranía no es, en resumidas cuentas, más que esto: todo acto que viola la libertad ajena. La violencia, tanto si sobre mí la ejerce un agente del gobierno como cualquier otro individuo, hará nacer en mí el derecho de legítima defensa. Y he aquí de donde surge el concepto moral de la *violencia necesaria*.

Yo rechazo legítimamente una agresión injusta, como rechazo cualquier provocación grave, y asimismo siento el derecho de rebelarme contra la opresión, que es una privación de libertad más lesiva que cualquier otra forma de violencia brutal. El derecho de legítima defensa, que hace *necesaria* la violencia en el individuo y en la sociedad, es el fundamento moral de las revoluciones contra cualquier forma de tiranía.

La libertad es, por consiguiente, la base moral de la Anarquía, y la revolución, en el sentido amplio y científico de la palabra, no es más que el medio para hacerla triunfar contra las resistencias que la comprimen. La violencia no podrá ser nunca el contenido filosófico de la Anarquía, entendida esta palabra no en el significado odioso que le dan los agentes del gobierno y los periodistas a sueldo del capitalismo, precisamente porque la violencia es el substrato moral del poder político, el cual, bajo cualquier forma que tome, es siempre tiranía del hombre sobre el hombre: en las monarquías, violencia permanente de uno sobre todos; en las oligarquías, de unos pocos sobre muchos; en las democracias, de las mayorías sobre las minorías.

En todas éstas y en cualquiera otra centralización autoritaria que se arrogue el derecho de gobernar la sociedad, la coacción es el único argumento persuasivo que se emplea con los gobernados. Coacción en el pedir el concurso de los ciudadanos para que contribuyan a los gastos públicos; coacción cuando se obliga a aquéllos al tributo de sangre; coacción cuando el Estado impone una ciencia y una enseñanza oficial; coacción, en fin, cuando declara que son ortodoxas o herejes las opiniones de los diversos partidos políticos.

El Estado paternal, el Estado protector de los débiles, tutor de los derechos, defensor celoso de todas las libertades, no pasa de ser una fábula in-

fantil, fábula desmentida por la experiencia de todos los tiempos, en todos los lugares y bajo todas las formas.

Es, pues, muy natural que contra ese concepto, seasonado con la prueba de miles de años, sobre la indole del Estado, que Bovio llamaba *por naturaleza expholador y violento*, haya surgido, por encima y a pesar de la significación vulgar, el concepto de Anarquía, como antítesis política del Estado, significando que si éste centraliza, pisotea, violenta, encadena, castiga y mata, so pretexto del orden y del bien público, aquélla, en cambio, quiere que el orden y el bien público sean resultado espontáneo de todas las fuerzas productivas asociadas, de todas las libertades coordinadas, de todas las soberanías inteligentemente ejercidas en interés común, de todas las iniciativas armonizadas por el triunfo de esta magnífica certeza: «que el bien de cada uno no puede hallarse sino en el bien de todos».

El Estado se mantiene por la violencia, y la violencia lo vencerá: *qui gladio ferit, gladio perit*. Al desorden de las clases sociales, chocando entre sí por intereses contrarios; al caos de los privilegios hollando los derechos; a la imposición de penosos deberes a los cuales no quiere reconocerse ningún correspondiente derecho, lo sustituirá el orden, el *orden verdadero*, resultante armónico de la libre federación de las inteligencias y de las fuerzas humanas, como el orden cósmico es el producto espontáneo de las fuerzas naturales, viniendo los obstáculos que se interponen en la eterna evolución de los fenómenos y de las formas.

La evolución social está corroyendo los últimos cimientos del Estado, hoso, fuerte edificio alzado a través de los siglos con innumerables sacrificios de vidas y libertades humanas.

Cuando la corrosión subterránea sea completa, el Estado, como sucede con los islotes volcánicos y madreporicos de la Polinesia, que la asidua marrea roe durante millares de años y que de repente se hundien, como engullidos por las inmensas fauces del Océano, desaparecerá, junto con la economía capitalista, toda vez que la principal de sus funciones es la de *perro guardián* del parasitismo de clase.

A la moral del Estado, que implica la violencia de cada espíritu y de cada organismo autoritario, la sustituirá irresistiblemente, como el soplo reanimador de las nuevas estaciones, la moral anarquista, que en las épocas oscuras, como la presente, se cree moral de sangre y de venganza por sus enemigos y por sus ciegos amigos, y la sustituirá venciendo las últimas asperezas de los ánimos, suavizando las hereditarias ferocidades de los instintos, conciliando las averciones y las impulsividades primitivas en el abrazo purificador de los intereses armonizados, de las miserias redimidas,

del bienestar asegurado, de las mentes ilustradas, de los corazones dirigidos hacia el amor, la seriedad y la paz.

Entonces se verá, cuando el sol del mediodía ilumine los errores del pasado, que la escuela política de la autoridad, desde Aristóteles a Bismarck, era la verdadera escuela de la violencia, tanto si se ejercía en nombre de la potestad divina como del derecho militar, del orden público o de la ley, y como escuela de la libertad, en cambio, aparecerá aquella que fué juzgada escuela de sanguinarias utopías porque alguno de los suyos respondió desde abajo con la violencia a la violencia triunfante arriba y que pisoteaba todos los derechos humanos.

El principio de solidaridad, pasando a través de la época de asidua y dura prepotencia económica y política, habrá vencido por completo los primitivos instintos de lucha antisocial entre individuos y clases; las naciones y las razas, después de las rudas maceraciones de la antigua refriega humana, tragedia de siglos que ensangrentó el mundo, ha-

rán reverdecer en la realidad la juventud de la utopía: la eterna calumniada, la perennemente mofada.

Se comprenderá al fin, después de un combate intelectual maravilloso de derrotas y de audacias desde Platón a Kropotkin, que únicamente el desorden social y el principio de la lucha tienen necesidad de un instrumento de defensa por su naturaleza violenta, y que lo hallan en el Estado; y que cuando a la lucha de cada uno contra todos, que fué el alma de todas las sociedades que hasta entonces se sucedieron en la historia, la sustituya la solidaridad de todos en la lucha contra la Naturaleza para arrancarle sus secretos y sus beneficios en provecho de todos, la causa del orden triunfará sin coacción de ninguna clase, puesto que los intereses y los sentimientos de cada uno, conciliados en la armonía del bienestar y de la libertad de todos, gravitarán en torno del bienestar colectivo, como en los sistemas estelares los planetas gravitan alrededor del astro central, que difunde sobre ellos la luz, el calor y la vida.

VIII

El anarquismo

por Pedro Kropotkin

Origen del anarquismo El anarquismo surge de la misma entraña de la vida práctica.

Godwin, contemporáneo de la gran Revolución de 1789-1793, había visto por sí mismo cómo la autoridad del gobierno creado durante la Revolución y por la misma Revolución se convirtió pronto en obstáculo a la propia obra revolucionaria. Pudo también darse buena cuenta de lo que ocurría en Inglaterra al amparo del Parlamento: el pillaje de las tierras comunales, la venta de ciertos beneficios postales, la caza del hijo del pobre y su conducción desde los asilos, por agentes que con este objeto recorrían Inglaterra, a las factorías del Lancashire, donde perecían a montones tan pronto como llegaban. Y Godwin se hizo cargo en seguida de que un gobierno cualquiera, aunque fuese el de los jacobinos, «la República, una e indivisible», no podría realizar nunca la necesaria revolución social comunista; de que un gobierno revolucionario, en virtud de

su origen y de su naturaleza de guardador del Estado, y de los privilegios que todos los Estados tienen que defender, se convierte pronto en impedimento a la revolución misma. Comprendió así y proclamó abiertamente la idea de que para el triunfo de la Revolución los hombres necesitan librarse ante todo de su fe en la Ley, en la Autoridad, en la Unidad, en el Orden, en la Propiedad y en otras instituciones heredadas de los tiempos pasados, de los tiempos en que sus progenitores eran esclavos.

El segundo teórico del anarquismo, Proudhon, posterior a Godwin, es contemporáneo de la revolución de 1848. Proudhon pudo ver por sus propios ojos los crímenes cometidos por el gobierno republicano y convencerse al mismo tiempo de la impotencia del socialismo de Estado de Luis Blanc. Bajo la reciente impresión de lo que había visto durante el movimiento de 1848, escribió su obra colosal *Idea general de la Revolución*, en la que re-

sueñamente proclama el anarquismo y la abolición del Estado.

Más tarde, en la Asociación Internacional de los Trabajadores, la concepción anarquista se afirma también después de otra revolución: la de 1871. La total impotencia revolucionaria del Consejo de la Commune, aun cuando figuraban en él, en proporciones equitativas, representantes de todos los partidos revolucionarios de aquel tiempo: jacobinos, blanquistas e internacionistas, y la incapacidad del Consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores residente en Londres, y sus pretensiones, necias y peligrosas, de gobernar el movimiento parisiense por medio de órdenes transmitidas desde Inglaterra, fueron dos grandes lecciones que abrieron los ojos a muchos. Esos hechos condujeron a varias Federaciones de la Internacional y a no pocos de sus miembros más preeminentes, incluso Bakunin, a meditar en lo peligrosa que resulta toda clase de autoridad aun cuando sea elegida con la mayor libertad posible, como ocurrió en la Commune y en la Internacional de Trabajadores.

Algunos meses después, la decisión tomada por el Consejo general de la Internacional en un mitin privado que se convocó en Londres (1877) en lugar del Congreso anual correspondiente, hizo aún más evidente el peligro de su gobierno en el seno de aquella asociación. Por medio de ese primitivo acuerdo, las fuerzas de la Internacional, que hasta entonces habían estado unidas para la lucha económica y revolucionaria por la acción directa de las Uniones de oficio contra el capitalismo, fueron empujadas a un movimiento electoral, político y parlamentario que no hizo más que diseminar y destruir su poder efectivo.

Este acuerdo produjo la rebelión abierta de las federaciones latinas de la Asociación—españolas, italianas, del Jura y de parte de Bélgica—contra el Consejo general; y de esta rebeldía data el movimiento anarquista contemporáneo.

Vemos, pues, que el movimiento anarquista se renovaba cada vez que recibía la impresión de alguna gran lección práctica y que su origen arranca de las enseñanzas de la vida misma. Mas tan pronto surge, comienza a construir la expresión general de sus principios y a establecer las bases teóricas y científicas de sus enseñanzas. Decimos científicas, no en el sentido de la adopción de una jerga metafísica, sino en el de recurrir a las bases por medio de las ciencias naturales de la época y llegar a ser una de sus ramas.

El anarquismo El anarquismo labora al mismo tiempo por su propio ideal.

y su ideal Ninguna lucha puede tener éxito si no es consciente, si no persigue un fin con-

creto y definido. No es posible destruir nada de lo existente si los hombres de antemano no han convenido entre sí durante la lucha, así como en el mismo período de destrucción, qué es lo que van a poner en lugar de aquello que haya sido destruido. Ni aun la misma crítica teórica de lo que existe es posible sin que cada uno se represente a sí mismo, más o menos exactamente, la imagen de aquello con lo que se desea sustituir a lo actual. Consciente o inconscientemente, el *ideal*, la idea de algo mejor, siempre perdura en el espíritu de los que critican las instituciones existentes.

Tal ocurre principalmente con los hombres de acción. Decir a las gentes: «Destruyamos primero el capitalismo y la autocracia, y después veremos lo que deba hacerse», no es más que engañarse a sí mismo y engañar a los otros. *Jamás ha sido creada una fuerza real por medio de la decepción.* De hecho, aun los que desprecian los ideales y se mofan de ellos tienen, sin embargo, alguna idea de lo que quisieran ver en lugar de lo que combaten. Por ejemplo, cuando se trabaja por destruir la autocracia, hay quien se imagina una Constitución inglesa o alemana en un futuro próximo; otros sueñan con una república sometida probablemente a la poderosa dictadura de su partido, o con una República monárquica como la de Francia, o con una República federal análoga a la de Norteamérica. Entretanto hay ahora un tercer partido que concibe mayor limitación del poder del Estado, más amplia libertad para las ciudades y para las villas, para las uniones de trabajadores y para toda clase de agrupaciones unidas entre sí por medio de libres federaciones temporales, cosa que no puede obtenerse en ninguna república.

Y cuando el pueblo combate al capitalismo, siempre tiene una cierta concepción, una idea vaga o definida de lo que quisiera ver en lugar del capitalismo, ya el capitalismo de Estado u otra clase cualquiera de Estado comunista, ya la federación de libres asociaciones comunistas para la producción, el cambio y el consumo.

Cada partido tiene, pues, su concepción propia del futuro, un ideal que le permite formular sus juicios propios sobre todos los hechos que se producen en la vida política y económica de las naciones y le inspira en la averiguación de los más adecuados medios de acción para llegar mejor y más pronto a su objeto. Es, pues, natural que el anarquismo, aunque engendrado en los días de lucha, trabaje también por elaborar este ideal. Y este ideal, este objeto, este plan separó pronto a los anarquistas, en sus medios de acción, de todos los partidos políticos y también, en gran parte, de los partidos socialistas, que tienen aún como posible la conservación de la antigua idea, romana y teocrática, del Estado y su traducción a la sociedad futura en que sueñan.

Concepción anarquista de la sociedad

Los anarquistas conciben la sociedad como una asociación en que todas las relaciones mutuas de sus miembros están reguladas, no por las leyes, no por las autoridades, aun las de libre elección, sino por medio de convenios entre sus componentes y por un cierto número de hábitos y costumbres sociales que, lejos de petrificarse por la ley, por la rutina o por la superstición, están en continuo desarrollo y cambio, según las crecientes necesidades de la vida libre, estimuladas por el progreso de las ciencias, las invenciones y el constante engrandecimiento de los más elevados ideales.

Nada, pues, de autoridades que reglamenten la vida; nada de gobierno del hombre por el hombre; nada de cristalización y de inmovilidad: evolución continua tal y como se observara en la Naturaleza; libre juego y pleno desenvolvimiento de los individuos y de todas sus facultades personales, a fin de que alcancen su total *individualización*. En otros términos: ninguna acción habrá de ser *impuesta* al individuo por medio del temor al castigo; ninguna le será exigible por la sociedad a menos de que libremente haya dado su consentimiento, de que voluntariamente las haya aceptado. *En una sociedad de iguales*, eso debe bastar y bastará para prevenir los actos antisociales que pueden redundar en daño de otros individuos y de la sociedad misma y bastará también para favorecer e impulsar el constante progreso moral de la sociedad.

Ideal y utopía

Desde luego, hasta hoy no ha existido sociedad alguna en que esos principios se hayan visto realizados totalmente, siquiera la humanidad no haya dejado nunca de luchar por una realización parcial de los mismos. Podemos, por tanto, decir que el anarquismo es un cierto *ideal social*, ideal distinto de cualquiera otro formulado hasta el día por muchos filósofos, hombres de ciencia y jefes de partidos políticos que pretenden reglamentar y gobernar a los hombres. Pero no sería atinado traducir dicha concepción como una *utopía*, porque la palabra utopía, en el lenguaje corriente, implica la idea de algo que *no puede* ser realizado.

Tomada la palabra en su sentido corriente y usual, debe ser limitada a esas concepciones fundadas en simples razonamientos teóricos, como *deseables* desde el punto de vista del escritor, pero no como algo cuyo *desevolvimiento es ya un hecho* real en las aglomeraciones humanas. Tales son, por ejemplo, las utopías del imperio católico de los papas, del imperio napoleónico, del mesianismo de Mickiewicz, etc. Mas no puede ser aplicada a una concepción de la sociedad que se funda, como el anarquismo, en el análisis de las *tendencias* cuya evolución se está cumpliendo ya en la

sociedad y en *inducciones* de las mismas para lo futuro; tendencias que han sido durante miles de años la fuente principal del progreso de los hábitos y costumbres sociales conocidos en la ciencia bajo el nombre de consuetudinarios y que se afirman definitivamente y cada vez más en la sociedad moderna.

Y en cuanto a las concepciones inductivas de los estados futuros de evolución, recordaremos que aún no hace mucho, a fines del siglo XVIII, cuando los Estados Unidos surgieron a la vida, una sociedad de tal extensión sin monarca era considerada como necia utopía. Pero los repúblicas del Norte y del Sur de América, la República suiza y también la francesa han demostrado, como todo el mundo sabe, que los utopistas no eran los republicanos, sino los admiradores de la monarquía.

Antigüedad y evolución de las tendencias anarquistas

Cuando reflexionamos acerca del origen de la concepción anarquista de la sociedad, advertimos que los movimientos progresivos de la especie humana; ambas cosas con relación al pasado y aun más respecto a los tiempos modernos.

Desde la más remota antigüedad, desde la llamada edad de piedra, los hombres se dieron necesariamente cuenta de los males derivados del hecho de que unos cuantos adquiriesen autoridad personal sobre todos los demás, aunque esos cuantos fuesen los más inteligentes, los más valerosos y los más sabios. Para contrarrestar los efectos de la autoridad incipiente, así en el clan primitivo como en las comunidades agrícolas y en las hermandades medievales (gremios de artesanos, de marineros, de cazadores, etc.), y finalmente en las ciudades libres de la Edad Media, se constituyeron instituciones de defensa contra la intromisión en las vidas y haciendas particulares, tanto de los extranjeros conquistadores como de aquellos que en el mismo seno de las agrupaciones sociales intentaban imponer su autoridad personal. Igual tendencia popular es patente en los movimientos religiosos de las masas europeas durante los comienzos de la Reforma y en la época de sus precursoros los anabaptistas y los husitas. En el período de 1793 la misma corriente de pensamiento de acción se revela vigorosa en la actividad federativa libre, extraordinariamente independiente de las «Secciones» de París y de todas las grandes ciudades y no pocos pequeños municipios de Francia. Y aun más tarde, el movimiento obrero que se extendió por Inglaterra y Francia, no obstante leyes verdaderamente draconianas, apenas

iniciado el sistema industrial presente, fué una patente manifestación de la resistencia popular a la autoridad creciente de unos cuantos, o sea de los capitalistas de la época.

Tales fueron las principales corrientes populares de tendencia anarquista. Es indudable que esos movimientos de las multitudes no podían desarrollarse sin dejar huella profunda en la literatura. Y en efecto, se la encuentra ya en Lao-Tse, en China, y en algunos de los filósofos griegos, Aristipo y los cínicos, Zenón y varios estoicos. Sin embargo, como dichos movimientos, ya fuesen de carácter revolucionario, ya de tendencia profundamente constructiva, surgieron en el seno de las masas populares y no en las universidades u otros centros de cultura, tuvieron escasas simpatías entre las gentes instruidas, y mucho menos en las de tendencias jerárquico-autoritarias.

El estoico griego Zenón abogaba ya por la comunidad libre, sin gobierno alguno, en oposición a la utopía estatista de Platón. Hizo también resaltar hasta la evidencia el instinto de sociabilidad que la Naturaleza desenvuelve en oposición al egoísmo del instinto de propia conservación. Previo además el tiempo en que los hombres se unirían a través de las fronteras y constituirían el *Cosmos* sin necesidad de leyes, cámaras legislativas y templo, ni de dinero para el cambio de sus servicios recíprocos. Su mismo lenguaje es extraordinariamente parecido al que comunmente se usa entre los anarquistas.

El obispo de Alba, Marco Girolamo Vida, desarrolló en 1553 ideas semejantes contra el Estado, sus leyes y su «suprema injusticia», e igualmente lo hicieron los precursores del racionalismo en Armenia (siglo IX), los husitas, especialmente Chojeki, en el siglo XV, y los primeros anabaptistas.

Rabelais, en la primera mitad del siglo XVI, y al final Fenelón, y especialmente el enciclopedista Diderot, a fines del siglo XVIII, desarrollaron las mismas ideas, que hallaron, justo es reconocerlo, cierta expresión práctica durante la Revolución francesa.

Pero fué Godwin en su *Investigación sobre la justicia política* quien estableció, en 1793, bajo forma bien definida, los principios políticos y económicos del anarquismo. No empleó la palabra «anarquía» misma, pero marcó fuertemente sus fundamentos, atacando por todas partes las leyes, probando la inutilidad del Estado y sosteniendo que sólo con la abolición de los tribunales, la verdadera *Justicia*—el único fundamento real de toda sociedad—sería posible. Respecto a la propiedad, abogó abiertamente por el comunismo.

A Proudhon corresponde el honor de haber sido el primero en usar la palabra anarquía (no gobierno). El gran filósofo anarquista hizo una tre-

menda crítica de los esfuerzos infructuosos de los hombres para darse un gobierno de tales condiciones que imposibilitara el dominio de los ricos sobre los pobres y que además estuviera siempre sometido a la voluntad de los gobernados. Los reiterados intentos de formular la Constitución modelo realizados en Francia desde 1793 y el fracaso de la Revolución de 1848, suministraron a Proudhon un arsenal de preciosos materiales para fundar su crítica demoleadora.

Fué Proudhon enemigo declarado de todas las formas de socialismo estatista, de las cuales no eran más que una simple subdivisión los comunistas de aquel tiempo (1840-1850). Resueltamente combatió todos los planes de socialismo autoritario, y tomando de Roberto Owen el sistema de bonos representativos de horas de trabajo, desarrolló su concepción del *Mutualismo*, en cuyo sistema se hacía inútil toda clase de gobierno.

A partir del principio de que el valor de los productos habría de medirse por la cuantía del trabajo necesario para obtenerlos, afirmaba el mutualismo que todos los cambios entre los productores podrían realizarse sencillamente por medio de un Banco Nacional que aceptase los pagos en bonos de trabajo, una Casa de Cambio que diariamente llevase cuenta y razón de los millares de operaciones anejas a la institución proyectada.

Los servicios cambiados así entre los productores serían equivalentes, y como el Banco podría facilitar los bonos de trabajo sin interés alguno y cada grupo obtenerlos mediante el pago del 1 por 100 ó aún menos para gastos de administración, el capital perdería su poder pernicioso y no podría ser ya empleado como instrumento de explotación.

Proudhon dió a su sistema del mutualismo un desarrollo completo y conforme en todo a sus ideas antigubernamentales y antiestatistas. Es necesario, sin embargo, que hagamos constar que la parte de su programa exclusivamente mutualista había sido ya proclamado en Inglaterra por William Thompson (mutualista antes de declararse comunista) y por sus continuadores John Gray (1825-1831) y J. F. Bray (1839).

Contradicción del individualismo En los Estados Unidos representaba esa misma tendencia

Josiah Warren, quien después de formar parte de la colonia de Roberto Owen «Nueva Armonía», se volvió contra el comunismo y en 1827 fundó en Cincinnati una «Alhóndiga» en la que las mercancías se cambiaban conforme al principio de la hora y el bono de trabajo. Esta institución se mantuvo firme hasta 1865 bajo los nombres de «Alhóndiga equitativa», «Villa equitativa» y «Casa de la equidad».

Las mismas ideas de trabajo-valor y de cambio

a precio de coste fueron invocadas en Alemania por Moses Hess y Karl Grün en 1843 y 1845 y en Suiza por Wilhelm Marz, quien combatió el comunismo autoritario de Weitling.

Por otra parte, y en oposición al fuerte comunismo autoritario de Weitling, que había conquistado un gran número de adeptos entre los trabajadores de Alemania, apareció en 1845 la obra de un hegeliano alemán, Max Stirner (su nombre verdadero fué Johann Kaspar Schmidt), titulada *El yo y su propiedad*, que ha sido más tarde resucitada, por así decirlo, por J. H. Mackay y de la que se habló largamente en los círculos anarquistas como de una especie de manifiesto de los anarquistas individualistas.

La obra de Stirner es la rebelión contra el Estado y contra la nueva tiranía impuesta al hombre si el comunismo autoritario triunfase. Razorando según el sistema metafísico de Hegel, Stirner predicaba la rehabilitación del yo y la supremacía de la individualidad y por este camino llegó a defender el más completo amoralismo (no moralidad) y la *Asociación de los egoístas*.

Es fácil comprender, como ya ha sido demostrado por más de un escritor anarquista y últimamente por el profesor francés V. Basch en un interesante trabajo titulado *Individualismo anarquista: Max Stirner*, es fácil comprender, digo, cómo esta clase de individualismo que tiene por objeto el «pleno desenvolvimiento», no de todos los miembros de la sociedad, sino únicamente de los que se consideraran dotados de las mejores aptitudes, sin cuidarse del derecho de todos a ese mismo desarrollo integral, es simplemente la vuelta disimulada a la actual educación del monopolio de unos pocos. Significa sencillamente «el derecho a su completo desarrollo» para las minorías privilegiadas. Pero como semejantes monopolios no pueden sostenerse de otro modo que bajo la protección de una legislación monopolista y de la coacción organizada por el Estado, las demandas de ese singular individualismo concurren necesariamente por retornar a la idea del Estado y a la misma coacción que tan ferreamente combate. Su posición es la misma que la de Spencer y de todos los economistas de la llamada escuela de Manchester, que empiezan también por una severa crítica del Estado y concluyen reconociéndolo totalmente, a fin de mantener los monopolios de la propiedad, cuyo celoso y fuerte guardador es necesariamente el propio Estado.

El anarquismo aspiración social

Si la revuelta contra el Estado, proclamada por los escritores de la clase media, revisitó frecuentemente caracteres de rebelión del individuo contra la sociedad y sus hipocresías, en nuestros tiempos análoga revolución se cumple entre los

trabajadores y adquiere caracteres más profundos porque se dirige a la investigación de las formas de sociedad que mejor y más pronto libertarán de la opresión e impedirán que unos hombres sean explotados por otros que tienen de su parte el auxilio poderoso del Estado.

Los fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores creían que este organismo era el embrión de la nueva sociedad al surgir de la Revolución Social. En esta sociedad nueva, las funciones que hoy están en manos del gobierno, serían sustituidas por libres contratos derivados de las relaciones directas entre los grupos autónomos de productores y de consumidores. En este mismo momento el ideal anarquista dejó de ser una aspiración individual para transformarse en social.

A medida que los trabajadores de Europa y América van estrechando sus relaciones directas, sin el intermedio de los gobiernos; a medida que adquirieren conocimiento exacto de su mutua posición, se penetran más y más de sus propias fuerzas y de su capacidad para reedificar, sobre nuevas bases, el mundo social. Comprenden, al fin, que si el pueblo recuperara la posesión de la tierra y de cuanto es necesario para producir lo suficiente a las necesidades todas de la vida; que si las asociaciones de hombres y de mujeres dispuestas a trabajar en el campo, en las fábricas, en las minas, etc., pusieran bajo su dirección el mecanismo nuevo de la producción, podrían fácilmente atender a la satisfacción de las necesidades de la vida social y garantizar a todos el bienestar y un poco más de comodidad y de sosiego. Los recientes progresos de la técnica y de la ciencia hacen evidente la posibilidad de tal supuesto. Y no hay duda de que en una vasta organización internacional de productores y consumidores, el cambio de los productos podría organizarse con idéntica facilidad, toda vez que no habría de ser establecido en vista del enriquecimiento de una minoría privilegiada.

Asimismo es mayor cada vez el núcleo de trabajadores inteligentes que se dan cuenta de que el Estado con sus tradiciones, sus jerarquías y su estrecho nacionalismo, no ha hecho nunca otra cosa que desarrollar la organización de privilegios y opresiones que tan duramente pesa sobre todos. Los ensayos hechos en varias naciones a fin de aliviar parcialmente los males sociales dentro de la organización del Estado burgués, no han logrado más que demostrar, con mayor eficacia, la falsedad de semejantes procedimientos, y por eso mismo, cuanto más se ha ensanchado el campo de esos ensayos, mayor ha sido la certidumbre de que el mecanismo del Estado no puede ser utilizado como instrumento de emancipación.

El Estado es una institución que ha sido crea-

da y fomentada con el propósito bien determinado de establecer y amparar diversos monopolios a favor de los dueños de esclavos y de siervos, de los terratenientes, laicos o canónicos; de los mercaderes, los usureros, los reyes, los guerreros, los nobles, y finalmente, en el siglo XIX, de los capitalistas industriales, a quienes el propio Estado surte de brazos arrebataados a otros países. Es, por tanto, indudable que el Estado sería, por lo menos, una institución inútil si esos monopolios fuesen suprimidos. *Una gran simplificación de la vida* se obtendría inmediatamente si fuese destruida la armazón que permite a los ricos explotar a los pobres.

La idea de los municipios independientes en cuanto a la organización territorial y la federación de las sociedades de oficio para la organización de los hombres conforme a sus diversas funciones, vino a darnos una concepción *concreta* de la sociedad emancipada por la Revolución. Falló, sin embargo, agregar a esos dos modos de organización un tercer modo desarrollado rápidamente durante los últimos cincuenta años. Todo el mundo ha podido ver cómo, gracias a una pequeña libertad conquistada en ese sentido, se han hecho miles de miles de combinaciones nuevas, se han constituido multitud de sociedades libres para satisfacer de todas las imaginables necesidades económicas, de higiene e instructivas; cómo la iniciativa privada ha acudido a la asociación para el mutuo apoyo, para la propaganda de los ideas, para las empresas de arte, para la organización de los deportes y para cien fines más. Todo el mundo ha podido ver cómo esas agrupaciones, yuxtaponiéndose y entrelazándose, estaban y están prontas a satisfacer nuevas necesidades y a plegarse a nuevas influencias por medio de nuevos convenios y de nuevas organizaciones públicas o privadas.

Todavía vamos más lejos. Se comprende ya que si las sociedades humanas evolucionaran en este sentido, decaerían necesariamente la coacción y el castigo. El mayor obstáculo al sostenimiento en la sociedad presente de un cierto nivel de moralidad, consiste en la ausencia de la igualdad social. Y sin la igualdad *real*, el sentido de la justicia no hará jamás su camino, porque *la justicia implica necesariamente el reconocimiento de la igualdad*.

En dondequiera que los principios de justicia no viniesen negados a cada paso en la práctica de la vida por designaldades irritantes y por deficiencias de medios, es evidente que los hábitos de justicia, de equidad, ganarían el alma del pueblo y dominarían sus costumbres, extendiéndose forzosamente por todo el cuerpo social. En este medio de equidad, de justicia, el individuo sería *libre* en el sentido de que su libertad no estaría

limitada por el temor, por el miedo a un castigo social o místico; por la obediencia, ya a otros hombres reputados superiores, ya a entidades teológicas o metafísicas, que son precisamente las que conducen a la servidumbre intelectual—la mayor maldición de la humanidad—y al más bajo nivel moral humano.

El hombre, en un régimen de igualdad, podría guiarse confiadamente por su razón, porque ella llevaría el sello del medio social en que viviera; podría, asimismo, alcanzar el pleno desenvolvimiento de su individualidad, en tanto que el «individualismo», que los intelectuales de la clase media respetan instrumento único del desarrollo de los individuos mejor dotados, sería realmente el principal *obstáculo* a su desenvolvimiento.

Este obstáculo es de tal naturaleza, que no permite a la mayoría de los favorecidos desarrollar sus más elevadas facultades, porque con la baja productividad, cuyo nivel inferior conserva cuidadosamente el capital y el Estado, les falta tiempo para ello o no tienen la necesaria suerte en la lotería de la vida para flotar sobre los demás. Por otra parte, aun los vencedores no cuentan con el aplauso y la recompensa de la sociedad más que a condición de que no vayan «demasiado lejos» en sus críticas y juicios, y sobre todo de que no realicen actos que puedan conducir a la destrucción o a una seria reforma de la sociedad misma. Sólo a este precio se permite a ciertos individuos «alcanzar un desarrollo dado de su individualidad», porque no son realmente peligrosos, porque ellos, en lugar de perjudicar, favorecen a los filisteos.

Objeto principal del anarquismo

Es preciso distinguir tres concepciones diferentes en las opiniones económicas de los anarquistas.

De acuerdo con todos los socialistas, por lo menos con aquellos que continúan teniendo por lema *la abolición en un futuro próximo* de la explotación del Trabajo por el Capital, los anarquistas estiman que el sistema de propiedad privada de la tierra, así como de todo lo que es necesario para la producción, debe desaparecer juntamente con el actual sistema de trabajo en beneficio exclusivo de los capitalistas. Pero disentimos de todas las escuelas o ramas del socialismo de Estado, en que no admitimos que el sistema del Estado-Capitalista, pagado ahora bajo el nombre de colectivismo, sea la solución del problema social. Todos los ejemplos que se nos presentan para ilustrarnos acerca de lo que será una sociedad sin capitalistas, ya sea la organización de los ferrocarriles, ya la de correos y telégrafos, ya cualesquiera otras análogas, los consideramos nosotros como un sistema nuevo de asalariados, probablemente mejor que el actual;

pero de ningún modo deseable. Y creemos más: parecemos que semejante solución del problema social va directamente contra las actuales tendencias libertarias de la humanidad civilizada, por cuya razón la juzgamos sencillamente irrealizable.

Nosotros sostenemos que habiendo sido la organización del Estado la fuerza de que se han servido las minorías para establecer y desarrollar su poder sobre las masas, no puede ser también la fuerza que destruya esos mismos privilegios. La historia nos enseña que toda forma nueva de vida económica ha sido siempre acompañada de una nueva forma de organización política, y una sociedad *socialista*, ya sea comunista, ya colectivista, no puede ser excepción a esta regla. Así como las diferentes Iglesias cristianas no pueden ser utilizadas para libertar al hombre de sus viejas supersticiones, así como el sentimiento de solidaridad humana requiere nuevos modos de expresión fuera de todas las Iglesias, así también la liberación política y económica del hombre necesita crear nuevas formas, en lugar de las establecidas por el Estado, para traducirse en la vida real.

Por consecuencia, el objeto principal del anarquismo es excitar el poder constructivo de las masas trabajadoras. Ellas dieron el impulso y realizaron todas las transformaciones necesarias en todos los grandes momentos de la historia. Ellas realizarán, auxiliadas por el acrecentamiento de los conocimientos, la transformación verdadera cuya necesidad proclamamos, en nuestros tiempos, los mejores entre los mejores hombres.

Esa es la razón en que se fundan los anarquistas para rechazar las funciones de legisladores o de servidores del Estado. Estamos convencidos de que la Revolución Social no se hará por medio de leyes. Las leyes vienen siempre detrás de los hechos realizados, y aun en el caso de que todo ocurra honradamente—que no es precisamente lo usual—serán letra muerta en tanto no se produzcan las fuerzas vivientes necesarias para convertir en hechos prácticos las *tendencias* expresadas en la ley.

Desde los tiempos de la Internacional, los anarquistas han estado siempre arma al brazo participando activamente de la vida obrera e interesándose en la lucha *directa* del Trabajo contra el Capital y su genuino representante el Estado.

Anarquismo y comunismo Respecto a la forma que podrá adoptarse en cuanto a la remuneración del trabajo en una sociedad emancipada del yugo del Capital y del Estado, las opiniones de los anarquistas continúan aún divididas.

La mayor parte acepta la solución comunista-anarquista, porque ven que la única forma de comunismo que sería aceptable en una sociedad civil-

izada es aquella que pudiera pasarse sin la continua intervención de un gobierno cualquiera, es decir, la forma anarquista. Creen estos camaradas también que una sociedad anarquista de cierta extensión sería imposible si no empezase por garantizar a todos un minimum de bienestar obtenido en común. Así el comunismo y el anarquismo se complementan.

Sin embargo, al lado de esta corriente principal hay la de aquellos que ven en el anarquismo la rehabilitación del individualismo.

Los anarquistas individualistas se dividen en dos ramas. Algunos son *mutualistas*, a la manera proudhoniana. Ya hemos hablado de ellos antes. Sus ideas, como hemos visto, han tenido cierto éxito en los Estados Unidos, donde existen organizaciones de agricultores que cambian sus productos conforme al principio de cheques, hora de trabajo por hora de trabajo. No obstante, siempre podrá hacerse a este sistema la objeción de que difícilmente sería compatible con el sistema de propiedad común de la tierra y de todo lo necesario a la producción. El comunismo, en la posesión de la tierra, las fábricas, etc., y el individualismo son demasiado contradictorios para coexistir en una misma sociedad. Dejemos a un lado la dificultad de justipreciar el valor en venta de un producto por medio del tiempo necesario, o del que se emplee actualmente en obtenerlo. Para conseguir que los hombres se pusieran de acuerdo respecto a la valoración del trabajo de cada uno, sería también necesario que sus ideas estuviesen profundamente saturadas del principio comunista.

En cuanto a los anarquistas que proclaman el individualismo absoluto, tal como lo entendió Stricker, ya hemos visto la interna contradicción que sus concepciones encierran. Sus partidarios retoran inevitablemente a las ideas de las minorías privilegiadas, aunque ellos mismos las hayan refutado duramente de antemano.

Las mismas objeciones pueden hacerse al anarquismo individualista de los discípulos de Benjamín Tucker, el conocido editor del periódico neoyorkino *Liberty*. Sus ideas participan de las de Proudhon y de las de Spencer. Esta doctrina parte del principio de que lo único obligatorio para el anarquista es atender a sus asuntos propios, sin mezclarse en los ajenos; que cada individuo y cada grupo tiene el derecho de sobreponerse al resto de la humanidad si dispone de *fuerza* necesaria para hacerlo; y que si esa única obligación que consiste en «el gobierno de cada uno por sí mismo» recibiese acatamiento y aplicación de un modo *general y absoluto*, no sería de ningún modo peligrosa, porque los derechos de cada uno estarían limitados por los derechos de todos los demás. Este modo de razonar es un tributo rendido a la dialéctica metafísica y es desconocer los hechos

de la vida real. Imposible concebir una sociedad en la que los asuntos e intereses de cada uno no afecten a muchos otros, cuando no a todos; imposible imaginársela sin que el hecho de estar en continuo contacto todos sus miembros no produzca, como resultado, la comunidad de intereses, la interferencia de los intereses de cada uno en los intereses de los demás. Toda acción implica necesariamente la idea de un beneficio o perjuicio resultante para nuestros semejantes. Si no nos cuidáramos para nada de los efectos de nuestros actos, llegaría a hacerse imposible actuar en ningún sentido.

De aquí que Tucker, después de su admirable crítica del Estado y de su vigorosa defensa de los derechos del individuo, acabe por reconocer, como hizo Spencer, el derecho del Estado a *defender* a sus miembros. Pero precisamente amparado en el derecho de *defensa* de los débiles, es como el Estado se arrogó todas las funciones *agrestivas* que los dos, Spencer y Tucker, tan brillantemente han refutado.

Esta contradicción explica quizá por qué el individualismo anarquista tiene muchos más adeptos entre la clase media que entre los obreros. Es preciso, sin embargo, declarar que prestan un servicio real previniendo a los comunistas anarquistas para que no hagan demasiadas concesiones a la vieja idea del *oficialismo* del Estado. Es difícil librarse de las ideas añejas.

En cuanto al comunismo anarquista, es cierto que gana más y más terreno cada día entre los trabajadores que tratan de adquirir una clara idea de la acción revolucionaria venidera. Los movimientos sindicalistas y tradunionistas, que permiten a los trabajadores practicar la solidaridad y sentir la comunidad de sus intereses, preparan mucho mejor que todas las elecciones el camino que es necesario seguir para la realización de esas aspiraciones. Y no será mucho esperar que cuando empiecen en Europa y América importantes movimientos en favor de la emancipación del trabajo, se hagan, por lo menos en los países latinos, algunos tanteos comunistas anarquistas, mucho más profundos que todos los realizados por la nación francesa en 1793-94, tanto en multitud de municipios como en las «Secciones» de las grandes ciudades.

El anarquismo y la ley

Fijadas ya las ideas directrices del anarquismo, examinaremos ahora algunas conclusiones concretas que ponen de manifiesto el lugar que ocupan nuestras ideas en el movimiento científico y social de los presentes tiempos.

Cuando se nos dice que debemos acatar la Ley (así, con letra mayúscula), porque «la Ley es la Verdad expresada en forma objetiva»; porque «lo que dirige e impulsa la evolución de la Ley, diri-

ge e impulsa asimismo la evolución de la Inteligencia», o porque «la Ley y la Moral son idénticas y sólo difieren en la forma», escuchamos tan hinchadas palabras con la mismísima reverencia con que las acogía Mefistófeles en el *Fausto*, de Goethe. No ignoramos que para traducir en palabras sus pensamientos, han tenido que hacer un enorme esfuerzo intelectual los que escribieron tales conceptos, por cuya razón, sin duda, se los imaginaron extraordinariamente profundos. No desconocemos tampoco que todo ello se resume en una serie de tanteos inconscientes para llegar a grandes generalizaciones y que estas generalizaciones no se fundaban sino en bases insuficientes, obscurcidas por medio de palabras rebuscadas, a fin de hipnotizar a las gentes en fuerza de extremar la elevación y la maraña del estilo. ¿Qué de extraño, pues, tiene nuestra despectiva ironía?

Es indudable que en los tiempos antiguos trataron los hombres de dar a la Ley un origen divino; que más tarde procuraron asentarla en bases metafísicas; pero en nuestros días podemos ya estudiar el origen de las diversas concepciones de la Ley y su desarrollo antropológico, exactamente del mismo modo que estudiamos y seguimos la evolución de las abejas en la elaboración de sus celdillas y de sus panales de miel. Merced a los trabajos de la escuela antropológica, puestos ahora al alcance de todo el mundo, es cosa fácil observar cómo aparecen las costumbres sociales y las concepciones de la Ley entre los más primitivos salvajes y no lo es menos seguir paso a paso su gradual desenvolvimiento a través de los códigos en los distintos períodos de la historia hasta nuestra misma época. De ese análisis se deduce la conclusión siguiente, ya mencionada por nosotros anteriormente: Todas las leyes tienen *un doble origen*, y es precisamente esta circunstancia lo que las distingue de las costumbres establecidas por el uso y que representan los principios de moralidad propios de una sociedad determinada en una determinada época.

La ley confirma las costumbres, las cristaliza; pero al propio tiempo se aprovecha de ellas y se ampara de la general aprobación que encuentran para introducir con disimulo, bajo su sanción, alguna otra institución nueva en beneficio enteramente de las minorías guerreras y gobernantes. No de otro modo ha establecido o sancionado la Ley la esclavitud, la autoridad paternal, la preeminencia de las castas sacerdotal y militar; no de otro modo nos ha sumido en la servidumbre y más tarde en la subordinación al Estado. Al amparo de tales medios ha logrado la Ley imponer constantemente al hombre un duro yugo, sin que de ello el hombre se diera cuenta. De ese yugo jamás ha podido emanciparse la humanidad, como no haya sido revolucionariamente.

Tal es el proceso histórico desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Y hoy mismo no otra cosa sucede aún con relación a las leyes más avanzadas, con las denominadas leyes sociales, porque al lado de «la protección al obrero», como bandera visible, las leyes introducen subrepticamente el principio del arbitraje *obligatorio* a cargo del Estado en caso de huelga (arbitraje y obligatorio, ¡qué contrasentido!), o bien, a pretexto de fijar una jornada mínima de trabajo, hacen esta jornada forzosa durante tantas o cuantas horas, imponiendo al obrero una nueva sujeción. Del mismo modo es la Ley la que abre de par en par las puertas a la sustitución de los huelguistas por soldados en los ferrocarriles y otras industrias importantes cuando los obreros abandonan sus faenas en reclamación de mejoras o en protesta de abusos; del mismo modo es la Ley la que refuerza y sanciona la servidumbre en que viven los campesinos de Irlanda por medio de la fijación de elevadas tarifas para redimir las tierras de las rentas que sobre ellas pesan. La Ley se hace, al parecer, para facilitar la redención; lo que en realidad ocurre es que la esclavitud queda por la Ley reafirmada. ¿Para qué seguir? Este sistema prevalecerá mientras sea una parte de la sociedad la que haga las leyes para todo el conjunto social, y es así como se extenderá cada vez más el poder del Estado, cuyo soporte principal es el capitalismo.

En tanto se hagan leyes y sea forzoso someterse a ellas, los resultados serán necesariamente los mismos.

Se comprende, pues, que los anarquistas, desde Godwin acá, nieguen y repudien todas las leyes escritas; no obstante, ellos aspiran, más y mejor que todos los legisladores juntos, a la Justicia, que es equivalente—lo repetimos—a la igualdad e imposible sin ella.

El anarquismo Cuando se nos objeta que al rechazar la Ley, rechazamos la Moral, como no admitimos el «imperativo categórico» de que nos habló Kant, contestamos que tal lenguaje es en sí mismo extraño y del todo incomprensible para nosotros. Es para nosotros tan extraño e ininteligible como lo sería para un naturalista que se pusiese a hacer estudios sobre la Moral.

Antes de entrar en materia, habría que plantear a nuestros impugnadores esta cuestión previa: «¿Qué se quiere decir con eso del *imperativo categórico*? ¿No podrían sus mantenedores traducirlo al lenguaje corriente, tal como hizo Laplace traduciendo, con gran fortuna, las fórmulas de las más elevadas matemáticas a términos inteligibles para todo el mundo? No de otra suerte han proce-

dido todos los grandes hombres de ciencia. ¿Por qué no los imitan los señores del «imperativo categórico»?

Vamos: ¿qué se quiere significar cuando se habla de «leyes universales» y de «imperativo categórico»? ¿Es que esas palabras expresan la idea generalmente aceptada «no hagas a los demás lo que no quieras que hagan contigo»? Si ello es así, bien, no hay desacuerdo. Mas analicemos la cuestión a semejanza de lo que hicieron antes que nosotros Hutcheson y Adam Smith. ¿De dónde proviene esa concepción moral y cómo se ha desarrollado? Investigemos en qué grado la idea de Justicia implica la de Igualdad. Es un tema muy importante porque, indudablemente, sólo aquellos que consideraran a los demás como sus iguales pueden obedecer la regla moral «no hagas a los demás lo que no quieras para tí». El amo de siervos o el traficante de esclavos no podría en modo alguno admitir y practicar «la ley universal» o «el imperativo categórico» con sus siervos o con sus esclavos, sencillamente porque no los consideraría como sus iguales. Y si esta observación es exacta, véase cómo no es posible inculcar ideas morales al mismo tiempo que se sugieren ideas de desigualdad.

Analícemos lo que Guryan llama «el sacrificio de sí mismo» e investiguemos cuáles fueron las causas y las condiciones que más han contribuido históricamente al desarrollo de los sentimientos morales en el hombre, aun cuando no sea más que en lo relativo a los mandatos respecto de nuestro prójimo. Podremos así deducir cuáles condiciones sociales y cuáles instituciones ofrecen mejores frutos para el porvenir.

Ya hemos visto en qué grado han contribuido a aquel desarrollo las religiones y cuán gran obstáculo han sido las desigualdades económicas y políticas establecidas por la Ley. ¿Y qué parte tienen en ese desenvolvimiento la ley, el castigo, las prisiones y cuál el juez, el carcelero y el verdugo?

Estudiemos todo esto en detalle, separadamente, y entonces podremos hablar, con algún resultado práctico, de la moralidad social y de la moralización por medio de la ley, de los tribunales y de la policía. Pero se prefirió a esto las palabras hinchadas y huecas que sólo sirven para ocultarnos el verdadero conocimiento de las cosas. Es posible que hayan sido inevitables en un cierto período de la historia, aunque es muy dudosa aún entonces su utilidad; pero hoy, capacitados como estamos para comprender el estudio de las más arduas cuestiones sociales del mismo modo que el jardinero de una parte y el fisiólogo de otra estudian las condiciones de desarrollo de una planta, no tenemos más que poner manos a la obra.

Errores de los economistas Desde otro punto de vista, cuantitativamente libre, el valor de la mercancía se mide por la cantidad de trabajo socialmente necesario para produciría (véase Ricardo, Proudhon, Marx y otros muchos), nosotros *no aceptamos* tal aserto como un artículo de fe por la sola razón de venir revestido de una autoridad particular o porque parezca un tanto socialista. «Es posible—decimos—que esa sea verdad. Pero ¿no véis que al hacer esa afirmación es como si sostuvierais que el valor y la cantidad de trabajo necesario son *proporcionales* del mismo modo que la rapidez de la caída de un cuerpo es proporcional al número de segundos que tarda en caer? Afirmáis así una cierta *relación cuantitativa* entre el trabajo y el valor de la mercancía. Muy bien; pero, ¿podéis entonces hacer medidas, observaciones; *medidas cuantitativas*, únicas que puedan confirmar un aserto *cuantitativo*?»

Se nos dirá que, hablando *groso modo*, el valor aumenta de las mercancías crece a medida que aumenta la cantidad de trabajo necesario para producirías. Estas son las mismas palabras empleadas por Adam Smith, quien añadía que este hecho o ley no se daba en el sistema de producción capitalista. Pero saltar de esto a la afirmación de que, *por consecuencia*, las dos cantidades son *proporcionales*, que la una es medida de la otra y que ello es la traducción de una ley económica, equivale a caer en tremendo error. Tan tremendo y tan craso como sostener, por ejemplo, que la cantidad de agua que caerá mañana de la atmósfera será proporcional al número de milímetros de descenso del barómetro por debajo de la línea de fe señalada en un cierto lugar y en una estación dada.

El hombre que hizo notar, antes que ningún otro, cierta relación entre el bajo nivel del barómetro y la cantidad de lluvia desprendida de las nubes; el hombre que, antes que nadie, advirtió el hecho de que una piedra al caer de una gran altura adquiere, en la caída, mayor velocidad que la adquirida por la que cae solamente de un metro de altura, esos hombres hicieron, ciertamente, descubrimientos científicos.

Pero el que, una vez establecido cualquiera de esos principios generales, viniera a decirnos que la cantidad de lluvia caída *se mide* por medio del descenso barométrico, o bien que el espacio o camino recorrido por una piedra que cae es *proporcional* a la duración de la caída y se mide por ella, ese afirmaría cosas sin sentido alguno; demostraría, cuando más, que era absolutamente ajeno a los *métodos científicos*; probaría, en fin, ignorancia científica, a pesar de todas sus palabras tomadas a la ciencia.

Eso es, exactamente, lo que han hecho cuantos

han formulado la afirmación antes dicha acerca del valor de los productos en el mercado.

Más pruebas de los errores de los economistas Es necesario hacer constar que, en absoluto, la falta de datos numéricos exactos no es excusa admisible para justificar la superficialidad en materia económica.

En el dominio de las ciencias exactas se conocen millares de casos en que dos cantidades guardan entre sí relación de dependencia, de tal modo que si la una crece, crece la otra también; sin embargo, se sabe asimismo que no son proporcionales la una a la otra. La rapidez de crecimiento de una planta depende, ciertamente, entre otras cosas, de la cantidad de calor que recibe. La altura del sol sobre el horizonte y la temperatura media diaria (deducida de muchos años de observación) aumentan al mismo tiempo y cotidianamente a partir del 22 de marzo. El retroceso de un fusil cualquiera es mayor cuanto más grande es la carga del cartucho en él introducido.

Así en todo.

Pero ¿dónde está el hombre de ciencia que una vez conocidas esas relaciones afirme que, *por consecuencia*, la rapidez del crecimiento de la planta y la cantidad de calor recibida, la elevación del sol sobre el horizonte y la temperatura media diaria, el retroceso del fusil y la cantidad de pólvora puesta en el cartucho son *proporcionales*? ¿Dónde el que sostenga que si uno de esos dos términos aumenta dos, tres, cuatro veces, el otro crecerá en la misma relación? ¿Dónde el que, en otras palabras, diga que el *uno es la medida del otro*? El hombre de ciencia sabe que existen millares de relaciones distintas, fuera de las de proporcionalidad, entre dos cantidades; y a menos de haber hecho previamente *un cierto número de mediciones* que prueben la existencia de semejante relación de simple proporcionalidad, se guardará muy bien de formular tal afirmación.

¡He ahí lo que han hecho los economistas al afirmar que el trabajo es la medida del valor!

Aun hicieron más. No se dieron cuenta de que sólo establecían un simple supuesto, una mera suposición. Al contrario, sostienen, sería y resultante, que su hipótesis es toda una ley y no se cuidan de *verificarla por medio de mediciones*, cuya *necesidad* es indudable.

En realidad, las relaciones cuantitativas entre el crecimiento de una planta y el calor por ella recibido, entre el retroceso del fusil y la carga del cartucho, etc., son demasiado complejas para expresadas por una sencilla proporción aritmética. En el mismo caso están las relaciones entre el trabajo y su valor.

El valor de cambio y el trabajo necesario para producir un objeto cualquiera, *no son proporcionales*.

nales entre sí; el trabajo no es la medida del valor según había demostrado ya Adam Smith.

Este economista, una vez establecido lo que *fué*, en las condiciones del tráfico libre, hizo constar seguidamente que ello sólo había ocurrido en el período tribal de la humanidad. Según él, no es verdad que en el sistema de producción capitalista, el valor de cambio continúe siendo la medida del trabajo necesario a la producción de cada objeto. Muchos otros factores sobrevienen en la sociedad capitalista para alterar completamente la relación existente un tiempo entre el trabajo y el valor de cambio. Pero los modernos economistas no ponen atención alguna en ello: continúan repitiendo la afirmación de Ricardo, y en paz.

Los mismos reparos que hemos hecho a la teoría del valor, pueden aplicarse a la mayor parte de las afirmaciones hechas por los economistas y por los llamados «socialistas científicos», que continuamente nos ofrecen sus conjeturas como «leyes naturales». No sólo sostenemos que la mayor parte de esas supuestas leyes son inexactas, sino que estas son seguras de que los que creen en esas leyes reconocerían su error tan pronto como verificaran, según lo hacen los naturalistas, la necesidad de someter cada afirmación numérica, cuantitativa, a prueba también numérica, cuantitativa.

El anarquismo y la economía política

Toda la economía política adquire, desde el punto de vista anarquista, un aspecto completamente distinto del que le dan los economistas, quienes, no acostumbrados al método inductivo científico ni bien impuestos del sentido propio de lo que significa la expresión «ley natural», gustan, no obstante, grandemente de emplear esas locuciones. Todavía están lejos de darse cuenta del carácter *condicional* de todas las tiradas leyes naturales.

De hecho toda ley natural significa lo siguiente:

Si tales y cuales condiciones se cumplan, los resultados serán otros y cuales otros; si una línea recta corta a otra, de tal modo que en el punto de cruce formen ambas ángulos iguales, las consecuencias serán de esta o de la otra naturaleza; si los movimientos peculiares al espacio interestelar actúan sobre dos cuerpos y no hay a una distancia no infinitamente grande un tercer o cuarto cuerpo actuando sobre aquellos dos, los centros de gravedad de dichos dos cuerpos comenzarán a aproximarse con cierta rapidez. Este último caso es la traducción de la ley de gravitación.

Podríamos citar ejemplos análogos indefinidamente.

Siempre hay un *sí*, una condición que cumplir.

De aquí resulta que todas las llamadas leyes y teorías de la economía política no son más que afirmaciones de esta naturaleza:

«Supongamos que hay siempre en un país determinado número considerable de gente que no puede subsistir un mes o una quincena sin obtener un cierto salario, y para ello acepta las condiciones que el Estado le impone en forma de contribuciones, renta sobre la tierra, etc., o bien las de aquellos que el Estado reconoce como dueños del suelo, de las fábricas, de los ferrocarriles; en tal caso, se seguirán éstas o aquellas condiciones.»

Hasta ahora, los economistas académicos han enumerado siempre y simplemente lo que sucede bajo condiciones dadas, pero sin enumerar y analizar las condiciones mismas. Y si alguna vez las mencionan, las olvidan inmediatamente para no hablar más de ellas.

Esto es bastante malo, pero aún hay en sus enseñanzas algo peor que eso. Los economistas nos presentan *los hechos resultantes de tales condiciones como leyes, leyes fatales e inmutables*. Y a eso llaman *ciencia*.

Es verdad que los economistas políticos, socialistas, han hecho la crítica de algunas de las conclusiones de los economistas académicos o sostenido de un modo diferente ciertos hechos; pero siempre olvidan las condiciones precisamente citadas y dan a los hechos económicos de una época determinada demasiada estabilidad, a fin de presentarlos como leyes naturales. Hasta ahora ninguno ha emprendido el camino de la ciencia económica. El que más ha hecho (Marx en su obra *El capital*) ha ido a buscar las definiciones metafísicas de los académicos, como Ricardo, para exclamar: «¡Mirad como aun con vuestras propias definiciones podemos probar que el capitalista explota al trabajador!» Esto sonaría bellamente en un folleto, pero está muy lejos de ser la ciencia económica.

Lo que debe ser la economía política

De todos modos, nosotros creemos que para que la economía política llegue a ser una ciencia, es necesario que se reconstruya en otra dirección. Es preciso considerarla como ciencia natural y emplear en su desenvolvimiento los métodos usuales en todas las ciencias exactas, empíricas, dándole al mismo tiempo finalidad distinta a la que ha tenido hasta ahora. Hay necesidad de adoptar, con relación a las sociedades humanas, análoga posición que la adoptada por la fisiología respecto a los animales y a las plantas. Es, en fin, indispensable que la economía se convierta en la *fisiología de la sociedad*.

Esta fisiología habrá de tener por objeto el estudio de las crecientes *necesidades* sociales y el de los *medios* puestos en práctica para satisfacerlas en el pasado y en el presente, rindiéndose debida cuenta de que esos medios no han estado ni están de acuerdo con su misma finalidad presupuesta. Por esto mismo, y porque entra en los propósitos de

toda ciencia la previsión y también la aplicación consiguiente de lo previsto a la vida práctica (ya lo dijo Bacon hace largo tiempo), la economía política deberá investigar los medios de satisfacer, lo mejor posible, las necesidades presentes y futuras con el menor gasto de energía, es decir, *económicamente*, a fin de que la especie humana obtenga en lo sucesivo los resultados apetecidos.

¿Quién está en lo cierto?

Es, pues, evidente la razón por la cual nuestras conclusiones difieren en tantos extremos de aquellas a que han llegado los economistas, así los académicos como los demócratas socialistas; la razón por la cual nosotros consideramos como *leyes* ciertas *correlaciones* establecidas por ellos; la razón por la cual nosotros deducimos del estudio de las tendencias de la moderna vida económica conclusiones tan diferentes a las suyas con relación a lo que nosotros estimamos deseable y posible; en otras palabras: la razón por la cual nosotros llegamos a la afirmación del comunismo libre y ellos al Estado capitalista y al sistema del salariado colectivista.

Es posible que nosotros estemos equivocados y tengan ellos razón. Pero el problema de saber quiénes están en lo cierto y quiénes en el error, no se resuelve por medio de discusiones bizantinas de tales o cuales escritores o divagando acerca de lo que concuerda o no con la «trilogía» de Hegel, y menos aún ciertamente continuando en el uso y abuso del método dialéctico.

Este asunto puede resolverse únicamente por medio del estudio de los hechos económicos en la misma dirección y con los mismos métodos que se emplean en las ciencias naturales.

El anarquismo y el Estado

Por medio del mismo método llegan los anarquistas a sus conclusiones propias con relación a las diferentes formas políticas en la sociedad, y especialmente del Estado. No nos impresionan lo más mínimo afirmaciones como las siguientes: «El Estado es la afirmación de la vida de la Justicia Suprema en la Sociedad»; «El Estado es el instrumento y el conductor del Progreso»; «Sin Estado, no hay sociedad».

Fieles a nuestro método, estudiamos el Estado con la misma disposición de ánimo que pondríamos en el estudio de una sociedad de hormigas o de abejas o bien de pájaros reunidos en las orillas de un mar o un lago ártico. Es innecesario repetir aquí las conclusiones a que hemos llegado por consecuencia de esos estudios. Tendría que reproducir todo lo dicho por los anarquistas desde Godwin hasta nuestros días, y ello anda esparcido en buen número de folletos y libros que puede adquirir cualquiera.

Basta a nuestro objeto hacer constar que para nuestra *civilización* europea — *civilización* de los últimos veinte siglos, a la cual pertenecemos — el Estado es una forma social que se ha desarrollado del siglo XVI acá bajo la influencia de una serie de causas para cuyo examen remito al lector a mi ensayo *El Estado: Su función histórica*. Antes y a la caída del imperio romano, el Estado, en su forma romana, no existía. Si no obstante se le encuentra en los textos de historia de las escuelas, hasta en los comienzos del período bárbaro, no es más que como producto de las imaginaciones desatinadas de los historiadores, empeñados en formar el árbol genealógico de los reyes desde los jefes de las bandas merovingias, en Francia, y en Rusia desde Rurik, en 862. Los verdaderos historiadores saben bien que el Estado surgió de las ruinas de las ciudades libres de la Edad Media.

Necesidad de sustituir al Estado

Por otra parte, el Estado, considerado como poder político, ofrece hechos y concepciones que no podemos separar. Esas instituciones se han desarrollado, en el curso de la historia, apoyándose y reforzándose mutuamente. Están unidas entre sí, no por simples coincidencias accidentales, sino por los eslabones de causa y efecto.

El Estado es, para nosotros, una sociedad de seguros mutuos entre los terratenientes, los militares, los jueces y los sacerdotes, a fin de apoyar cada uno la autoridad del otro sobre el pueblo y de explotar, para enriquecerse, la pobreza de las masas.

Tal fué el origen del Estado; tal su historia; tal su esencia actual.

Por consecuencia, figuraros que el capitalismo puede ser abolido quedando en pie el Estado, y aun más, que puede ser abolido con el apoyo del Estado mismo, sabiendo que el último fué fundado para asegurar el desenvolvimiento del capitalismo y creció siempre en poder y solidez proporcionalmente al poder adquirido por este último, abrirgar semejante ilusión, repetimos, es tan poco razonable, a nuestro modo de ver, como lo fué esperar de la Iglesia la emancipación del trabajo o como esperarla del cesarismo o del imperialismo. Ciertamente que en la primera mitad del siglo XIX hubo muchos socialistas que incurrieron en tal desvarío; pero permanecer en la misma región de ensueño hoy, en los comienzos del siglo XX, es demasiado infantil!

Formas nuevas de organización económica requieren necesariamente nuevas formas de estructura política. Y tanto si el cambio se verifica rápidamente, por medio de una revolución, como si se opera lentamente, por medio de una evolución gradual, los dos cambios, político uno, económico

otro, marcharán al unísono, contemporánea y solidariamente.

Cada paso dado hacia la libertad económica, cada victoria obtenida sobre el capitalismo, serán al mismo tiempo un paso dado hacia la libertad política, hacia la liberación del yugo del Estado por medio de libres contratos agrícolas, industriales y profesionales.

Las dos maneras Es de suyo evidente que si los *de ser del Estado* anarquistas se diferencian de modo tan considerable en los métodos de investigación y en los principios fundamentales de los hombres de ciencia oficiales y sus colegas los demócratas socialistas, han de diferenciarse igualmente en los medios de acción.

Por nuestras opiniones acerca de la ley y del Estado, no hay modo, no hay posibilidad de que consideremos la creciente subordinación del individuo al Estado como fuente de progreso, y menos aún como aproximación a las transformaciones sociales que estimamos necesarias.

No podemos tampoco asentir a las frecuentes afirmaciones de algunos críticos superficiales de la sociedad actual cuando proclaman la necesidad de que las industrias estén bajo la dirección del Estado porque «el capitalismo» tiene su origen en la anarquía de la producción imperante a causa del abstencionismo gubernamental y en la doctrina, cara a los economistas liberales, del *dejad hacer, dejad pasar*. Tales palabras significan que el Estado ha practicado siempre la doctrina del no intervencionismo y del economismo, pero es lo cierto que, en realidad, nunca cayó en semejante tentación.

Todo el mundo sabe, por el contrario, que mientras todos los gobiernos han dado a los capitalistas y a los monopolizadores plena libertad para entrecerse a expensas del trabajo, mezquinamente retribuido, de los obreros sumidos en la miseria, JAMÁS, HASTA AHORA, han dado la libertad necesaria o han consentido que los obreros se opongan a la explotación de que son víctimas. Ningún gobierno, en ningún tiempo, aplicó la doctrina del *dejad hacer* a las multitudes explotadas. Todos, absolutamente todos, en todos los tiempos, se la han reservado exclusivamente para uso y abuso de los explotadores.

En Francia, aun bajo la Convención, feramente revolucionaria—léase jacobina—, las huelgas eran consideradas como «coaliciones», como «conspiración» para formar un Estado dentro de otro Estado, y este supuesto delito era castigado con la muerte. No hablemos de la legislación contra el Trabajo del imperio napoleónico, de la restauración monárquica y hasta de la actual República mesocrática.

En Inglaterra, y a pretexto de haber formulado

amenazas, fueron ahorcados, en 1813, algunos trabajadores declarados en huelga. Los obreros que en 1813 se atrevieron a fundar con Roberto Owen una Asociación Nacional de Trabajadores fueron deportados a Australia. En las huelgas del año 70, varios obreros fueron condenados a trabajos forzados por el delito de coartar «la libertad del trabajo». Y más recientemente, en 1903, a consecuencia de la sentencia «Taff Vale», la sociedad de emplazados de ferrocarriles tuvo que pagar, por haberse declarado en huelga, la cantidad de 26.000 libras esterlinas a una compañía ferroviaria.

¿Será necesario que hablemos de Francia, donde el derecho de constituir sociedades obreras y sindicatos agrícolas no fué reconocido hasta el año 1884, o sea al año siguiente de la agitación anarquista de Lyon y de los mineros de todo el país? ¿Necesitaremos hablar de Suiza, donde los huelguistas fueron ametrallados (en Airolo) durante la perforación del túnel de San Gotardo? ¿Habremos de Alemania, España, Rusia y los Estados Unidos, países en que la intervención del Estado a favor de los capitalistas ha sido y es todavía más decisiva?

El Estado servidador del capitalismo

Basta, por otra parte, recordar cómo todos los Estados reducen continuamente a los trabajadores del campo y de la industria a una vida miserable. Sobre ellos pesan toda clase de gabelas y monopolios. El Estado mantiene la exclusividad a favor de los señores del terruño, de los señores del algodón, de los magnates ferroviarios, de los accionadores todos y de todos sus adláteres. Véase si no de qué manera fué abolida la posesión comunal de la tierra en Inglaterra por medio de sucesivos decretos sobre acotamiento...

Y en fin, observemos lo que ocurre alrededor nuestro. Dondequiera, en Europa y en ambas Américas, todos los Estados van constituyendo nuevos monopolios en beneficio de los capitalistas de los respectivos países, y cuando esto no basta se lanzan a la conquista de otras tierras, tales como Egipto, el Tonkin, el Transvaal, etc.

¿De qué sirve, pues, la charla sempiterna de Carlos Marx acerca de la *acumulación primitiva*, como si este *impulso* dado al capitalismo perteneciera al pasado? La verdad es que, año por año hasta nuestros mismos días, se han ido estableciendo por todos los Parlamentos del mundo nuevos monopolios en beneficio de las compañías de ferrocarriles y tranvías, de las empresas de alumbrado y de abastecimiento de aguas, de transportes marítimos y hasta de ciertas instituciones y centros docentes. El *impulso* del Estado es y ha sido siempre la piedra angular de todas las grandes fortunas de los capitalistas.

En resumen: en ninguna parte ni en tiempo

alguno ha tenido realidad el sistema de «no intervención del Estado». Por doquier, el Estado ha sido y es todavía el más firme sostén y el creador, directo o indirecto, del capitalismo y de su poderío sobre el pueblo. Jamás desde los comienzos del Estado, han tenido las masas libertad para resistir a la opresión ejercida por los capitalistas. Los escasos derechos de que ahora gozan, los han conquistado a fuerza de valor y a costa de infinitos sacrificios.

Hablar, por tanto, de la no intervención del Estado puede ser muy bueno para los economistas de la clase media, porque se proponen persuadir al pueblo de que su miseria es «una ley de la Naturaleza». Pero ¿cómo pueden los socialistas emplear semejante lenguaje? El Estado ha intervenido *siempre* en la vida económica para favorecer a los explotadores; los ha protegido *siempre* en sus latrocinios, prestándoles decidido apoyo y ayudándolos a continuar enriqueciéndose. Y *esto no habría podido ser de otra manera*, porque una de las principales funciones y la misión esencial del Estado era precisamente esa.

La tendencia antiautoritaria El socialismo, hemos dicho, cualquiera que sea la forma que adopte en su evolución hacia el comunismo, necesita determinar previamente *su forma propia* de organización política para el porvenir. La servidumbre y la monarquía absoluta se han desenvuelto al unsono porque se implicaban recíprocamente y recíprocamente se eran necesarias. Otro tanto puede decirse del capitalismo, cuya forma política es el gobierno representativo, ya sea monárquico, ya republicano. Por eso el socialismo no puede de ninguna manera plegarse a esta última forma, cuya substancia es la explotación capitalista, de la misma manera que es incompatible con la Iglesia y su teoría del derecho divino, o con el imperialismo, el cesarismo y toda su jerarquía de funcionarios.

En el momento mismo que los principios socialistas se adueñan de la vida social, será preciso constituir una nueva organización política. Es evidente que esta nueva forma habrá de ser *más popular, más descentralizada y más próxima al gobierno del pueblo por sí mismo* que cualquier otra forma de gobierno representativo conocida o por conocer.

Es precisamente esta tendencia la que predomina en las gentes libres del prejuicio autoritario. Si observamos cuidadosamente la vida en Inglaterra, Francia y otros países, se notará en seguida que hay una marcada propensión a constituir comunas independientes, municipales y rurales; a formar asociaciones y federaciones libres; y que estas agrupaciones van asumiendo todas las complejas funciones de la vida social y económica y enten-

diéndose y relacionándose por medio de libres pactos fuera de la intervención del Estado. No es el emperador de Alemania, o el imperialismo inglés, o el radicalismo jacobino suizo los que revelan esta tendencia y fomentan tales aspiraciones. Todo esto no mira más que al pasado. Pero hay una fracción progresiva de la sociedad, así en Europa como en América, que lucha feramente por abrir nuevos horizontes a la vida y al trabajo común, con independencia y fuera en absoluto del Estado. Y en esa fracción alienta la tendencia hacia un porvenir mejor.

Tendencias en que se inspira la táctica anarquista

Es obvio que, conociendo lo que antecede, no podemos considerar como elemento de progreso la ola creciente de subordinación al Estado. Por el contrario, nuestra representación del progreso social es una continua aproximación hacia el *ideal abolicionista de toda autoridad gubernativa*; una continua aproximación al *desevolvimiento pleno del contrato libre* en todo lo que fué antes y es ahora función propia de la Iglesia y del Estado; una continua aproximación al *desevolvimiento de la libre iniciativa*, así en los individuos como en las colectividades. En estas tendencias se inspira la táctica anarquista, tanto por lo que afecta a la vida individual como por lo que atañe a la vida social.

Interpretación de la Historia

Finalmente, puesto que el anarquismo es un partido revolucionario, ha de atender principalmente, en el conocimiento de la historia, al génesis y desenvolvimiento gradual de las pasadas revoluciones. Y para obtener este conocimiento es natural que procuremos purgar la historia de las interpretaciones estatistas de los historiadores clásicos, de los historiadores oficiales, y es natural también que tratemos de reconstituirla sobre el verdadero desenvolvimiento de los pueblos, determinando las ventajas obtenidas por la revolución, las ideas dominantes en cada época y los errores de tácticas posibles.

Al estudiar los comienzos de una revolución, no basta conocer el estado miserable de las multitudes antes de estallar aquélla; es necesario saber, además, cómo de la quietud y de la desesperanza surgieron a la actividad revolucionaria; cómo y en qué forma la insurrección se produjo, y cuál fué, en plena revuelta, la conducta de las masas.

Procediendo según este método, nos damos pronto cuenta de que la gran Revolución francesa poco tuvo de común con las divagaciones de Luis Blanc, que no acertó a ver en ella más que un movimiento político dirigido por el Club de los Jacobinos. Esa gran Revolución fué, en realidad, un movimiento popular inmenso iniciado y desarrollado entre los

campesinos franceses, especialmente a favor de la abolición de la servidumbre feudal y de la reintegración de las tierras que se les habían arrebatado desde 1669 por medio de las disposiciones legales sobre acotamiento. En las ciudades fué un alzamiento cuya finalidad era suprimir la miseria proletaria por medio de una organización nacional del cambio y de la socialización de la producción.

Del mismo modo observamos y registramos un movimiento de tendencias comunistas comenzado en la parte más pobre del pueblo hacia 1793-94, al propio tiempo que advertimos cómo el poder de las clases medias se acrecía en virtud de su enérgica y consciente labor para constituir definitivamente su particular autoridad en sustitución de la autoridad caduca de la derrocada monarquía y de sus camarillas.

Así, mientras las clases populares luchaban por implantar nuevas formas de organización política por medio de sus *secciones* y comunas, las clases medias se esforzaban por construir un Estado centralizador poderoso, a fin de consolidar de este modo las propiedades que habían adquirido durante la Revolución y el derecho absoluto a continuar enriqueciéndose con el sudor de los miserables.

Y finalmente, salta a la vista cómo el Estado absorbente, creación de la clase media jacobina, prepara el camino al imperio autocrático de Napoleón I. Medio siglo más tarde, todavía saca Napoleón III, de las aspiraciones de los que sueñan con una República centralista, los elementos necesarios para fundar el segundo imperio. No de otro modo llegamos a comprender cómo esta autoridad centralizada, que en sesenta años consecutivos mató en Francia todos los esfuerzos hechos, fuera de la jerarquía estatista, en favor de la independencia personal y colectiva, ha continuado imperando, sin freno alguno, sobre la nación hasta nuestros mismos días.

El alzamiento comunalista de los proletarios de París, en 1871, fué el primero y el más serio intento de emancipación real de ese preponderante imperio.

Lo que expuesto queda, explica bien claramente por qué nuestra interpretación de la historia y las conclusiones que de ella derivamos son tan diferentes de la interpretación y de las conclusiones propias, así de los partidos políticos de la clase media como del partido político socialista.

Concepción de la Revolución Social

Sin entrar ahora en el análisis de los movimientos revolucionarios del pasado, bastará que hagamos constar que nuestra concepción de la futura Revolución Social difiere totalmente de cualquier forma de dictadura jacobina o de posibles transformaciones de las instituciones sociales por medio de una Convención, un Parlamento o una

dictadura. Jamás de tales elementos brotó revolución alguna, y si la clase trabajadora actual apelase a semejantes procedimientos, se vería condenada a no arribar a resultados de estabilidad suficiente. Nosotros entendemos que al iniciarse la revolución es preciso que se convierta prontamente en un movimiento popular expansivo, durante el cual, en todas las ciudades y aldeas ganadas por el espíritu de insurrección, las masas pongan inmediatamente y por sí mismas manos a la obra, reedificando la sociedad sobre nuevas bases. El pueblo—trabajadores, ciudadanos y campesinos—habrá de empezar por sí mismo la labor constructiva conforme a principios más o menos comunistas y sin esperar órdenes ni planes de lo alto. Es, pues, necesario que desde el punto y hora que se inicie el movimiento, se preocupen los revolucionarios del problema de la vivienda y del alimento para todos y que todos se pongan a trabajar para producir lo necesario a las subsistencias, al vestido y al alojamiento de cada uno.

No tenemos fe ninguna en ninguna clase de gobierno. Tanto monta que provenga de la fuerza como del procedimiento electoral; ya sea «la dictadura del proletariado», como se decía en Francia allá por el año 40 del pasado siglo y se dice aún ahora en Alemania, ya la elección de un «gobierno provisional» o de una «Convención». De antemano sabemos que cualquier gobierno sería incapaz de hacer nada por el éxito de la revolución mientras el mismo pueblo no procediera a verificar el cambio de instituciones levantando el edificio de las nuevas e indispensables instituciones sociales.

No hay en nuestras palabras prejuicio alguno personal contra los gobiernos, cualesquiera que sean. Es la historia entera la que nos demuestra que los hombres llevados al gobierno por la ola revolucionaria fueron siempre impotentes para realizar lo que de ellos se esperaba. Este resultado es *inevitable*. Y lo es por la sencilla razón de que en la tarea de reconstruir la sociedad sobre principios nuevos, los hombres aislados, por inteligentes y honorables que sean, tienen que fracasar necesariamente. Para esta obra es indispensable el espíritu colectivo de las masas. Los individuos separadamente pueden, cuando más, dar alguna que otra vez con la expresión legal que resume y compendia la demolición de las viejas formas sociales precisamente cuando la demolición está ya en camino. Pueden asimismo ampliar la esfera de la labor reconstructiva extendiendo al resto del país lo ya hecho en una parte de él. Pero imponer la reconstrucción misma por medio de la ley, es absolutamente imposible, como ya se ha probado, entre otros casos, con la historia entera de la Revolución francesa.

Durante todo período revolucionario germinan siempre, en las ruinas de las formas viejas, nuevas

formas de vida; pero no hay gobierno capaz de formular la expresión necesaria de esas nuevas formas mientras dicha expresión no haya encarnado definitivamente en el propio período de la reconstrucción por medio de la obra de transformación realizada a un mismo tiempo en miles de sitios. ¿Quién podía imaginarse antes de 1789 el papel que jugaron las municipalidades y la Comuna de París en los sucesos revolucionarios de 1780-1793? Es imposible legislar para el futuro. Todo lo que podemos hacer respecto del porvenir es precisar vagamente las tendencias esenciales y despejar el camino para su mejor y más rápido desenvolvimiento.

Cualquier gobierno es un obstáculo para la revolución

Es indudable que entendido de este modo el problema de la Revolución social, no puede deducir el anarquismo un programa que proclama hoy por el Estado».

Esta conquista no es posible por los medios pacíficos, porque la burguesía no cederá sin lucha, porque la burguesía resistirá hasta el último momento. Y si los socialistas van al gobierno, a medida que entren en él y compartan el poder con la clase media, su socialismo se hará cada vez más pálido, más débil. Esto es precisamente lo que está ocurriendo, que el socialismo se dulcifica a toda prisa. Donde no, la clase media, que es mucho más poderosa numérica e intelectualmente de lo que se figura la mayoría de los socialistas, se abstiene de compartir el poder con ellos.

Por otra parte, no es dudoso que si una insurrección popular diese a Francia, Inglaterra o Alemania un gobierno socialista provisional, semejante gobierno, sin la espontánea actividad constructora del pueblo, sería totalmente impotente y se convertiría muy pronto en obstáculo y freno de la revolución misma.

Cómo se hacen las revoluciones

Al analizar los períodos preparatorios de todas las revoluciones, llegamos a la conclusión de que ningún movimiento revolucionario ha tenido origen en el poder de resistencia o de ataque de los Parlamentos o de cualquier otra corporación representativa. *Todas las revoluciones se han generado en el seno del pueblo.* Jamás revolución alguna apareció de pronto, armada de los pies a la cabeza, como Minerva surgiendo del cerebro de Júpiter. No hay revolución que no haya tenido su período de incubación, su proceso evolutivo, durante el cual las masas, a través de modestísimas demandas, llegan a concebir la necesidad de cambios más profundos y más completos. Así se las ve crecerse en osadía y en arrojo, lanzándose a las más atrevidas concepciones sobre los problemas

de momento y adquiriendo cada vez mayor confianza y mayor dominio de sí mismas al emerger de su letargo de desesperación y ampliar brava-mente su programa y sus exigencias. Poco a poco, paso a paso, «las humildes peticiones» se truecan en verdaderas demandas revolucionarias.

De hecho es lo que ocurrió en Francia desde 1789 a 1793 al formarse una minoría republicana bastante fuerte para imponerse por sí misma.

En el período de incubación, tal como nosotros lo entendemos, la obra empieza por hechos aislados. Algunos individuos, profundamente disgustados por lo que ven a su alrededor, se rebelan aquí y allá. Muchos perecen en la demanda sin resultados apreciables, pero la indiferencia popular sufre toda sacudida. Aun los mejor hallados con las condiciones existentes de vida pública y privada, aun los más ignorantes de todas las cosas, sorprendidos por tales actos de rebeldía, se preguntan: «¿Por qué se revelan y hacen el sacrificio de sus vidas esos hombres honrados, plenos de energía?» La indiferencia se hace cada vez más imposible. Todo el mundo se ve empujado a declarar en pro o en contra de las aspiraciones de los rebeldes. El pensamiento social despierta.

Lentamente este espíritu de rebeldía va ganando pequeños grupos de hombres, que a su vez se alzan ya en la esperanza de obtener éxitos parciales, ya sin esperanza alguna. En el primer caso se proponen triunfar en una huelga, obtener algo mejor el pan necesario para sus hijos o bien sacudirse el yugo de cualquier odioso funcionario. En el segundo caso se lanzan a la rebelión sencillamente porque ya no le es posible resistir más.

No una o dos revueltas, sino cientos de pequeñas insurrecciones precedieron a la Revolución en Francia y en Inglaterra. Esto es indiscutible. Sin insurrecciones análogas, jamás ha estallado una revolución; jamás las clases gobernantes hicieron al pueblo serias concesiones sino ante la previa amenaza de una rebelión. Sin tales alzamientos, el espíritu humano no se hubiera emancipado nunca de sus más arraigados prejuicios ni se hubiera sentido animado por el soplo de la esperanza. Y la esperanza, la esperanza de un mañana mejor, ha sido siempre el manantial de las revoluciones.

Con frecuencia se invoca como prueba de la posibilidad de realizar un profundo cambio social, sin sacudida revolucionaria, la abolición *pacífica* de la servidumbre en Rusia. Pero se olvida o se ignora que a esa abolición precedió una larga serie de insurrecciones de los campesinos que la reclamaban. Estas insurrecciones fueron iniciadas ya a mediados del siglo pasado, como eco probable del 48 en Francia, y año tras año se fueron extendiendo por toda Rusia y adquiriendo carácter de mayor gravedad y de violencia hasta entonces desconocida. El estado insurreccional duró hasta 1857, cuando

Alejandro II dirigió, por fin, su carta famosa a la nobleza de la Lituania prometiendo la liberación de los siervos. Las palabras de Herzen : «Mejor es conceder la libertad desde arriba que esperar a que la impongan desde abajo»—repetidas por Alejandro II ante la nobleza de Moscú en 1856—, no eran una simple amenaza, sino que *reflejaban el estado real del problema*.

Dondequiera que la Revolución haya estallado ha ocurrido siempre lo mismo, y así podemos establecer, como regla general, que el carácter de toda revolución está determinado por el carácter y los fines de las insurrecciones precedentes.

Por tanto, esperar la Revolución Social como quien espera un aguinaldo, sin que venga precedida y anunciada por pequeños actos de rebelión y diversos movimientos insurreccionales, es acartiar una vana y pueril esperanza. Es, en fin, no darse cuenta del ambiente actual, de lo que ocurre en Europa y América; de los centenares de huelgas y de la multitud de pequeños alzamientos que estallan por doquier, cuyo carácter de gravedad va en «crescendo», al paso que gana rápidamente en extensión y en intensidad.

Conclusiones Lo que dejamos expuesto bastará seguramente para dar una idea general del anarquismo y del lugar que ocupa en el pensamiento moderno, así como de sus relaciones con la ciencia actual.

Representa el anarquismo un ensayo de aplicación de las generalizaciones obtenidas por el método inductivo deductivo de las ciencias naturales a la apreciación de la naturaleza de las instituciones humanas, así como también la predicción, sobre la base de esas apreciaciones, de los aspectos probables de la marcha futura de la humanidad hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad, guiada por el deseo de obtener la suma mayor posible de felicidad para cada individuo en toda sociedad humana.

El anarquismo es el resultado inevitable del movimiento intelectual de las ciencias naturales iniciado hacia fines del siglo XVIII, y que paralizó por el triunfo de la reacción en Europa, subsiguiente a la derrota de la Revolución francesa, floreció de nuevo en todo su apogeo sesenta años después. Tuvo su origen en la filosofía natural de aquel siglo y sus bases no fueron completamente establecidas sino después del renacimiento de la ciencia a mediados del siglo XIX, que dió nueva vida al estudio de las instituciones y sociedades humanas sobre bases científico-naturales.

Las llamadas «leyes científicas», que tanto parecían satisfacer a los metafísicos alemanes de los primeros treinta años del pasado siglo, no tienen cabida en las concepciones anarquistas. El anarquismo no reconoce ningún método de investiga-

ción más que el científico, y lo aplica a todas las ciencias usualmente designadas como humanitarias.

Ese es el aspecto científico del anarquismo.

Aprovechándose del método de las ciencias exactas, así como de las investigaciones hechas más tarde a impulsos de ese mismo método, intenta reconstruir todas las ciencias referentes al hombre y examina de nuevo las concepciones generales de ley, justicia, etc. Fundándose en los nuevos principios obtenidos por la investigación antropológica y ampliando los trabajos de sus predecesores del siglo XVIII, el anarquismo se colocó al lado del individuo contra el Estado y de la sociedad contra la autoridad que por herencia histórica la domina. Sobre la base de los principios históricos acumulados por la ciencia moderna, ha demostrado que la autoridad del Estado, que crece constantemente en nuestros días, no es en realidad más que una neciva e inútil superestructura que para los europeos data solamente de los siglos XV y XVI; una superestructura levantada a beneficio del capitalismo, del oficialismo y del landlordismo, que en los tiempos antiguos fué causa también de la caída de Roma y de Grecia y de otros muchos centros de civilización que florecieron en Oriente y en Egipto.

La autoridad, constituida a fin de unir a los nobles, a los magistrados, a los guerreros y a los sacerdotes para la mutua protección y defensa de sus intereses de clase, fué siempre un obstáculo a todo intento del hombre para darse una vida algo más segura y libre, y esa autoridad no puede llegar a convertirse en un instrumento de felicidad, del mismo modo que el cesarismo, el imperialismo y la Iglesia no pueden convertirse en instrumento de una revolución social.

En economía política, el anarquismo ha llegado a la conclusión de que los males de nuestra época no son originados por la apropiación capitalista de la *superavala* o *beneficio neto*, sino derivados del hecho mismo de que el beneficio neto o superavala sea posible. Esta apropiación del producto del trabajo humano por los poseedores del capital existe únicamente porque millones de hombres no tienen literalmente de qué vivir a menos de que vendan su fuerza productora y su inteligencia, a tal precio que haga posible el beneficio neto del capitalista y la superavala.

Por eso nosotros creemos que en economía política el primer capítulo por estudiar es el del *consumo*, no el de la *producción*; y cuando una revolución estalle, el primer deber por cumplir será el de arreglar el consumo de tal modo que la vivienda, el alimento y el vestido quede asegurado a cada uno y a todos. Así la producción tendrá que ser organizada a fin de que las necesidades primordiales de todos los miembros de la sociedad

sean satisfechas en lugar preferente. Por esto es también por lo que el anarquismo no puede considerar la futura revolución como una mera sustitución del oro por el *bono del trabajo* ni de los actuales capitalistas por el Estado capitalista universal. En la revolución venidera los anarquistas ven un primer paso hacia el *comunismo libre*, no intervenido por el Estado.

¿Son exactas las conclusiones del anarquismo? La respuesta nos la dará la crítica científica de sus bases por una parte y por otra especialmente la vida práctica. Pero hay un punto en el cual sin duda el anarquismo está en lo cierto. Es cuando

considera el estudio de las instituciones sociales como un capítulo de la ciencia natural; cuando se separa totalmente de los metafísicos y cuando adopta como método de razonamiento el método mismo que ha servido para edificar toda la ciencia moderna y toda la filosofía natural. Siguiendo este método, los errores en que el anarquismo pueda caer serán fácilmente reconocidos. Pero verificar nuestras conclusiones es solamente posible *por medio del método científico inductivo-deductivo*, sobre el cual se han constituido todas las ciencias y por cuyo medio se han desenvuelto todas las concepciones científicas del universo.

FIN DE EL ANARQUISMO

INDICE

ANARQUÍA Y ANARQUISMO, por Andrés Girard

Págs.

CAPITULO I.	La anarquía	1
	El anarquismo.	1
	La moral anarquista	1
	El anarquismo y la economía	2
	Orígenes del anarquismo	2

LA ANARQUÍA, por Enrique Malatesta

CAPITULO II.	Anarquía y desorden	3
	El Estado	4
	El gobierno	4
	Misión del gobierno	5
	La solidaridad	8
	Peligro de cualquier gobierno	11
	Superfuidad del gobierno	13
	El método del anarquismo	16
	Anarquía es sinónimo de socialismo	17
	Cómo se regirá una sociedad anarquista	17
	El anarquismo y la revolución.	19

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus

CAPITULO III.	La anarquía, el ideal del anarquismo y los anarquistas	19
	El anarquismo y el poder	21
	La moral del anarquismo	21
	El anarquismo está en todas partes.	22
	Cuanto más anarquista es una sociedad, más progresa	23
	Ejemplos de anarquismo	24
	El anarquismo única solución	25

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL ANARQUISMO, por Carlos Malato

CAPITULO IV.	Concepto de la anarquía	26
	Comunismo y anarquía	26
	Significación de la anarquía	27
	Presente y porvenir del anarquismo.	27
	Anarquía y progreso	27
	Comunismo y libertad	28
	Anarquía es esfuerzo hacia lo mejor	29
	La anarquía y la igualdad	29
	Socialismo y anarquismo	29
	Problemas que se plantearán al anarquismo	30
	Comunismo e individualismo	30
	Lo que se avecina	30

LA ANARQUÍA, por el Dr. N. Converti

	Page
ANARQUÍA y desorden.	31
Antiautoritarismo	31
Misión revolucionaria del anarquismo	32
Anarquía y gobierno	32
¿Para qué sirve el gobierno?	33
Posición entre ciencia y gobierno	34
El comunismo	35
La anarquía y la familia	36
La anarquía y el patriotismo	36

LA ANARQUÍA, por Sebastián Faure

Definición y significación de la anarquía	37
Justificación del anarquismo	39
Inutilidad de toda oposición al anarquismo	40
La doctrina anarquista se resume en una palabra: libertad	40
Cómo se realizará la anarquía	42
Sólo en anarquía es libre el individuo	43
Objetivo de la anarquía	44
Socialismo y anarquía	47
Refutación de las objeciones que se hacen a la anarquía	49

LAS BASES MORALES DE LA ANARQUÍA, por Pedro Gori

CAPITULO VII.	
La moral actual y la moral anarquista	55
El anarquismo y la violencia	55
El triunfo de la anarquía	57

EL ANARQUISMO, por Pedro Kropotkin

CAPITULO VIII.	
Origen del anarquismo	59
El anarquismo y su ideal	60
Concepción anarquista de la sociedad	61
Ideal y utopía	61
Antigüedad y evolución de las tendencias anarquistas	61
Contradicción del individualismo	62
El anarquismo aspiración social	63
Objeto principal del anarquismo	64
Anarquismo y comunismo	65
El anarquismo y la ley	66
El anarquismo y la moral	67
Errores de los economistas	68
Más pruebas de los errores de los economistas	68
El anarquismo y la economía política	69
Lo que debe ser la economía política	69
¿Quién está en lo cierto?	70
El anarquismo y el Estado	70
Necesidad de sustituir al Estado	70
Las dos maneras de ser del Estado	71
El Estado servidor del capitalismo	71
La tendencia antiautoritaria	72
Tendencias en que se inspira la táctica anarquista	72
Interpretación de la Historia	72
Concepción de la Revolución Social	73
Cualquier gobierno es un obstáculo para la revolución	74
Cómo se hacen las revoluciones	74
Conclusiones	75